

donde
pisé aún
crece la
hierba

DONDE PISÉ AÚN CRECE LA HIERBA

© Alcaldía de Medellín
Secretaría de Gobierno
Programa de Atención a Víctimas
del Conflicto Armado
Cra. 52 No. 71-84 U.P.J
Teléfono: (57)(4) 493 97 01
victimas.conflicto@medellin.gov.co

© Universidad de Antioquia
© Patricia Nieto Nieto

Carlos Alberto Correa Correa
Gladis Marulanda
Eugenio Serna Tapia
Cristian Camilo Úsuga
Jhon Elkin Úsuga
Octavio Úsuga
Diomedes Osorio
Orlando de Jesús Guarín Morales
Elvia Posada
Juan Aleiser Rojas Valencia
Elkin Alonso Acevedo Soto
Rubén Blandón Lemus
Rosmira Chavarría Mesa
Luis Enrique Chavarría Mesa
Salomón Chavarría Mesa
Carlina Borja Domicó
Jaime Enrique Uribe Restrepo
Fabián de Jesús Montoya Mesa
Duberney Dávila Hernández

Alonso Salazar Jaramillo
Alcalde de Medellín

Felipe Paláu Ángel
Secretario de Gobierno de Medellín

Alberto Uribe Correa
Rector Universidad de Antioquia

Maria Helena Vivas López
Vicerrectora de Extensión

Fabio Vallejo Giraldo
Coordinador general de
Proyectos de Extensión

Edison Darío Neira Palacio
Decano Facultad de Comunicaciones

Gustavo Forero Quintero
Jefe del Centro de
Investigación y Extensión

David Hernández García
Coordinador Proyectos de Extensión

© Primera edición: XXXX de 2009
ISBN: XXXXXXXX

Realización: Facultad de
Comunicaciones de la
Universidad de Antioquia

Compilación y edición:
Patricia Nieto Nieto
Profesora Universidad de Antioquia

Asistentes de edición:
Lina María Martínez Mejía
Alexandra Catalina Vásquez Guzmán

Corrección de textos:
Margarita Isaza Velásquez

Diseño y diagramación: XXXXXXXXXX

Impresión: XXXXXXXXXX
Ilustración: XXXXXXXXXX

Impreso y hecho en Colombia

Prohibida la reproducción total o
parcial, con cualquier propósito o
cualquier medio, sin la autorización
escrita de la Secretaría de Gobierno.

© Contenido

Presentación Alonso Salazar Jaramillo	5
Prólogo Patricia Nieto	7
El secreto Carlos Alberto Correa Correa	16
Adiós a dos amores Gladis Marulanda	30
Bitácora de un andariego Eugenio Serna Tapia	44
La esperanza de los hermanitos Úsuga Cristian Camilo Úsuga Jhon Elkin Úsuga Octavio Úsuga	66
Con los ojos del alma Diomedes Osorio	80
En busca de mi hijo Orlando de Jesús Guarín Morales	104
Nunca hubo otro día así Elvia Posada	120
Soy soldado Juan Aleiser Rojas Valencia	136

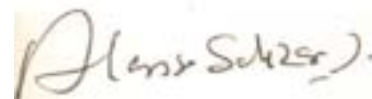
Historia de un verdadero amor Elkin Alonso Acevedo Soto	152
Rubén sigue vivo Rubén Blandón Lemus	174
Éramos los niños del Jordán Rosmira Chavarría Mesa Luis Enrique Chavarría Mesa Salomón Chavarría Mesa	198
Con los Emberá se quedó el ruido del viento Carlina Borja Domicó	222
Lo que queda de mi sangre Jaime Enrique Uribe Restrepo	234
En el campo dejé mi corazón Fabián de Jesús Montoya Mesa	262
Amigos de buenos y malos tiempos Duberney Dávila Hernández	280

Presentación

La desmesura del dolor de las víctimas del conflicto armado y, en particular, de quienes fueron golpeados por la dentellada de una explosión en su camino, puede inducirnos a la inacción y al silencio. Por el contrario, desde la Alcaldía de Medellín hemos proclamado la opción por las víctimas como un esfuerzo ético y como una obligación que todo gobernante en este país debería proponerse.

Sabemos que la reparación absoluta es un imposible, pero ¿acaso no hacer nada o desentenderse de este drama, no es incurrir en otra forma de victimización? Este libro recoge las historias de personas que han atravesado el dolor de una mutilación o de una herida, pero que han dando ese primer paso para salir adelante, que es el de narrar sus vivencias”.

Este tercer libro de la serie “Espejos de la memoria, historias para no repetir” es una contribución a la reparación de las víctimas, a quienes rodeamos con un abrazo mientras esperamos que por fin crezca la hierba.



Alonso Salazar Jaramillo
Alcalde de Medellín



Prólogo

Donde pisé aún crece la hierba recoge los escritos autobiográficos de diecinueve colombianos que han sido víctimas de minas antipersonales. En este libro se recuerda el instante en que la mina explotó, oscureció el paisaje, quebró ramas, partió frutos, mató pichones e hirió, casi de muerte, a los campesinos que transitaban en el centro de ese paisaje.

También se reconstruye cómo el curso de la vida cambió abruptamente: antes el cielo azul, el agua pura, los sembrados en flor, la vaca recién parida, las plagas en pos de la cosecha, la mula víctima de las cucarachas, los niños trepadores de árboles camino a la escuela; después, los sueños visitados por el horror, una eternidad en hospitales, una casa en alquiler, los bolsillos vacíos, un barrio pobre con cielo oscuro, el gato hambriento de ratones, la angustia del desarraigo, el dolor del cuerpo mutilado, las muletas. Y entonces, el tiempo gris: ¿Volver al campo donde los hongos nacen del estiércol? o ¿plantar la vida donde el pavimento hiere las plantas de los pies desnudos?

Es la incertidumbre el espacio de la intimidad donde se erigen estos relatos. Los sobrevivientes que aquí escriben se preguntan a cada instante qué hacer con sus existencias, cómo sobrellevar el cuerpo mutilado, con qué certezas trazar un

camino para sus hijos, cuáles consecuencias traerá cualquier decisión. Estos relatos parecen en carne viva porque fueron escritos valerosamente por sujetos que viven la plenitud de sus heridas. Plenitud, como nivel superior del sufrimiento, que los lleva a bucear en lo más recóndito de sus seres en busca de la dignidad humana, casi el único patrimonio que les queda.

La escritura autobiográfica parte del tiempo gris, la bruma por la que una persona trasiega antes de percibir que un haz de luz ilumina su intimidad, se tambalea ante las dudas que le impone la propia existencia, se quiebra cuando el espectro de lo público la enfrenta, y trasciende cuando se reconoce a sí misma y decide actuar y hablar como su yo. Así, la escritura autobiográfica —una vez comprendidos los múltiples hilos interiores que hace vibrar— implica rupturas y, por lo tanto, sirve de potencia para transformaciones personales y sociales. Georg Simmel, Norbert Elías, Emmanuel Lévinas y Michael de Certeau, pensadores del hombre, llaman punto ciego y lugar de paso a la doble función de lo íntimo.

La intimidad de los sobrevivientes afloró —para construir la escritura que les presento—, por medio de una convicción política convertida en proyecto académico y pedagógico. “De su puño y letra”, como he llamado la serie de talleres que posibilitan la escritura de estas historias, partió de una convicción: si se escucha con atención a

Medellín, es posible identificar voces de víctimas que solo serán reconocidas una vez su palabra sea recuperada y publicada.

Corría el año 2005 y en la algarabía de Colombia sobresalían las voces de los victimarios, hombres en armas que, entre otros delitos, sembraron los campos de municiones con la intención de proteger sus territorios de campamento, de abastecimiento o de producción y transporte de sustancias ilícitas. Los victimarios hablaban y se les escuchaba. Las víctimas también narraban pero pocos oídos estaban prestos a atenderlas.

Oírlos parecía simple. Muchos periodistas lo hacían y daban a conocer en sus medios la tragedia de los campesinos colombianos.

Yo misma trabajé durante años en la reconstrucción de relatos a varias voces en los cuales intenté dar cuenta de la transformación del mundo de grupos de vecinos victimizados por los actores del conflicto armado. Pero, conversaciones con los mismos protagonistas de las historias me llevaron a concluir que ellos no se identificaban en el relato que proponían los medios. Es decir, no se sentían escuchados por los mediadores que somos los periodistas y, entonces, se mostraban preocupados por los efectos sociales de historias incompletas, se distanciaban de la prensa que era tal vez el único recurso para hacerse reconocer, y se recluían en sus vidas domésticas a la espera de que lo sobrenatural obrara sobre su presente.

Sin esperar cambios sociales inmediatos ni de gran impacto, emprendí una tarea que implica conjugar saberes y talentos: periodismo, psicología, artes plásticas, literatura y pedagogía: acompañar a un grupo de víctimas de la violencia, residentes en Medellín, en la narración escrita de su historia como un ejercicio que devuelva la palabra a los ciudadanos.

Con esa premisa, y el acompañamiento de dos estudiantes de periodismo, emprendí un recorrido por la ciudad en busca de colombianos capaces de escribir al natural la historia que los convirtió en víctimas. Hemos visitado parroquias, centros comunitarios, grupos de oración, colegios, bares, agencias internacionales, organizaciones no gubernamentales, oficinas del Estado, centros de rehabilitación, hospitales. En esos lugares hemos escuchado historias que, mediante un intercambio de saberes, se han convertido en relatos autobiográficos que desnudan, además de las más conocidas violaciones a los Derechos Humanos, las profundas heridas que los actores del conflicto armado colombiano le han infringido a nuestra cultura.

En cuatro años, con la financiación y el apoyo logístico del Programa de Atención a Víctimas de la Alcaldía de Medellín y de la Universidad de Antioquia, esta experiencia se ha visto enriquecida con la llegada de más periodistas, algunos voluntarios, que trabajan durante cinco meses al año en colaboración con las víctimas en la

escritura de sus historias. Con ellos, los expertos invitados y los aportes de los 128 participantes, he delineado, hasta ahora, diez pasos para construir una historia.

1. Todos tenemos una historia: El vestuario, los gestos, los accesorios, cuentan algo sobre quiénes somos, de dónde venimos, y qué hemos vivido. Construir imaginariamente la historia de personajes permite reconocer que todos tenemos un pasado que nos da identidad.
2. Ésta es mi historia: La narración oral de la experiencia traumática permite dar continuidad a eventos de la vida que se han entendido como aislados, plantear reflexiones sobre lo que ha pasado y esbozar posibles salidas a situación conflictivas.
3. ¿Cómo me veo?: Mirarse al espejo, preguntarse por las marcas de la piel, recordar el rostro del pasado y contemplarse para ver qué y cómo ha cambiado son estrategias de vocación y de reconocimiento.
4. Los momentos de mi vida: Reconstruir escenas de la propia vida ayuda a expresar significados que a veces no pueden ser transmitidos por las palabras.
5. El mapa de mi viaje: El mapa del recorrido de la vida es un excelente plano para delinear la historia personal. Al ubicar los ríos, las montañas, los asentamientos y las ciudades, se va asociando el territorio con los cambios fundamentales de la existencia.

6. La historia de mi vida: Dibujar permite a los participantes pensar en sí mismos, introducirse en sus emociones y plasmarlas con colores y formas sorprendentes que muchos no pueden contar con su voz.
7. Mi vida en una canción: Con la ayuda de músicos profesionales, los participantes realizan un ejercicio de síntesis de las tramas narrativas y de los sentimientos resultantes del ejercicio de evocación.
8. Breve autobiografía: Esta es la etapa de transición entre la sensibilización, la narración y la escritura propiamente dicha. Aquí termina el trabajo en grupo y comienza un proceso individual que lleva al escritor a pensarse como sujeto, como testigo de un momento histórico crucial y como contador de esa historia.
9. Memorias: En esta experiencia, tanto el narrador como el hasta ahora llamado mediador plantean preguntas con el propósito de llenar los vacíos del relato. En “De su puño y letra” no se habla de investigador e investigado, porque ambos sujetos cumplen los dos roles. El participante se pregunta por su experiencia, por su historia, por lo que significa lo que ha ocurrido. El periodista mediador, ahora coautor, deja su rol de constructor de los relatos para ayudar al otro a narrar su historia.
10. El libro: Después de un mes de trabajo constante, cada pareja entrega la versión final de las historias. El texto, las fotografías, los mapas, los cuadernos de campo de los investigadores y los registros en video son insumos para las publicaciones.
A Jamás olvidaré tu nombre (2006) y El cielo no me abandona (2007) se suma en 2009 Donde pisé aún crece la hierba (2009), escrito entre víctimas de minas antipersonal y periodistas convencidos de que los colombianos, además de aceptar que nuestro país es el más minado del mundo, debemos actuar en consecuencia: llevar a las partes en conflicto a comprometerse a no sembrar más minas, a entregar los mapas de territorios minados, a adelantar grandes campañas de detección y destrucción de minas. Lo anterior implica reconocer que ocho mil colombianos esperan que sus agresores les pidan perdón y sus pérdidas sean material y simbólicamente reparadas.

Patricia Nieto
Directora Académica de “De su puño y letra”
Profesora Universidad de Antioquia

*Tengo mucho sueño,
es difícil despertar.
¡Levántese de nuevo, no hay
que echar para atrás!*

*Que bello era el camino
que solía transitar.
Hoy recorro otras laderas
sin nunca olvidar
ese pueblo, aquella loma,
mi tierra natal.*

*Ayer: ¡Pum pumm!
Hoy canciones que cantar
¡Pum, pum!, cosas que suenan.
Melodías que entregar.*

*Tengo mucho sueño,
es difícil despertar.*

*¡Pum pumm!
Hoy canciones que cantar.
¡Pum, pum!, cosas que suenan.
Melodías que entregar.*

*¡Levántese de nuevo, no hay
que echar para atrás!*

Canción escrita por Elvia Posada y su familia.

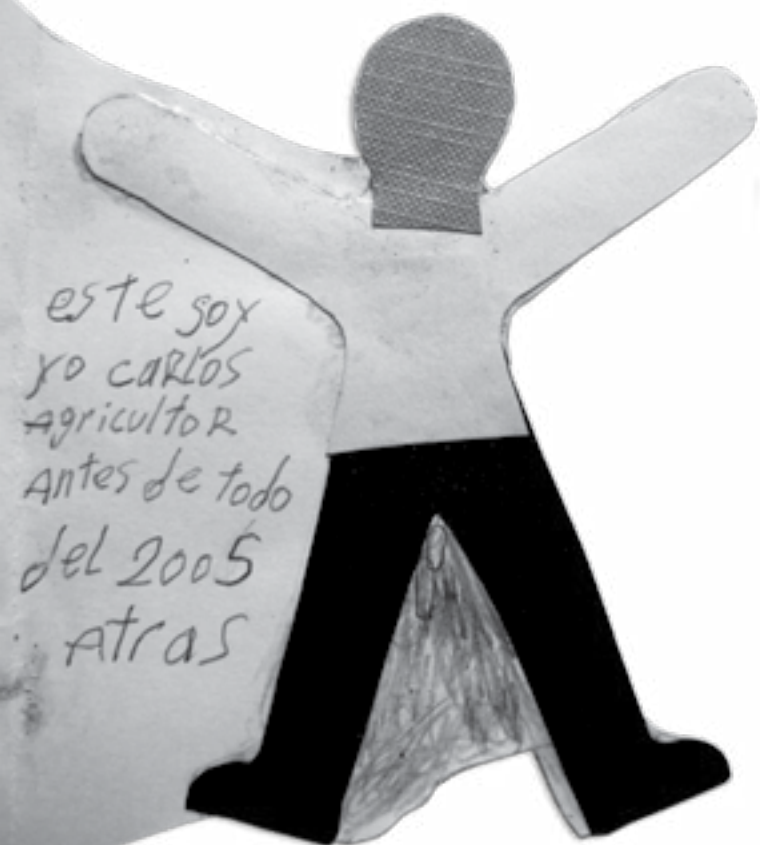


Ilustración por Carlos Alberto Correa Correa, en los talleres de escritura.

El secreto

Carlos Alberto Correa Correa

Estoy vivo gracias al secreto. Con la pierna toda herida me veía tirado en el piso, botando sangre a ríos, entonces, me apliqué el secreto de estancar la sangre. Sobreviví, porque no me desangré, aunque la vida que llevo ahora es otra. Estas letras son para contar esa triste historia que cambió mi vida para siempre. Todo empezó cuando estaba en el campo amarrando en tres mulas unos estacaones para alambrar. Cuando había cargado dos y arrimé para cargar la última, pisé la mina queiebrapatas que cambió mi vida para siempre. Eso fue en la finca de mi primo Ómar Rúa Correa.

Éramos una familia muy grande. En mi casa fuimos once hijos, mi papá y mi mamá. Éramos muy pobres. Yo no tuve niñez. No me amañaba con los muchachos de la edad mía, sino que era detrás de esos arrieros para todos lados desde los cuatro años. Yo me venía arriando mulas detrás de un señor, desde Cedeño hasta un punto que se llamaba El Hormiguero. Eran como cinco horas de camino. Tampoco me gustó el estudio, porque apenas hice hasta segundo de primaria. Me gustaban mucho, eso sí, los caballos.

Mis hermanas son ocho: Rosa Elena, Hermelina, Eunice, Aleida, Yamile, Luz Deider, Élide y Lina Eugenia, y tuve dos hermanos hombres: Gustavo Orlin y Luis Eduardo, fallecido el 1° de diciembre de 1999. Dicen que lo asesinó el patrón para quedarse con su esposa, pero no se supo; el caso es que hoy viven juntos. Mi padre es enfermo mental, tiene 73 años, pero no tiene una pensión, ya que toda la vida trabajó en fincas de jornalero y allá uno no tiene seguro. Nosotros cuando niños trabajábamos con él, y así le ayudábamos a la familia. Después, todos se casaron y ahora nadie se hace responsable de nadie. Hoy vivo en Medellín, de arrimado donde me den posada. Por mi discapacidad y porque no tuve estudio tampoco consigo un trabajo. Pero mi vida era otra antes de la mina. Esto fue lo que pasó.

Yo era arriero, campesino, cogía café. Amarrando esas mulas fue que me ocurrió el accidente. Pisé la mina y salí elevado como dos metros. Era un tierrero impresionante el que voló conmigo. Después de que caí al piso me paré dos veces. El dolor era bastante, pero yo no lloraba. Quedé fue como atacado y me dio por desmayarme. Iba despertando y me sentía encalambrado. Estaba solo. Entonces, me aferré a un palo con las manos, duro, duro, y con eso se me controlaba un poquito el dolor mientras me iban a recoger. También me revolcaba en el piso, y todo eso estaba minado. Por mis oraciones, mi fe en Dios y el secreto no quedé peor.

Mi primo estaba como a diez kilómetros. Los primeros que me encontraron fueron unos guerrilleros. Me cogieron cargado y me llevaron creyendo que era soldado. Ellos me acabaron de amputar los dedos de los pies y después empezaron a buscar si Ómar sí era mi primo, si yo sí era un campesino. Apenas descubrieron que sí, me entregaron a él, pero ya infectado. Él no podía creer lo que veía. A la carrera, se fue a buscar gente. Apareció con seis trabajadores y me llevaron a la finca El Horno, que queda en la vereda El Quince, del municipio de Puerto Valdivia. Allá yo mismo me estancué la sangre con secreto.

Tirado en el piso me apliqué el secreto. Reza uno diez palabras, que me las enseñó un señor Pedro Posada cuando yo tenía 18 años. Yo trabajaba con él y una vez estábamos desyerbando caña, cuando un compañero se cortó una mano, se dio en la vena. Don Pedro le dijo: “No se confunda que yo lo voy a estancar”. Se quitó el sombrero y se arrodilló. Rezaba y le hacía cruces encima de la cortada. En dos minutos el muchacho estaba estancado y se fue para la casa. A los dos días volvió a trabajar con un trapo amarrado de la mano. Don Pedro y yo la íbamos muy bien, y me causó impresión y me pareció raro eso de la sangre.

—Don Pedro, ¿me va a enseñar el secreto para estancar sangre?— le dije.

—Sí, yo le enseño, pero tiene que tener muy buena fe— respondió el hombre, y me lo enseñó hace ya 25 años.

La primera vez que lo apliqué fue en Tarazá, arriando mulas con un tío. Llevábamos diez mulas y caballos con madera para el pueblo. Una mula se cayó, se salió del monte para el camino real y se cortó con una estaca.

—¿Qué vamos a hacer con esta mula tan vaciada en sangre?— decía mi tío. Y ya se iba a ir para una casa a pedir café para echarle en la cortada a la bestia.

—Tío, ¿a qué va a ir por allá tan lejos? —le dije—, yo sé el secreto para estancar la sangre.

—¡Qué vas a saber vos! No me lo sé yo que estoy más viejo...

Le quitamos la carga a la mula y, en la falda, me arrodillé, me quité el sombrero y le apliqué el secreto encima de la cortada, como lo hacía don Pedro. Mi tío me miraba callado. A los dos minutos la mula había parado de echar sangre. Él me dijo que se lo enseñara y le contesté lo mismo que me había dicho don Pedro, que tenía que tener muy buena fe. También me tocó estancar a un señor en Campamento. Era un conocido mío que se puso a pelear con machete con otro que le cortó el pecho. Cuando lo iban a llevar al hospital, yo les dije que cómo iban a hacer con ese hombre echando tanta sangre. “Esperen, yo lo estanco”, dije, y lo estancué. El tipo se fue caminando a que lo cosieran. Ese secreto es una belleza. No es de enseñarlo a todo el público, porque hay gente que lo vuelve en

charla. Pero sirve. Yo mismo lo comprobé cuando la mina me explotó.

En ese entonces, había por allá de todo: paramilitares y guerrilla. Como estaban peleando a bala, a todos les daba miedo sacarme de allá donde me tenían todo herido, en la casa de la finca de mi primo. Pensábamos que en el camino, alguno podía acabarme de matar o matar a alguno de los que me llevaba, pensando que éramos del otro bando. Seguía el enfrentamiento y se escuchaba el tiroteo todo el día. Durante esos días después de la explosión, me daban acetaminofén, me echaban agua caliente con sal dizque para que se desencanara la herida.

A los días dejaron de pelear y entonces pudieron sacarme a Puerto Valdivia, pero yo ya tenía todo el pie con gangrena. En total me estuve cuatro días herido en la finca, de viernes a martes, que fue cuando arrancaron conmigo para el pueblo, madrugados. En la carretera por donde me sacaron había como dos paracos; levantaron la hamaca, me miraron y me preguntaron cómo me llamaba yo. Ahí sí me dio a mí un susto. Le preguntaron a mi primo y él les dijo que yo era un trabajador de él. Uno de los paracos dijo: “A ese señor lo he visto trabajando esa finca”. Me asusté, porque creí que me iban a matar, porque cuando los paramilitares ven a un herido de mina lo matan creyendo que es un guerrillero. Me acordé que en una vereda

de Campamento subieron un señor que pisó una mina y le voló todo el pie. Entonces, los paracos mandaron un carro y lo remataron a bala que porque era guerrillero. El señor era un conocido, era trabajador y tenía seis hijos. Esos grupos son muy ignorantes.

Conmigo salieron a las cuatro de la mañana y llegaron al río Cauca a las diez. Fueron seis horas de camino a pie, cargado en esa hamaca. Me pasaron en una canoa. De allá me llevaron en una camioneta a la troncal de la Costa Atlántica. Me descargaron en un patio de cemento y mi primo se fue a El Doce a conseguir un carro para subirme al hospital de Puerto Valdivia. De ese trayecto al hospital del pueblo me demoraba media hora. Allá me hicieron las primeras curaciones. A las dos horas, le dijeron a mi primo: “Este señor hay que remitirlo a un hospital de mayor categoría, al Hospital San Vicente de Paúl, porque ya está con gangrena. Pero tiene que pagar 720 mil pesos”. Resulta que no llevábamos los papeles míos porque dejamos la billetera en la finca y por eso pedían la plata. Mi primo cogió para El Doce y se la consiguió con un tendero donde él mercaba. Le contó que tenía un primo en el hospital y ahí mismo se los prestó.

Como no habían traído mi cédula, entonces no se sabía si era un civil o era un terrorista de esos, fuera paraco o guerrillero. Por allá se mantenían de todos los grupos armados y los soldados también entraban pero hacía días que no iban.

Ahí sí me hubieran sacado en helicóptero y no me hubiera dado gangrena. Si me hubieran sacado el mismo día, el 27 de mayo del 2005 cuando tuve mi accidente, las consecuencias hubieran sido diferentes. Pero tuve que pasar cuatro días en la finca y eso cogiéndome infección. Después, la espera en Valdivia. Mientras tanto, mandaron a un trabajador por mis papeles a la finca. Cuando mi primo entregó la plata, ahí sí me sacaron en la ambulancia. Eso se necesitaba para poderme sacar de allá, porque acá en Colombia al ser pobre no le corren a uno. Acá tiene que ser uno malo o reinsertado para tener todo.

Fueron tres horas de camino de Puerto Valdivia a Medellín. Por la carretera, la doctora me ponía cuidado. Venía también mi mujer en el carro, y ni ellas ni yo aguantábamos el olor del pie. A mí me dieron una careta y también a mi mujer y a la doctora. El olor era tan feo que hasta el conductor tuvo que ponerse una. Fueron horas de dolor, de pensar, de imaginar qué iba a ser de mí en el futuro.

Llegamos a la capital a las siete de la noche. Me esperaban mi madre, que siempre me quiso tanto, y mis hermanos que vivían allí. Les dijeron que no había cama para mí, hasta que mi hermana Eunice y la enfermera se enojaron. Después, me entraron. Me pusieron droga, anestesia, y me entraron a cirugía. Me amputaron la pierna. Sólo me quedó el muñón, porque todo lo otro tenía gangrena. A las once de la noche me llevaron a

dormir en la Sala San Rafael. Mi mujer estuvo conmigo en el hospital y se fue a la Terminal del Norte a recoger los papeles míos. Mis familiares se fueron a la casa a dormir como a las tres de la mañana. Se tuvieron que bañar para acostarse, porque tan solo con estar al pie mío la ropa les quedó pasada a esa gangrena.

Me dio mucho dolor en el alma al verme sin mi pie derecho. Yo fui un hombre muy trabajador y andariego, y supe que mi vida no iba a ser igual. Ya no podía correr, no podía hacer muchas cosas que me gustaban, como coger café en las lomas de Andes o montar a caballo, porque si uno se cae sufre mucho más por la falta de su pie.

En el hospital me tocó con el doctor Isaza, el mismo que atendía a mi hermana Eunice en la Policía, pues el marido es de allá. Él me dio mucha moral. Me decía que veía llegar a víctimas de minas de toda clase. Unos quedaban ciegos, sin sus dos pies, sin sus manos. Pero de todas formas eso fue muy horrible para mí. Pasé quince días hospitalizado. Me dieron de alta y como al mes nos dijeron que en Puerto Valdivia no nos debieron cobrar esa plata. Mi mujer empezó las vueltas para que nos la devolvieran, y así fue. Le fuimos a entregar los 720 mil pesos al primo mío y no los quiso recibir. Que los dejáramos, dijo, para comprar mercado, porque yo había quedado muy jodido y él, en cambio, podía trabajar.

Tras ese fatal momento de la mina, a mi madre se le alborotó un cáncer. Ya le habían hecho quimioterapia y todos los tratamientos, y se le había dormido un poco. Pero a raíz de mi accidente, le llegó la hora fatal. Fue el 29 de enero del 2007. Ella murió llevándose a la tumba esa pena moral de ver a su hijo Carlos con su pie derecho amputado. Gracias a Dios está descansando de esta vida llena de problemas y desgracias.

Tenía una mujer que tenía dos hijos conmigo, pero las cosas fueron cambiando y me dejó solo. Mi hijo mayor se llamaba Jhonatan Correa Quiroz y vivía en Campo Valdés. En el 2008 sacaba grados de bachiller, pero le vino lo peor. Tenía diecisiete años y la mamá le dio una moto. Él se consiguió una novia que era amiga de un reinsertado, o sea un guerrillero o un paramilitar que ha negociado con la justicia de Colombia y está libre. Este tipo lo paró y le dijo no sabemos qué, porque Jhonatan hablaba con la muchacha. Los vecinos vieron que mi hijo se fue callado, y después, el 25 de abril del 2008, mataron al hijo mío.

De la niña, la mujer dice que es mía pero le puso el apellido de otro señor. Le hizo la primera comunión y se avergonzó de llevarme a mí. Llevó, según la mamá, al otro papá. Al cuñado y a todos en esa casa, yo ya no les sirvo para nada. Primero, trabajaba, pagaba servicios y les ayudaba a todos, a mi mujer y a su familia. Pero ya no me dan trabajo en ninguna parte por mi edad, porque casi no

tengo estudio y además soy amputado. Y acá en Colombia casi no le ayudan a uno. Fui al programa de Juanes y me prometieron un carro de perros y nunca me lo dieron. Todo acá se queda en promesas. Pagan sicólogos y siquiátras, y a nosotros que somos los perjudicados, nada.

Me pregunto por qué a las víctimas de minas no nos pueden dar una pensión de por vida. Porque uno es un civil y anda trabajando, cansado como un verraco de trabajar, y no tiene que ver con esos grupos ilegales. Con nosotros debería de ser la misma cosa que con un soldado cuando lo afecta una mina. Le dejan pensión. Pero la mayoría de los civiles que nos explota una mina no tenemos una finca ni plata para seguir viviendo con la discapacidad. Esa ayuda que dan es muy poquita para uno vivir. Y si se ven desempleados los jóvenes bachilleres, ¡qué se dirá de uno que ni estudio tuvo!

A mí me dieron diez millones setecientos mil pesos, pero uno es gastando de ahí para todo y no le alcanza para nada. ¡Uno con familia! De todas maneras necesitamos es una ley nueva que nos pensione a nosotros, las víctimas de los conflictos armados ilegales, porque uno a veces se pone a pensar: yo qué voy a hacer para sobrevivir hasta que mi Dios quiera, yo sin plante, bien discapacitado.

Aquí en la ciudad yo vivo del rebusque, volteo mucho por ahí vendiendo unas boletas. Es una rifa de un Renault, de unos viajes, una rifa que trae mucha cosa y que cuando el cliente gana si

no quiere recibir todo eso le dan como cincuenta y cinco millones de pesos. Me la mandan de Yarumal y yo mando apuntado lo que voy vendiendo, o voy cuando tengo forma. Son a veinte mil pesos y con eso me la rebusco por ahí con amistades. Los lunes, martes y miércoles voy a la feria de ganado. Como soy tan conocido, allá me va bien. Claro que ahora está muy malo. Antes yo me iba para allá y llegaba algún conocido, entonces yo lo llevaba donde alguno que estuviera vendiendo el ganado y le decía: “Traigo este cliente que viene a comprar cinco o seis mulas”, y me ganaba una comisión. Pero ya eso no se ve. Ahora más que todo me amaño es en Marinilla, en la finca de una hermana mía.

Mi sueño, después de todas estas tragedias, es que un gobierno, una ONG u otra entidad se conmueva de mi historia y me dé una casita. Ahí podría yo morir tranquilo. Ya nadie me diría “váyase hoy”. Espero que algún día Dios me haga el milagrito. Pues esto es lo que yo pienso y esta es toda mi historia. Después de esto para qué más. Esto es todo. Ahí está lo que fue mi vida antes de tres años atrás y de ahí para acá. Gracias por leer mi historia. Sin más, se despide Carlos Alberto Correa Correa.



© Carlos Alberto

Es un aventurero. Galopa por las planicies del Magdalena Medio; a caballo, trepa por los pueblos del Oriente antioqueño; recoge café en el Suroeste; lleva un sombrero, un poncho, una cantimplora con agua que llena en los arroyos puros de la montaña y en el que pasa por su casita de campo, humilde pero suya. Así se sueña la vida Carlos Alberto Correa. Así, pero sin propiedades, era su vida de antes.

Arriero desde los cinco años, Carlos conoció los paisajes más diversos, las mujeres más bonitas y los días más alegres antes de pisar la mina antipersonal que le quitó la pierna. La detonó cuando enjalmaba tres mulas. Ese día empezó la lista de los eventos más tristes de su vida: la muerte de su madre; después, el

asesinato de su hijo; luego, la separación de su esposa y su pequeña; hoy, la soledad y el rebusque.

Cojeando, Carlos recorre Medellín vendiendo las boletas de una rifa que él mismo sueña ganarse o, al menos, vender la “gananciosa” a un cliente generoso que le regale unos millones. Con eso y alguna ayuda del gobierno, juntaría con qué conseguir la tierra que tanto anhela y levantar unas paredes y un techo donde recibir visitas. Ya no tendría que, como lo hizo en la construcción de este relato, reunirse para leer su historia en las cafeterías del Centro. Por ahora, conserva las ilusiones y, con mucho orgullo y reserva, lo que le ayudó a salvar su propia vida esos cuatro días que pasó sitiado en la finca tras el accidente: un secreto.



Ilustración por Gladys Marulanda, en los talleres de escritura.

Adiós a dos amores

Gladys Marulanda

Cuando yo estaba pequeña, lo que nos tocaba a nosotros era cargar leña como un verriondo y hacer de comer para toda la familia y para todos los trabajadores. Vivíamos en Cocorná, en una finquita en la vereda El Viadal. La finca no tenía nombre, pero era nuestra casita. Eso quedaba en carro como a media hora del pueblo.

Vivía con mi papá y mi mamá. Fuimos puras hermanas, porque no se cuajó pa' hombre. Los homrecitos de la casa fueron dos y se murieron pequeñitos. Las mayores se llaman Elena, Marta y Elvia. Después sigo yo, Gladis, y de ahí siguen Érica, Marlene y Sorany.

Todas nos levantábamos cuando amanecía, para alcanzar a hacer todo el oficio de la casa. Después de que cargábamos la leña y hacíamos de comer, nos íbamos para la cafetera, que era de mi papá, porque él hace rato que vendió eso y se quedó aquí en Medellín.

Esa tierra de El Viadal, cerquita a la finca, es muy bonita. Aunque no teníamos ríos cerquita a la casa, sí había una cañadita donde cogíamos agua para que llegara a la casa y tuviéramos con qué

lavar la ropa, bañarnos y cocinar. Teníamos vecinos que vivían cerca, ahí arribita. Aquí era la casa de nosotros y allá era la carretera.

Como mi papá trabajaba jornaleando en otras fincas, nosotras éramos las que nos encargábamos de la casa y también de la cafetera. Cogíamos el café y luego él lo vendía en el pueblo para poder comprar el abono del resto de la cafetera. Entonces, él se mantenía muy ocupado trabajando y nosotras también.

Mi mamá también hacía lo mismo que nosotras. Trabajaba en la casa y luego, cuando tenía tiempo, se iba para la cafetera. También desyerbábamos las matas y los potreros. Yo no más estudié hasta segundo de primaria, porque no se pudo más, pero a mí sí me gustaba ir a la escuela.

Cuando tenía como dieciocho años, tuve un novio que se llamaba William, que conocí en San Luis, donde una prima que me había convidado a trabajar con ella por unos meses. Después, cuando yo regresé a Cocorná, él fue a hacerme la visita a la finca, pero yo como que no lo quería y más bien lo dejé. Luego, tuve otro novio que ya ni me acuerdo cómo se llamaba, pero trabajaba en el Ejército y era muy querido conmigo. También dejamos de hablar. Así fue como yo viví cuando yo era niña y como pasé feliz con toda mi familia, con mucho trabajo pero con mucho amor. Después llegaron cosas muy duras.

Mi hermana Elvia se quiso ir de monja y se vino para Medellín. Y yo me antojé y le dije a mi papá que también me quería venir para el convento. Estuve cuatro meses con las monjas, pero me dio pereza estar allá encerrada y me salí. Ya ni me acuerdo cómo se llamaban las hermanas o en dónde quedaba el convento, no sé si era por aquí en el barrio Caicedo o si quedaba lejos. Eso fue cuando yo tenía dieciocho años y ya voy a ajustar 39, o sea que fue hace mucho tiempo.

No me devolví para Cocorná, sino que me quedé aquí trabajando en lo que me resultaba, mejor dicho en casas de familia haciendo el aseo. Me hacía unos pesitos cuando el trabajo era por días, porque además podía descansar un día o dos en la semana.

Y ahí fue cuando yo tenía veintidós años, que me empecé a enfermar. Me daban unos dolores de cabeza muy fuertes que no se me quitaban con nada y a veces hasta me desmayaba del dolor.

Desde ese tiempo tengo una enfermedad que se llama neurocisticercosis, que no sé por qué me dio. Eso que yo sentía era como un ataque, que hasta tenía que vomitar.

Me tuvieron un mes hospitalizada y al tiempo me pusieron una válvula de la cabeza al estómago. Mi mamá y mi papá se vinieron para Medellín porque qué se iban a quedar en Cocorná si yo estaba aquí enferma y tenía que ir cada rato al hospital. Resulta que a mi mamá los papás de ella le dejaron

una tierrita, pero ella, para poderse venir, la cambió por una casa que queda aquí cerquita, de dos piezas y una cocina, donde podía estar ella con mi papá y las hijas que no nos habíamos casado, que éramos Marlene, Erica, Sorany y yo.

Con esa válvula ya no me volvieron a dar esos dolores de cabeza tan fuertes. Desde eso tengo que tomarme unas pastillas de por vida, porque si no me las tomo me vuelven a dar los ataques.

Al principio yo pensaba que me iba a morir, que mi vida se me había acabado, porque yo no era capaz de hacer nada y además estaba flaquita y muy pálida. Desde eso nunca más pude volver a trabajar en casas de familia, porque no me dan trabajo y porque me embolato haciendo el oficio.

Entonces, cuando salí del hospital con la válvula puesta, me fui para la casa de mi mamá y allá me quedé hasta que Consuelo, una amiga de por aquí, me pidió que le cuidara los hijos mientras ella trabajaba en el día en casas de familia. Me fui para donde ella y allá conocí a Julián.

Mientras ella trabajaba, Julián y yo también trabajábamos. Yo me enamoré de él. Él trabajaba por las noches como vigilante, aunque en realidad no vivía aquí sino en Argelia, en una finca, pero estaba en donde su hermana porque le había resultado un trabajo de reemplazo en el que iba a ganar buena plata para metérsela a la finca. Eso duró poquito tiempo. Y sí que nosotros trabajamos, porque yo quedé en embarazo.

Mi papá se enojó mucho conmigo porque pensaba que Julián no iba a responder. Yo, en cambio, me puse muy contenta, porque con la enfermedad yo pensaba que nunca iba a poder tener hijos, que no iba a servir para eso. Pero Julián se fue para Argelia y cuando él estaba allá fue que yo supe de mi embarazo. Entonces le conté a Consuelo y ella le contó a Julián. Al principio él como que no creyó mucho que yo estuviera esperando un hijo de él y por eso prefirió esperar a que el niño naciera.

Julián era un hombre muy bello. Blanco, alto, arreglado. Me gustaba de él que no era barrigón ni culiseco, sino acuerpado y muy bonito. Él me llevaba un año a mí. No me acuerdo de la primera vez que lo vi, pero sí me acuerdo que me gustó y que él me fue conversando y diciéndome cosas bonitas que me enamoraron.

Cuando el niño nació, Consuelo le avisó y él se vino a conocerlo. Apenas lo vio, dijo que sí era hijo de él porque era igualitico a él. Julián había tenido una mujer antes de conocerme a mí pero no había tenido hijos con ella, que era una mujer que sí había tenido hijos con otros maridos, y por eso él pensaba que no servía para engendrar hijos.

Entonces, Julián se puso también muy contento y me dijo que nos organizáramos, pero que todavía no, porque él tenía que volver a Argelia a dejar la finca lista para que yo fuera. Como mi papá estaba tan bravo conmigo, aunque se le pasó la rabia cuando conoció al niño, yo me puse

contenta de irme a vivir con Julián. Yo ya tenía veintisiete años.

Al niño lo tuve en la Unidad Intermedia de Buenos Aires, aquí cerquita de Caicedo. Me habían dicho que era para el 27 de mayo, pero yo no sentía ningún dolor, por eso cuando se cumplió la fecha me fui para allá y les dije a los doctores que ya era hora de tener el niño. Ellos me miraron y me preguntaron si tenía dolores. Yo les dije que no, pero que ya era el día. Entonces, me dijeron que mandara a alguien a traerme ropa porque me iban a dejar hospitalizada hasta que el niño naciera. Y ahí sí, al otro día, a las seis de la mañana, nació el niño. Eso fue mucha dicha para mí. Yo ni grité porque no sentí dolores fuertes, entonces mi hermana me preguntó si me había quedado amañada, yo me reí y le contesté: “estoy esperando a que me sane la herida para que me hagan otro”.

Le puse Felipe porque ese nombre me gustaba mucho. Cuando ya el niño tenía veintiún meses, Julián volvió por mí y por el niño para que nos fuéramos con él para la finca de Argelia.

La finca de allá quedaba muy lejos del pueblo, no como en Cocorná que no era sino coger un carro y ya. Lo bueno de una finca es tener vecinos, pero allá estábamos solos y no había con quién conversar en las tardes. A mí no me gustaba estar allá, pero no podía hacer nada porque esa era la casa mía y de Julián. Entonces yo me entretenía con Felipe y con los niños que me nacieron, y haciendo

oficio para la casa y comida para los trabajadores que había allá. A veces iba un sobrino de Julián que estaba pequeño y me acompañaba. Ahora él está en el Ejército y se puso un papasote.

En la finca no había luz y menos teléfono. Yo sembraba cebolla y cositas para la casa. Julián sembraba plátano, caña, café y muchas cosas. Teníamos en la casa un trapiche pequeño, que le dábamos vueltas y vueltas y de ahí sacábamos el guarapo de la caña, que con eso hacíamos aguapanela.

El clima de la finca en Argelia era muy parecido al de la finca de Cocorná. A veces hacía frío y a veces hacía calor.

Allá en Argelia vivimos en dos casitas. La primera la llamábamos El Mico, porque quedaba muy arriba. Esa sí era de Julián. Uno de allá no salía para el pueblo sino cuando tuviera una cita, porque eso quedaba muy lejos y tocaba ir a caballo como cinco horas. La casita era de piso y paredes de tablas, muy feíta.

Entonces, un amigo de Julián que se iba para otra parte le dijo que le regalaba la casita de él para que viviera allá con toda la familia y para que la trabajara como quisiera. Julián se puso feliz, porque la casa era más grande y quedaba más abajito, por ahí a media hora de El Mico.

Esa casita sí tenía luz, pero cocinábamos con leña porque salía más barato. Yo también estaba feliz en esa finca porque era estar en otro lugar más bonito.

Yo ya tenía todos mis hijos. Felipe, el mayor, César, Álvaro, Maryori y Alexis. Los partos me los atendía mi suegra o el mismo Julián, porque ellos sabían de eso. No me tocaba ir hasta Argelia, que quedaba muy lejos. En El Mico nació César, y ya después, en la casita nueva nacieron los otros. Todos mis hijos son del mismo papá. Felipe sería que vio bien el parto de sus hermanitos porque me dijo un día: “Ay, mamá, a mí me da pesar con usted porque mi papá le saca siempre unas tripitas y va y las entierra cerquita de la casa”. Sería que Julián enterraba el cordón umbilical de los hijos, que es eso una cosa que se debe hacer.

Felipe y César se llevan dos años y medio. Después yo quedaba en embarazo apenas salía de los partos. Julián era muy buen papá y a todos los quería mucho. Nunca me dijo que planificara ni nada. Si Julián no hubiera muerto yo ya tendría por ahí unos siete hijitos.

Julián me llegó a pegar tres veces. La tercera vez le fue muy mal porque yo le respondí y le di más duro de lo que él me dio a mí, y ahí sí por rabia que tuviera no me volvió a dar cocotazos. Esa era la costumbre de los campos, de darle fuate a la mujer por cualquier cosa, por bobadas, pero yo no me iba a dejar porque no me daba miedo enfrentármele a él. Una vez él me dijo: “¿Sabe por qué yo no le volví a pegar? Porque usted me dio muy duro”.

Pero él era un hombre bueno y buen trabajador. Allá estaría yo con él trabajando el campo y

cuidando a los niños en la finca. Yo pensaba en ese momento que estar con la persona que uno quería era lo mejor para uno, por eso prefería estar allá que estar aquí en Medellín, aunque con mi familia, pero sin él, que siempre hace mucha falta para que les dé buen ejemplo a los hijos, sobre todo a los niños, para que no se descarrilen.

Nosotros pasábamos los días trabajando mucho. No habíamos vuelto mucho por El Mico porque no teníamos a qué ir por allá. Pero un día, Julián me dijo que iba a ir porque quería darle vuelta y ver cómo estaba todo por allá. A mí me pareció bueno y le dije que se llevara a César para que lo acompañara. Felipe ya iba a la escuela, en cambio César estaba más chiquito.

Julián lo llamó entonces para que fuera con él y César se puso feliz, porque le gustaba mucho estar con su papá. Ese día todo había sido común y corriente... nos habíamos levantado temprano y yo había trabajado toda la mañana. Ya iba a ser como el mediodía.

Entonces yo me entré a cuidar a Álvaro, a Maryori y a Alexis, y me fui para la poceta a lavar una ropita. En esas escuché un ruido muy fuerte y salí a ver qué pasaba. No vi nada y me volví a entrar. Ahí sentí que Julián me llamaba y volví a salir. Él me estaba gritando y yo fui rapidito a buscarlo. Él venía arrastrándose en el estómago, porque se quedó con el pie bien mocho, entonces no podía caminar. Gritaba del dolor y estaba consciente. Al

ratico llegaron dos señores y le hicieron una camilla para llevarlo hasta el pueblo para que lo atendieran; tenían que ir a pie porque él como estaba no podían subirlo a un caballo. Pero ahí cerquita en un sitio que se llama Nuches, Julián se desangró y se murió. A mí me avisaron al ratico.

Yo me asusté mucho porque no entendía bien lo que estaba pasando. A César también lo llevaron para el pueblo. Yo no me acuerdo bien de a qué horas pasó todo eso. César estaba herido pero no como el papá, tenía esquirlas en la carita y estaba aporreado y asustado. Él también lloraba mucho. De Argelia, a César lo remitieron para Medellín.

Decían que mi niño podía perder un ojito y de pronto la nariz, que por eso tenían que operarlo urgente. Yo no recuerdo nada. Sé que lo ayudó mucha gente, empezando por los que lo llevaron hasta el pueblo.

Pero yo estaba pendiente de él y también de Julián, que había que enterrarlo. Y también estaba pendiente de los otros niños, que no podía dejarlos solitos. No recuerdo nada de lo que pasó. A Julián lo enterraron en Argelia. Yo estuve con él y después empaqué todo lo que pude y me vine para Medellín, a vivir del todo, porque yo qué me iba a quedar allá sola en esa finca. Además tenía que estar cuidando a César y a todos mis hijos. Ya César se alivió y a mí me ayudaron mucho todas mis hermanas y también mi papá y mi mamá. Al principio viví con ellos, pero luego me prestaron esta casita. Y aquí estoy con todos mis niños.

Con lo de Julián me puse muy triste, pero no sé bien cómo pasó todo o cómo salí de todo eso. Lo que sí sé bien es que eso no es lo más triste que he vivido.

Alexis, mi niño, el más chiquito, tenía veintitrés meses cuando me lo mató una volqueta. Eso fue aquí cuando yo fui a una reunión de la escuela. Lo llevé conmigo y lo dejé afuerita del salón, pero dentro de la reja, para que no se saliera. Él estaba con los otros niños. El celador yo no sé qué se hizo y mi niño salió. Me llamaron a decirme que mi niño estaba en la Intermedia porque lo había pisado una volqueta.

Fui allá pero él estaba reventado. Me lo mató esa volqueta y él era muy lindo, muy juicioso y casi nunca lloraba. Me alegraba cada vez que lo veía. Eso fue muy duro para todos, para los hermanitos y para mí.

Desde ese día me han dado varios ataques como los que me daban antes, no importaba si me tomaba o no las pastillas. Yo me ponía a recordarlo y ahí mis otros hijos se asustaban porque sabían que me iba a volver a dar un desmayo o que iba a temblar como con epilepsia. Yo me quedo tirada en el piso y me coge un desaliento que no sé qué es lo que pasa, hasta que al rato me tomo la pastilla y ya me puedo parar.

Por esa enfermedad yo no me acuerdo de muchas cosas ni puedo trabajar. Mis hermanas me ayudan mucho, aunque a veces se enojan conmigo porque yo no trabajo. Erica viene, me da vuelta,

y nos quedamos conversando. Yo me levanto en las mañanas, despacho a Felipe y a César para la escuela y luego arreglo la casa y les hago almuerzo, con lo que haya. Álvaro y Maryori viven en un internado en el centro y me los traen los viernes para que estén conmigo todo el fin de semana. Ellos son muy ordenaditos, y mi niña, sobre todo, es muy linda, muy juiciosa. A veces Felipe, que ya tiene doce años, y César pelean con ellos porque les dicen que esta no es la casa de ellos, que ellos viven en otra parte. Pero yo me les enojo y ya dejan de pelear. Luego se ponen a ver televisión y ya. A mí me da alegría que Álvaro y Maryori sean así de juiciosos y puedan estar estudiando, aunque de verdad me hacen mucha falta toda la semana. Con Felipe y César me da pesar de que les digan los enanitos en la escuela, porque son pequeñitos y los otros niños son más grandes, pero ellos me acompañan mucho y yo los quiero mucho, aunque a veces me saquen la rabia cuando no recogen la ropa sucia o cuando dejan todo tirado por ahí.

A Julián yo lo extraño mucho y pienso que las vidas de todos nosotros serían muy diferentes si él no se hubiera muerto, si no hubiera pisado esa mina quiebrapata, si todavía estuviéramos viviendo en Argelia y trabajáramos sembrando lo que fuera.

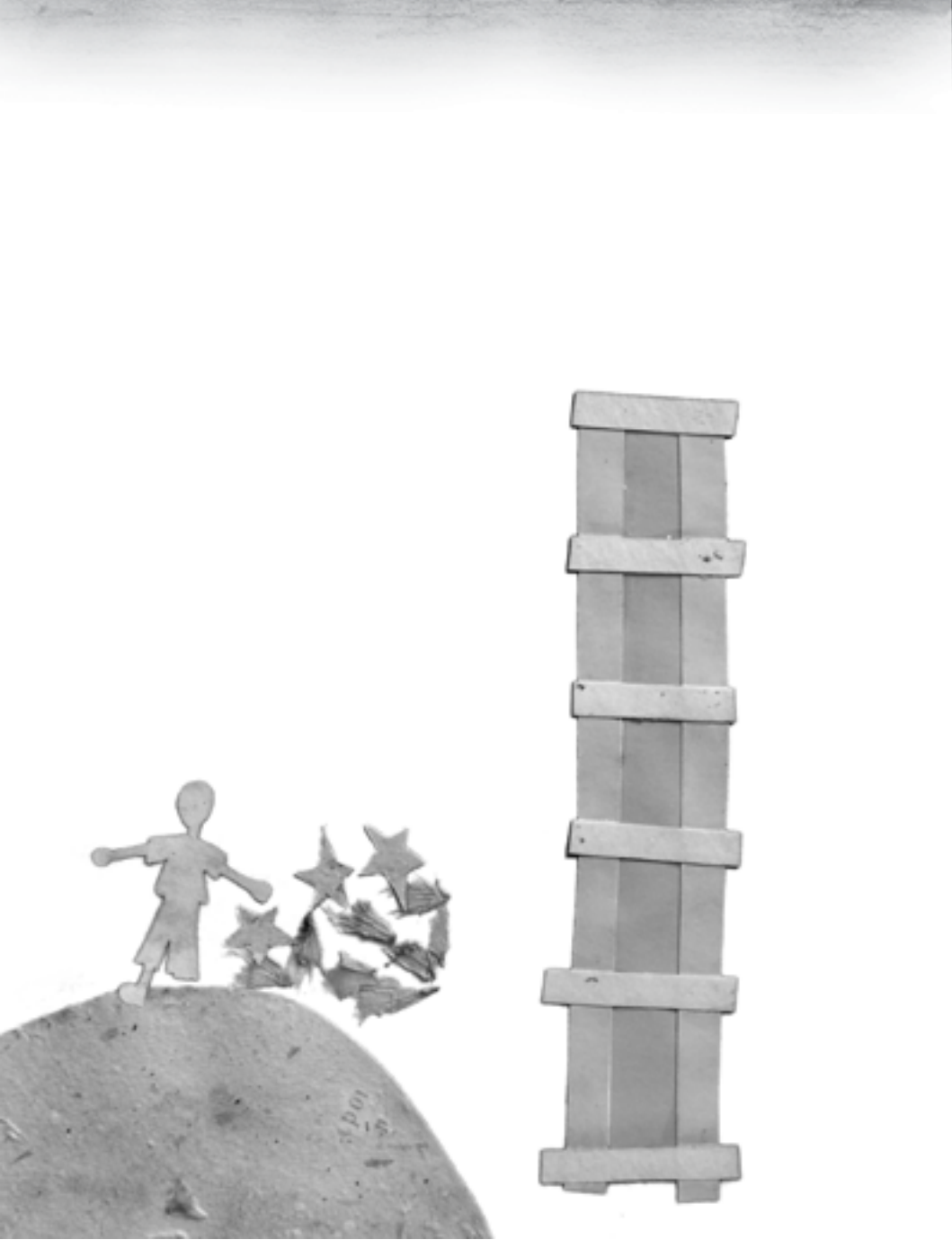
© Gladys

Gladis Marulanda nació en la vereda El Viadal, de Cocorná, hace 39 años. Se casó con Julián y tuvo cinco hijos: Felipe, César, Álvaro, Maryori y Alexis.

Ella, que sólo estudió hasta segundo de primaria, vive en lo alto del barrio Caicedo, muy cerca de sus hermanas, que la cuidan y están pendientes de que no le falte nada. En la entrada de su casa hay una gallinita que le deja un huevo todos los días, porque ella la alimenta con granos de arroz que le quedan del almuerzo, como si fuera una hija más.

Desde los 22 años, Gladis sufre neurocisticercosis, una enfermedad del sistema nervioso central causada por un parásito. Sus días transcurren entre cuidar a sus hijos, hacer los oficios y jugar parques con sus hermanas, porque no es apta para tener un trabajo y conservarlo.





Bitácora de un andariego

Eugenio Serna Tapia

Nací el 5 de junio de 1966 en el departamento del Chocó, en un corregimiento que pertenece al municipio de Lloró. Mi pueblo se llama Villa Claret, un lugar muy hermoso con un río cristalino. Allí, cada ocho días, subía mucha gente de Lloró y de Quibdó, la capital, a gozársela comiendo sancocho, bailando y disfrutando de esa agua cristalina. Para esos festejos se arrendaban casetas, y los adultos y los jóvenes bailaban hasta al amanecer al ritmo de clarinetes y tambores.

Mi papá se llama Norberto Serna Maturana, nació el 6 de junio de 1936. Él ha sido un padre excelente con sus hijos, muy responsable. Mi mamá se llama Dioselina Tapia Arias, nació el 31 de enero de 1939. Ella se casó con mi papá y nunca se han separado, parecen tortolitos, donde está el uno está el otro. Son dos viejitos muy queridos, se la pasan viajando y visitando a los hijos en Chocó, Zaragoza, Medellín y Bogotá. Yo ocupo el cuarto puesto entre nueve hermanos, cinco mujeres y cuatro hombres, todos muy unidos.

A los cuatro años sufrí mi primer accidente cuando fui a pasear donde mi abuelito materno. La finca donde él vivía quedaba muy cerca del pueblo,

aproximadamente a unos quinientos metros. Ese día, 3 de julio de 1970, fue muy triste para mi familia. Mis abuelos estaban cocinando la miel para la panela en una paila muy grande. Yo estaba muy cerca y cuando bajaron la paila del fogón, se les resbaló y esa miel caliente me alcanzó a caer en la cabeza. Me llevaron a Lloró y el médico dijo: “No, este niño hay que remitirlo para Quibdó porque está muy mal”, y me llevaron a la capital, donde permanecí dos meses en coma. Mi familia le rezaba mucho a Dios para que yo me salvara.

Luego de mi recuperación, cuando tenía cuatro años, mi papá nos llevó a vivir a El Dieciocho, ubicado entre Quibdó y El Carmen de Atrato. Allí, él compró una casa y nos matriculó en la escuela para que empezáramos a estudiar; yo solo hice hasta quinto de primaria. El Dieciocho era un pueblo muy bonito y sus ríos eran muy acogedores. En el lugar había una empresa que se llamaba Zona Carretera, encargada de organizar las vías que llevaban a Bolívar y a Quibdó. Esa gente construía los puentes y mantenía la carretera arreglada. A ese pueblito lo visitaban muchos turistas que llegaban de Medellín y de Bolívar; también iban muchos gringos a bañarse en las aguas cristalinas del río La Playa.

Cuando cumplí nueve años me fui de la casa. Yo era juicioso, pero me gustaba la aventura y el trabajo, y como mis padres no tenían forma de darnos el estudio, entonces todos nos tiramos a

trabajar. Me fui lejos de la casa porque sabía que en Andes se movía mucho el café y había mucho trabajo. Entonces hablé con Robertico, un camionero muy conocido y querido en El Dieciocho. Le dije que me llevara y como dijo que sí me fui con él a entregar una carga de cervezas a Bolívar, Antioquia. Luego de descargar el viaje nos fuimos para Andes. En ese municipio terminó nuestro viaje juntos. Él me recomendó con un amigo suyo que trabajaba en una mayoría. Llegamos a una finca, y en aquel tiempo estaba lista la cosecha de café. El mayordomo, Carlos Arturo Velásquez, se sorprendió al ver que yo siendo un niño buscara trabajo.

Yo me había ido al escondido de la casa, pero Robertico les contó a mis padres y les dijo: “Tranquilos que yo lo recomendé en una finca y el dueño es muy amigo mío. Lo dejé en buenas manos y él es un *pelao* muy verraquito para trabajar”.

En esa mayoría había 46 trabajadores: quince mujeres muy jovencitas y el resto eran hombres adultos. Entonces el mayordomo me dijo: “El único trabajo que hay es para recoger café. Voy a dejarlo para que ensaye”. Esa misma tarde me entregó las herramientas de trabajo y al día siguiente, a las cuatro de la mañana, todos los trabajadores estaban en pie organizando sus instrumentos. A las cinco de la mañana salimos para el cafetal. En ese primer día de trabajo me fue muy mal; como no estaba acostumbrado, mis manos me quedaron hinchadas y peladas. Ese día cogí dos cuartillados

de café, y las muchachas recogieron de a veinticinco o treinta.

Al día siguiente madrugamos otra vez y cuando llegamos al corte yo me hice en medio de las jóvenes, miraba para todos lados y no podía hacer nada porque mis manos no me acompañaban, pues la tenía hinchadas. En la hora del almuerzo se reunieron las mujeres y me dijeron: “Niño, venga”, yo fui y cuando vieron mis manos hinchadas se sorprendieron y me dijeron: “Eugenio, a usted lo vamos a poner de garitero para que nos traiga agua y almuerzo todos los días hasta que termine la cosecha”. Empecé a trabajar con las muchachas. Esa tarde me sentí muy feliz, contento, porque entre ellas me reunieron el jornal que equivalía a lo que una de ellas ganaba en un día de trabajo. Continué trabajando hasta que se terminó la cosecha y después me fui con ellas a trabajar a otra finca. Estuve con las muchachas seis meses. En esa época empecé a coger plata y cada ocho o quince días mandaba para mi casa.

Cuando reuní buena plata me fui para Zaragoza, Antioquia, porque allá vivían muchos familiares y se movía mucho la plata. Llegué a donde mi tía Martha, una hermana de mi mamá. Ella me trataba muy bien, como a un hijo más. Zaragoza es un pueblo de clima caliente y de mucho ambiente, pues está ubicado en zona minera. A la gente le iba muy bien porque sacaba mucho oro. Los mineros usaban palillos, cuchillos y

tenedores de oro; algunos llevaban una o dos libras de oro en el cuello, y otros tenían revólveres de oro.

Un sábado bajaron mis primos del Porce y me invitaron para una discoteca que se llamaba Luces de París, uno de los mejores bailaderos de Zaragoza. Al otro día, domingo, mis primos Darío Rentarías y Ortelio me presentaron al resto de la familia. Cuando nos reunimos todos nos fuimos para una caseta que se llamaba El Quisto, pero también la conocían como El Quitapasaje, porque los trabajadores se gastaban la plata en trago y no dejaban dinero para volver al trabajo. Cuando yo miraba a la gente me sorprendía mucho, pues estaban llenos de anillos, collares y pulseras de oro.

Al día lunes empecé a trabajar con mi familia. Me fui con los primos que tenían el entable para sacar oro. Cuando me inicié en la minería tenía diez años y mis primos estaban por cumplir los veinticinco. En la primera quincena nos fue muy bien, sacamos catorce libras de oro. En ese entonces me tocaron 106 mil pesos en efectivo. Me demoré tres años gastándome esa plata porque decidí guardarla en el banco. En ese tiempo existía un banco en Zaragoza y como mi tía era de mi confianza, le dije que abriera una cuenta a su nombre para yo poder ahorrar.

Cuando cumplí los dieciocho años, ella retiró la plata, me la entregó y yo abrí una cuenta a mi nombre. Cada ocho o quince días, me entraba plata y de ahí le mandaba a mis viejos, compraba

lo que me hacía falta, dejaba para el fresco y el resto se lo entregaba a mi tía, que gracias a Dios todavía está con vida, aunque está muy cuchita y se mantiene muy enferma.

Con lo que me ganaba compraba mi ropa y todo lo que me gustaba. También me empezó a gustar el trago. Cada ocho días, cuando llegaba de la mina, entraba a la casa, me organizaba, le daba la plata a mi tía, sacaba lo que me iba a gastar y salía a la calle con mis amigos a rumbear, a conseguir novia y a jugar billar. Nos reuníamos un combo de cinco o seis compañeros, y nos metíamos a un billar bien grande y bien bueno. Jugábamos tres contra tres y los que perdían tenían que pagar con dos medias de ron o de brandy.

Cuando tenía trece años viajamos para Barbacoas, Nariño. Todos los que íbamos éramos de la familia. El propietario mayor era mi primo Alonso Tapia. Él tenía dos carros y era el dueño de la mitad de las dragas. Las dragas vienen equipadas con todo lo necesario: tienen cuatro bollas plásticas, la estructura está armada con varillas de hierro que llevaban pasadores para sostener las bollas, tiene un cajón donde se va almacenando el oro; además, trae dos motores, una manguera de seis metros y un vestido de buzo como los que se ven en el mar. Lo único que uno tiene que hacer es echarle combustible, ponerse el vestido de buzo y meterse a bucear con la manguera para sacar el oro.

En total los socios del negocio eran cuatro personas. Llevaron seis dragas, una canoa metálica de doce metros con un motor Yamaha y una chalupa que conocían como la voladora. En ese combo, era el único niño. Permanecimos ocho días en el pueblo, compramos mercado y contratamos a una mujer para que preparara la comida. Con todo listo, nos fuimos para el río Telembí, de aguas cristalinas y hermosísimas. Allí hacíamos cambuches plásticos y cada quince días bajábamos a Barbacoas. Ese pueblo cogió ambiente cuando empezó a llegar la gente de Zaragoza. Se decía que los mineros eran muy gastones y que las mujeres de Barbacoas dañaban sus hogares por irse detrás de ellos. La primera quincena nos fue bien, sobre todo a los dueños de las máquinas. El oro era tanto que se veía en el fondo del río. En esa época, como maquinista, me quedaron ochocientos mil pesos. Allí también aprendí a bucear para buscar el oro que estaba regado en la peña, una especie de roca. Con ellos trabajé dos años.

Después empecé a trabajar con un primo que se llama Plinio Tapia; mi primo Darío también se quedó con nosotros. Ocho meses después, esa mina se quebró porque todo era muy caro y lo que ganamos en la primera lavada no alcanzó para librar la inversión. Cuando liquidamos todo nos fuimos para el Ecuador. Trabajamos siete meses y medio en el río Yantzaza. En ese tiempo reuní

780 mil sucres que no valían nada. Nos aburrimos porque ganábamos muy poquita plata, entonces decidimos volver a Zaragoza. De regreso paramos en Tulcán para cambiar la plata que traíamos; a mí me dieron 350 mil pesos. Llegamos a Zaragoza sin una moneda, pues todo nos lo gastamos en pasajes y comida.

Descansamos la primera semana y nos fuimos a trabajar al Porce. En la primera quincena lavamos ocho libras de oro y me quedó un millón 250 mil pesos. Con esa plata, en el año 1980, cuando tenía catorce años, compré en compañía de dos primos una draga HG que nos costó 950 mil pesos. En los primeros quince días de trabajo nos lavamos tres libras de oro; con parte de esa plata libramos la inversión y el resto lo repartimos entre nosotros. En la siguiente quincena nos fue mucho mejor. Cada uno compró su máquina y dividimos la sociedad. Yo me quedé con la primera que compramos, porque fue la que nos dio la suerte, y con el tiempo me conseguí otra draga. Empecé a conseguir cateos muy buenos en el río Porce. Cada quince días me lavaba tres o cuatro libras de oro. En esa época el oro era muy barato.

En 1986 conseguí una mujer muy especial, su nombre es Martha Cecilia Blandón Moreno. La conocí en el río Porce, pues ella les cocinaba a sus hermanos que trabajaban con unas dragas. Yo la molestaba y le decía que cocinaba muy rico. Empezamos a charlar y después de cuatro meses

le dije que se fuera conmigo. Luego empecé a derribar monte virgen a punta de hacha para abrir mi finca. Ese terreno que conseguí quedaba a dos horas en lancha desde Zaragoza.

Con Martha Cecilia compartí nueve años, y tuvimos una maravillosa hija que se llama Yarina Serna Blandón. En este momento tiene dieciocho años y está en la universidad estudiando bacteriología. Mi hogar se dañó porque Martha era una mujer muy desconfiada y muy celosa. A ella no le gustaba que yo saliera a rumbear con mis amigos.

Estuve solo ocho años y después conocí a Katia, mi esposa, con la que vivo ahora. Ella cocinaba en una mina que yo tuve con unos socios. Al final nos quebramos, y le dije a Katia que se quedara a vivir conmigo porque no tenía plata para pagarle, entonces me siguió la corriente y se quedó conmigo. Con ella tengo dos hijos muy hermosos: la mayor se llama Yariyadiana y tiene cuatro años, y el menor se llama Juan David y tiene un año y dos meses.

Les sigo contando mi historia. Nosotros vivíamos en la finca La Mora, en el río Porce, en los límites del municipio de Zaragoza. Mi finca es vecina de la vereda Los Trozos y también queda cerca de la vereda El Cagüí. Nuestros vecinos eran Darío Rentería, Euliser Serna y el señor Jorge Mena. Cada uno tenía quince hectáreas de tierra y vivíamos en nuestras propiedades. Mi finca tiene partes planas y partes quebradas. Es una tierra

muy buena para la agricultura: pega el maíz, la yuca, el plátano, el fríjol y otras verduras, también pega la coca que algunas personas cultivan.

Yo trabajaba la minería al frente de mi finca. Lavaba el oro con las máquinas y lo sacaba debajo del agua. Con esa herramienta yo mantenía a mi familia y a las familias de las cuatro personas que trabajaban conmigo. Cuando el invierno estaba muy fuerte y no podíamos sacar oro, todos nos dedicábamos a la cosecha para poder sostener a nuestras familias.

Fuimos felices hasta que empezaron a aparecer los grupos armados; en ese momento se nos perdió la tranquilidad que teníamos. Veíamos bajar por el río Porce muchas personas muertas, destrozadas. La gente empezó a desplazarse y a abandonar sus tierras. Al ver todas esas cosas, mi familia empezó a sentir miedo. Mi esposa tenía seis meses de embarazo y en esos días se enfermó. Yo la sequé para el pueblo y la llevé al hospital, donde permaneció cuatro días. Después la remitieron para Medellín, porque su embarazo era muy riesgoso. Yariyadiana nació en la ciudad y desde ese momento decidí dejar a mi familia en una casa que arrendé en el barrio Santa Cruz. Yo seguí trabajando solo en el campo y cada quince días les mandaba plata para su sostenimiento.

En aquellos días, antes de mi accidente, estaba visitando a mi familia y decidí irme para la finca a recoger la draga, pues como el invierno estaba

encima los trabajadores estaban en Zaragoza. Yo era una persona que le gustaba andar sola, pero ese día que iba a viajar mi señora me dijo: “Mijo, no se vaya solo; llévese a mi cuñado Chucho que está sin trabajo y le paga con la plata que usted le va cobrar al señor Rubén Ulloa”. Yo le hice caso a mi señora y esperé dos días hasta que el señor Chucho consiguió el pasaje para llevármelo a la finca.

A los tres días me llamó mi cuñada, la hermana de mi esposa, y me dijo: “Eugenio, ya Chucho consiguió el pasaje para que se lo lleve para la finca y lo acompañe”. Esa misma tarde viajamos para Zaragoza y al día siguiente nos fuimos para la finca, donde permanecimos ocho días organizando todo.

Ese día, 6 de abril del año 2006, yo le dije al señor Chucho: “Arréglese para que nos vamos para la finca del señor Rubén Ulloa. Él me dijo que nos fuéramos a dormir en su finca para que pesquemos por la noche. Allá se sacan unas doradas muy grandes, de diez libras. Por ahí derecho él nos regala yuca y plátano porque tiene mucho; además, está cerca de la carretera”.

Muy temprano cogimos el camino hacia las bocas del río Mata. Allí, nos tocaba esperar la canoa que subía desde Zaragoza. En las bocas del río Mata había un planchón con una retroexcavadora trabajando y yo me acerqué a los campamentos para hablar con unos familiares míos que trabajaban ahí. Ellos me dijeron: “Primo, la

canoa ya no sube hoy porque son las doce del día. Quédese aquí que mañana pasa muy temprano. Esta mina es de su primo Alonso Tapia y usted sabe que aquí no tiene problema con la dormida ni con la comida”. Y yo les contesté: “No, muchachos, yo quedé de llegar hoy donde el señor Rubén porque vamos a pasar la noche pescando y mañana me voy para Medellín”.

Entonces le dije a uno de mis familiares que me llevara a la entrada del camino, y Danilo Rentarúa me llevó y me dejó donde el señor Gerardo que vive en la entrada del camino y es un hombre muy apasionado por la agricultura. En ese momento no había nadie en las casas, porque todo el mundo estaba trabajando, así que yo me fui con mi compañero.

Cuando llegamos al filo de la cordillera, nos dimos un descanso y llamamos a nuestras familias; en ese lugar todos los campesinos del sector subían a llamar a sus familiares porque era el sitio donde el celular cogía mucha señal. Después de descansar llamé a mi esposa que se encontraba en Medellín y también llamé a Zaragoza para saludar a algunos familiares. Continué mi camino y más adelante, donde todavía había señal, volví a llamar a mi casa y les dije que al otro día viajaba para Medellín y que les llevaba revuelto, frutas y pescado para que pasáramos una Semana Santa bien buena.

Continuamos caminando para poder llegar temprano donde el señor Rubén; queríamos tomar

un descanso para hacer la pesca por la noche. Yo en esos momentos estaba muy contento porque iba a llevar de todo para mi casa. Fue ahí donde pisé la mina antipersonal, ese 6 de abril del 2006 a las tres y media de la tarde, en las riberas del río Mata, territorio que se encuentra entre Zaragoza, Amalfi y Anorí. Allí, fui víctima de una mina antipersonal, en el marco del conflicto armado interno, cuando iba a cobrar un dinero que me debían por un trabajo.

Cuando me monté sobre la mina, no sabía que estaba parado en ella. Me detuve ahí mientras esperaba a mi compañero que venía muy atrás. Al ver que ya estaba cerca, aproximadamente a unos veinte metros, seguí, y cuando alcé el pie me levantó la mina unos cuatro metros. Después de caer, traté de pararme y como no pude, me miré mi pie y lo vi vuelto picadillo. Al mismo tiempo sentí pánico, tristeza y mucho dolor. Minutos después reaccioné y le grité a mi compañero: “Chucho, no se mueva de ahí que de pronto hay más minas”. Pero él tenía mucho miedo y me dijo: “¿Qué hago?”. “No se vaya a mover porque no sabemos si hay más minas”, le dije.

Yo me arrastré hasta el camino y luego le dije: “Chucho, pisé una mina y me voló la pierna izquierda”. Me arrastré con ayuda de las manos y del pie derecho hasta donde estaba él, aproximadamente a veinte metros; me quité la riñonera donde cargaba mis documentos y mi celular, y le dije: “Chucho,

tome la riñonera para que usted regrese al río y le avise a mi familia y a algunos finqueros para que vengan a sacarme. Pero con mucho cuidado porque no sabemos si hay más minas”. Después de lanzar la riñonera, me arrastré otro poquito y Chucho me acostó y me puso su bolso de almohada. Cuando vi que mi compañero se fue, le dije: “Chucho, tenga mucha fe en Dios para que lo saque sano y salvo. Cuando llegue al lugar donde hicimos la llamada, llame a Medellín y le avisa a mi señora y después llama a Zaragoza a mi familia”.

Cuando me quedé solo, pensé en Dios y le pedí que no le fuera a pasar nada a mi compañero, que lo sacara sano y salvo porque solo así me iban a recoger. En ese momento de tristeza y de angustia le rogaba a Dios para que me diera fuerzas y valor y me permitiera reunirme nuevamente con mi familia. Gracias a Él pude verlos otra vez, y también le agradezco por enviarme ese amigo que me acompañó, pues yo era una persona que siempre andaba sola.

Una hora después me largué a vomitar sangre, hasta llegué pensar que me había reventado por dentro, pero gracias a Dios no fue así. En esos momentos no sentía dolor, sino que veía mi pierna prendida en candela. Así duré dos horas y después empecé a sentir dolor. Yo decía: “Señor mío, no dejes que aparezcan grupos armados por aquí”. Había escuchado rumores de que cuando una persona caía en una mina y llegaba un grupo armado, lo terminaban de matar.

A las cinco y media de la tarde escuché la voz de mi primo Nicanor Rentería; él pegó varios gritos y yo saqué mis últimas fuerzas para contestarle. Aproximadamente llegaron unas veinte personas entre familiares y amigos. Llevaban la camilla lista, la habían armado con un palo largo y una hamaca. Cuando los vi llegar, me dio mucho ánimo y les dije: “Muchachos, regálenme agua”. “No puede tomar agua”, me decían.

La camilla la cargaban ocho personas, cuatro adelante y cuatro atrás. Cuando esas ocho se cansaban, la agarraban otras ocho y así se fueron turnando. Cuando me subieron a la camilla eran las seis de la tarde, y a las ocho de la noche me bajaron al río. Mis familiares tenían la canoa lista, me embarcaron y uno de ellos, Luvian Tapia, el maquinista, me aplicó una ampolla para calmarme el dolor porque yo iba muy mal. El señor Alonso Tapia, el dueño de la mina de retro, mi primo, fue el que respondió por los gastos de la canoa, pagó el flete, el combustible y me dio cien mil pesos en efectivo. Le agradezco mucho todo lo que hizo por mí, que Dios lo ayude a él y a todas las personas que me sacaron de esa montaña. Estoy muy agradecido por ese gesto tan bonito, no tengo con qué pagarles, pero yo,

Cuando la canoa llegó al puerto de Zaragoza muchos familiares y amigos míos me estaban esperando. A las nueve y media de la noche me entraron al hospital, donde fui atendido por los médicos. Inmediatamente me pusieron sangre y

suero porque yo estaba muy mal, ya no reconocía a las personas, las veía borrosas. Minutos después cortaron pedazos de bota que quedaron en la pierna. Luego empezaron a buscar carros porque las dos ambulancias no estaban en el pueblo. Mis familiares y amigos estaban muy preocupados porque en esos momentos no había ambulancia y se enojaron con los médicos porque se estaban demorando mucho para llevarme a Caucasia, pues no aguantaba el viaje hasta Medellín. Al fin me llevaron en una camioneta Hilux; iba con un doctor, una doctora y mi exesposa, Martha Cecilia. En ese viaje yo iba muy desesperado. No sé cuánto nos gastamos para llegar a Caucasia, porque el conductor de la camioneta era muy bueno y estaba manejando muy rápido.

A la una y media de la mañana me entraron al hospital de Caucasia y el doctor que me recibió se enojó con los de Zaragoza porque me llevaron lleno de tierra, sin bañarme. Inmediatamente me atendió el cirujano César Hernández. A las tres de la mañana estaba que me reventaba por dentro, porque no había orinado desde mi accidente, entonces llamé a Martha y le dije: “Me voy a reventar”. Ella corrió y llamó a una enfermera que vino rápido. Empezó a chuzarme con una aguja para sacarme la orina, pero como no fue capaz llamó a otra enfermera y tampoco pudo, así que se reunieron cinco enfermeras; al ver que no eran capaces, llamé a Martha y le dije: “Me voy a morir

porque no puedo orinar, ya no aguanto, me voy a reventar. Cuida mucho a mis hijos y diles que los quiero mucho”. Ella, al ver que yo le hablaba como en agonía, salió corriendo y trajo al cirujano. Él vino rápido y me sondeó la manguerita por el pene y ahí mismo empecé a botar ese poco de agua que tenía adentro. Al fin descansé, pero si el cirujano no llega a tiempo no estaría contando la historia.

Al otro día a las siete de la mañana me entraron a cirugía. El cirujano hablaba con otros cuatro médicos sobre cómo podían salvarme la rodilla. Cuando los escuché, le dije: “Doctor, esa rodilla no tiene salvación porque está muy partida. Mejor hágame un solo trabajo mochándome arriba de la rodilla para yo descansar, y usted también gana muchos puntos en su trabajo”. Así fue, me mocharon el pie izquierdo arriba de la rodilla. Gracias a Dios salí muy bien de mi cirugía.

Al día siguiente, llegó Katia, mi señora, de Medellín. Yo estaba dormido en la sala de recuperación y mi acompañante Martha Cecilia me dijo: “Eugenio, Katia llegó”. Yo tenía la cara muy hinchada y no sé por qué me desperté riéndome. Martha Cecilia le dijo a Katia: “La pierna de Eugenio está en esa bolsa; toca llevarla al cementerio para enterrarla”. Katia se asustó mucho cuando vio esa pierna hinchada, y le dijo a mi ex esposa: “Coja la bolsa usted, porque a mí me da miedo”. Marta la llevo y cuando llegaron al cementerio se la entregaron al sepulturero y le pagaron para que la

enterrara. Cuando regresaron al hospital, Martha le dijo a Katia: “Ya me tengo que ir para Zaragoza porque tengo la casa sola. Nosotros vamos a estar pendientes de ustedes”, y se despidió.

Al otro día llegó al hospital un muchacho de Boca Nechí. Tenía dieciocho años y también había sido víctima de una mina antipersonal. Su mamá nos contó que su hijo tenía una marranera muy grande con cuarenta marranos y también tenía un yucal que cada ocho días le daba veinte bultos de yuca.

El día del accidente, el muchacho, después de recoger la yuca, salió tres metros del yucal para armar una trampa que detuviera a una guagua que le estaba arrancando las yucas. En ese momento, se paró sobre la mina que lo partió por la cintura. Luego de llegar al hospital de Caucasia, murió. Por eso yo les digo a las personas del conflicto armado que nosotros los civiles no sabemos el porqué de la guerra, entonces les pido de corazón que no siembren más minas antipersonales, pues somos los civiles los que sufrimos.

A los cinco días de estar hospitalizado, me dieron de alta y me trajeron para Medellín. Cuando llegué a mi casa, mi señora les pidió a algunos vecinos que me ayudaran a bajar del carro. Ellos se sorprendieron al verme llegar sin mi pie izquierdo, estaban aterrados porque viajé con mis dos pies y regresé mocho.

Al otro día llegó uno de mis mejores amigos, Mauro Madrigal, a darme su apoyo. Me trajo un

mercado de doscientos mil pesos, me regaló doscientos mil pesos en efectivo y me dijo: “Estamos muy tristes por lo que le pasó, pero mucho ánimo que los vamos a apoyar”. Después llegaron dos monjas que trabajan en la iglesia La Asunción, que queda a una cuadra de mi casa. Ellas me hicieron las curaciones hasta que me quitaron los puntos.

Ingresé al Hospital San Vicente de Paúl, donde fue toda mi atención médica. Mi doctor se llama Ariel López. Él me hizo muchas preguntas y yo le dije: “Doctor, yo tengo que conformarme con mi nueva situación porque esto ya es de por vida, mi pie no va a volver, entonces yo me hice a la idea de que no me pasó nada. Tengo que echar para adelante”. Él se puso muy contento con lo que le dije, entonces me mandó mis primeras terapias, en total fueron veinte. Después de que me llegó la prótesis, me mandó otras veinte terapias. También estuve donde la sicóloga, pero yo terminé dándole clases; sabía que la vida seguía y tenía que salir adelante con mi familia que cada vez era más grande, pues un año y medio después del accidente nació mi hijo Juan David.

Yo estaba acostumbrado a los trabajos físicos y sabía que después del accidente no me podía dedicar a eso; pensé en conseguir un trabajo en la ciudad que se ajustara a mis condiciones.

Con la ayuda de Acción social y de la Cruz Roja Internacional me fui sosteniendo y monté en un localcito un negocio de víveres y de venta de

minutos. Empecé con cuatrocientos mil pesos y poco a poco le fui metiendo más plata. Con lo que gano en el negocio pago el arriendo, los servicios y la comida.

Quiero luchar por mi familia. Mi papá no nos pudo dar estudio por falta de recursos, pero yo voy a trabajar para sacar a mis hijos adelante, porque el estudio es el mejor regalo que un padre les puede dar a sus hijos.

Después de tres años, regresé a mi finca. Cogí la rula para limpiar la tierra y siempre se me ampollaron las manos. Ese día solo trabajé una hora y media porque me caí y me dio miedo lastimarme el muñón. Estoy esperando que me den lo que me corresponde por la finca, pues por ahí va a pasar la represa Porce IV. Cuando eso suceda, sólo volveré a recoger mis pasos.

© Eugenio

Cuando Eugenio tomó un lápiz y un papel para escribir la historia de su vida, se propuso retratarse tal y como es: un hombre emprendedor, alegre y aventurero. Con mucho cuidado trazó cada palabra y en las páginas de su cuaderno registró las fechas de sus viajes, los lugares que conoció, las mujeres que enamoró y el oro que buscó en las aguas del río Porce.

Pero sus anécdotas no solo hablan de alegrías y parrandas. A sus cuarenta años pisó una mina antipersona en las tierras que tanto conocía y que por muchos años le dieron el sustento de su familia. Sin su pierna izquierda, tuvo que dejar la profesión que aprendió desde niño. La minería quedó atrás y el destino le señaló una nueva vida junto a su esposa y a sus hijos en la ciudad.

A pesar de los tropiezos, la historia de este chocoano no tiene un final amargo. Ahora Eugenio recorre con su prótesis las calles de Medellín, lleva a su hija a la escuela y asiste a cursos de administración y de emprendimiento. Sabe que no puede flaquear, pues quiere que los suyos salgan adelante y sean optimistas y luchadores como él.



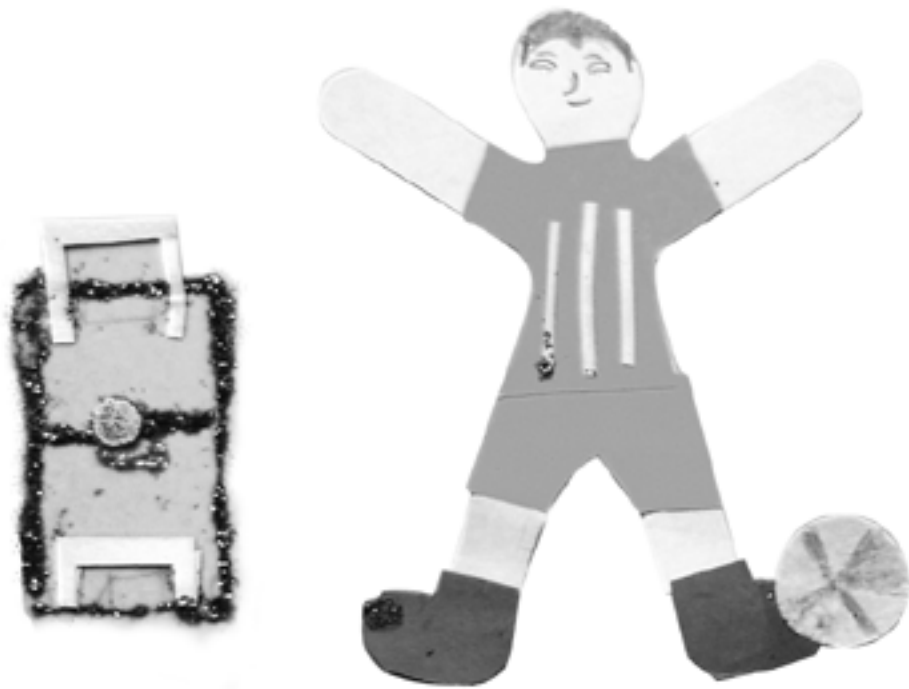


Ilustración por Jhon Elkin Úsuga, en los talleres de escritura.

La esperanza de los hermanitos Úsuga

Cristian Camilo Úsuga,
Jhon Elkin Úsuga y Octavio Úsuga

Cristian Camilo

Mi nombre es Cristian Camilo Úsuga, tengo 18 años. Yo nací en Cañasgordas junto con mis hermanos Octavio, Jhon Elkin, Jhonatan Arley, Hernando, Nevardo y mi hermana Magdalena; mientras que Juan Pablo y Alexander nacieron en La Unión.

Nosotros vivíamos en la finca La Pepinera, en la vereda El Cardal del municipio de La Unión. La finca la compró papá en el año de 1996, pero estaba en puro monte y no tenía casa; papá pronto le hizo una casa y le arrancó todo el monte para sembrar papa. La casa era grande, estaba pintada de azul, tenía tres piezas, cocina, y un corredor. Cuando papá terminó de arreglar la finca, conseguimos unas gallinas.

Antes yo trabajaba sembrando y recogiendo fríjol o arriando caballos que estaban cargados de papa. Por eso me pagaban cuatro mil pesos al día. Me puse a ahorrar y con lo que recogí durante un

mes compré una vaca por ochenta mil pesos. Mi papá fue por ella a la feria en el municipio de La Ceja en el año 2002. También compró ganado para él, pero al tiempo se le murió. Hicimos una rifa para que no perdiera tanta plata, pero no logramos mucho.

Mi vaca se llamaba Esperanza y todos la cuidábamos mucho porque la teníamos desde los tres días de nacida, la consentíamos tanto que cuando empezaba a llover salía corriendo a escampar en la casa. Es tan cansona que un día a las doce de la noche se entró a la pieza y se paró en la cabecera de la cama de uno de mis hermanos. Lo bueno es que todos los días le sacamos doce litros de leche; y es muy mansítica, incluso cuando cría. Los dos terneros que ha tenido se vendieron, uno en treinta mil y otro en sesenta mil pesos, y con esa plata le compré cuido y melasa.

Jhon Elkin

Mi papá era de la vereda Castillal y mi mamá de San Pascual, en Cañasgordas. Ella trabajaba en un teléfono que había en el corregimiento. Un día un amigo le dijo a papá que le llevara saludos a mamá y entonces empezaron a hablar hasta que se casaron, cuando él tenía diecinueve años y mi mamá dieciocho.

Papá mantenía en la finca sembrados de frijol, alverja, legumbres y hortalizas. Nosotros, los mayores,

le ayudábamos a él en los sembrados de papa: primero rompíamos la tierra, la curábamos, y luego se regaba la semilla; después se tapaba, se abonaba y se bañaba con venenos y químicos para que no se dañara el producto ni le cayeran plagas. Cuando la arrancábamos se vendía en la plaza del pueblo.

En 1999 nos vinimos para Medellín, porque papá tenía una úlcera y no podía trabajar porque estaba muy enfermo, entonces tenía una tienda por el barrio París, pero solo le dejó pérdidas. Él se aburrió y nos volvimos a San Pascual, en Cañasgordas, donde vivía mi abuela. Luego de un tiempo en la casa de mi abuela volvimos a La Unión mi papá y los cuatro hermanos mayores, y mi mamá y los otros hermanos llegaron a los cuatro meses. Allí, mi papá empezó a trabajar en una finca cerca de la escuela.

Después, en el 2002, se comenzó a complicar la situación con los grupos armados y los vecinos comenzaron a desplazarse. Entonces nos fuimos para Cañasgordas otra vez. Allí las cosas eran diferentes porque mi papá no contaba con lo mismo que teníamos en La Unión. Nos tocó pasar por cosas muy duras, porque no teníamos lo suficiente para vivir en buen modo, pero con la ayuda de mis abuelos José Gómez y María Dolores, logramos salir adelante mientras mi papá volvió a sembrar y se recuperó económicamente. Entonces pudimos volver a La Unión.

Octavio

Pero la situación con los grupos armados continuó complicándose. Como nosotros estábamos pequeños, el pánico nos agobiaba mucho. Por allá, el que le daba comida a la guerrilla o a los paras estaba muerto. Era muy duro porque había enfrentamientos y nosotros en medio del fuego.

Los helicópteros pasaban por arriba de la casa chorreando balas y a nosotros nos gustaba ver eso. Un día a las once de la mañana estaba mi hermana haciendo el almuerzo y Cristian jugando bolas en el patio, y se sintió un ruido duro y un tiroteo abajito de la casa. Dicen que fueron soldados que quedaron en una mina, y los helicópteros fueron por ellos. Como teníamos tanto miedo le bajamos el almuerzo a mi papá muy rápido, tanto que las alverjas quedaron crudas.

Con todo eso, en un año recorrimos cuatro casas. Mi papá sin saber qué hacer, por último tomó la decisión de irnos para una casa que nos prestó un señor cerca a la carretera que va para Sonsón. Pero a los dos meses nos tocó salirnos para otra casa, porque a cada rato quedábamos en medio de los enfrentamientos entre guerrilla y los paramilitares.

Ya en el 2005, papá, sin saber qué hacer, porque los paramilitares no nos dejaban, tomó la decisión de venirse para Medellín y se puso a trabajar en vigilancia para mandarnos la plata para el mercado.

Cuando viajó se sintió el vacío en la casa, porque ya no estábamos tan tranquilos y no sentíamos la protección de alguien que siempre estuvo protegiéndonos. Nos sentimos tristes, pero también sabíamos que era algo que nos serviría a todos porque contaríamos con una mejor economía.

Cristian Camilo

Un día teníamos a Esperanza ahí donde vivíamos en la orilla de la carretera, pero como el corral era pequeño se le acabó el pasto. Los mayores le dijimos a mi mamá que íbamos a subir la vaca a la finca, pues ya todo estaba muy calmado.

Mi mamá llamó a papá a Medellín para decirle que pensábamos subir la vaca a la finca, pero papá le respondió que eso siempre estaba maluco con las minas antipersonas, pero de todas maneras que subiéramos, que imposible que nos pasara algo. Nosotros sabíamos que había minas, pero más retiradas de la finca, no llegamos a oír algún caso cerca de la vereda, por eso fue que subíamos tan tranquilos.

Entonces el sábado 5 de agosto del 2006, Jhonatan Arley, al que le decimos “El Chiqui” porque es muy chiquito, John Elkin, Octavio y yo nos fuimos a llevar la vaca a la finca. Cuando nos íbamos a ir, yo mandé a Octavio y a Jhon a prestar un caballo donde don Humberto, un compadre de papá que vivía a quince minutos de la casa, cerca de la carretera, pero él no nos lo pudo prestar porque

lo necesitaba para mover abono a unos potreros, entonces nos fuimos a pie. Ese día teníamos botas llaneras, que son botas altas y muy buenas porque le cubren a uno hasta la rodilla, también teníamos sudaderas y sombreros de tela, de unos que tienen una tiritita.

Cuando íbamos en el camino, nos encontramos con Róbinson y Elkin, unos amigos que conocimos cuando vivíamos en la finca, porque cuando bajábamos a estudiar de arriba de la finca, nos tocaba pasar por un lado de la casa de ellos y por eso éramos tan buenos amigos. Ellos trabajaban sembrando papa con el papá de ellos. Los convidamos a llevar la vaca a la finca, pero dijeron que no podían porque les tocaba cargar leña. Entonces nosotros nos seguimos solos.

Cuando subimos, no encontramos el ganado de otro señor. Manteníamos el ganado junto porque la finca de ese señor quedaba pegada a la de nosotros, y cuando se acababa el pasto en una finca, pasábamos el ganado para la otra; y también lo manteníamos junto porque si dejábamos a Esperanza sola se aburría y se iba para la casa. Nosotros empezamos a buscar las vacas del señor pero no las encontramos.

Había una casa más arriba de la finca de nosotros, era una casa grande pero estaba enrastrada, no tenía ventanas y estaba muy abandonada. Yo les dije a mis tres hermanos que me esperaran mientras yo iba a soltar la vaca, entonces Jhon

Elkin, Jhonatan y Octavio se quedaron jugando mientras yo iba al potrero.

A los quince minutos volví donde mis tres hermanos. Ya estábamos los cuatro juntos y nos íbamos a ir para la casa, pero un hermano dijo que siguiéramos buscando el ganado del otro señor; le hicimos caso y nos fuimos a buscarlo de la casa para arriba, y llegamos a un morro desde donde se veían unas pineras y unos montes muy bonitos; ahí fue cuando uno de mis hermanos se subió a un palo para poder divisar mejor las montañas que se veían, el palo se quebró y explotó la mina.

No sabemos si nos paramos del suelo ahí mismo o al rato; el caso fue que cuando nos paramos nos preguntamos si estábamos bien y todos pensábamos que sí. Yo les dije a mis hermanos que nos fuéramos ligero para la casa. Nos demorábamos cuarenta minutos para bajar a la casa, y ese día en quince minutos llegamos. En el camino, mi hermano Octavio dijo que le estaba doliendo una mano, se alzó la manga de la camisa y estaba herido. Entonces Jhon Elkin dijo que le estaba doliendo mucho una pierna, pero nosotros no le hacíamos caso porque la sudadera no estaba rota. Pero cuando íbamos llegando a la casa se levantó la bota de la sudadera y estaba muy herido, entonces fuimos a la casa y le dijimos a mi mamá lo que había pasado.

Mi mamá se puso a llorar junto con mi hermana mayor y nos preguntaban a cada uno qué nos

había pasado. Entonces mi hermana corrió a conseguir un carro para llevarnos al hospital, pero yo no quise ir porque no se me veía ninguna herida.

Jhon Elkin

Mi hermana nos llevó al hospital, que estaba a cuarenta minutos de la casa. Nos iban a llevar en bus, pero un señor que se llama Tulio nos llevó en el carro.

Jhon Elkin tenía morados y “El Chiqui”, vidrios en el pecho. En el hospital nos lavaron las heridas y nos preguntaron que si nos dolía alguna cosa, y a Jhonatan le preguntaron que si veía bien, porque a él le había pegado una esquirla en el ojo, y él dijo que estaba bien. Después nos vendaron las heridas y nos fuimos para la casa.

Cuando volvimos del hospital con las heridas tapadas y curadas, nos preguntamos los unos a los otros: “¿Y ahora quién va a subir por la vaca?”. Pero ninguno quería volver a subir, entonces por la noche iba bajando una tropa de soldados y mi mamá y mi hermana salieron a hablar con ellos para ver si podían ir por la vaca a la finca. Ellos preguntaron que por qué no íbamos nosotros, y mi mamá les contó lo que pasó. Ellos dijeron que pedirían permiso y se siguieron para la base militar, que quedaba a tres kilómetros de la casa, en un morro junto al corregimiento de Mesopotamia.

Cuando llamaron a mi papá a contarle, se asustó mucho, preguntó cómo estábamos, y si nos habían llevado al hospital.

Entonces al otro día mi hermana madrugó con una amiga de ella para la base militar a ver qué respuesta daban los soldados, y ellos le dijeron a mi hermana que no podían subir por la vaca, porque no tenían el material suficiente, y que si nosotros íbamos a subir nos fuéramos en caballo. Pero como no conseguimos caballo, entonces nos tocó subir a pie.

Camilo y yo subimos a las seis de la mañana, teníamos mucho miedo pero nos tocaba ir, porque si dejábamos la vaca sin ordeñar se enfermaba y se moría. Cuando llegamos a la finca, buscamos la vaca, y cuando nos íbamos a devolver nos encontramos otra que también se había parado en una mina porque estaba llena de esquirlas. Luego supimos que era un novillo del vecino, que valía mucha plata; afortunadamente el animal se recuperó. Nos devolvimos por el mismo camino, y la vaca la llevábamos adelante de nosotros.

Octavio

Por los alrededores otro señor se paró en otra mina al martes siguiente, cuando estaba buscando el ganado del vecino. Él quedó muy herido, lo pensaban amputar pero al final no fue necesario.

Luego del accidente sentimos mucho miedo. Antes éramos muy libres. Nos manteníamos cazando gurrees, guaguas, cusumbos y conejos de monte. Teníamos perros criollos que sabían cazar, nos íbamos al río El Cardal o al río La Rubiela a pescar con anzuelos o con costales de papá. Pero ya no.

Seguimos trabajando en otras fincas, sembrando y arrancando papa. Ese trabajo siempre era duro, pero también ayudábamos a mamá en las actividades de la casa. Eso solo lo hacíamos Cristian Camilo y yo, porque Jhon Elkin y Jhonatan siguieron estudiando.

Donde papá trabajaba como vigilante, un señor le dijo que nosotros teníamos muchos derechos por ser víctimas de minas, y gracias a él fue que nos dimos cuenta de nuestros derechos. Un año y medio después del accidente, Camilo y yo tomamos la decisión de venirnos a estudiar a Medellín.

El día que llegamos a Medellín, ese mismo día, nos tocó estudiar. Llegamos al colegio un poco asustados, pero después nos fuimos acostumbrando no solo al colegio sino también al clima, porque en La Unión es clima frío y en Medellín hace mucho calor.

Los que se quedaron en La Unión estudian y le ayudan a mamá con los destinos de la casa; mientras que Camilo y yo, además de estudiar, trabajamos en confecciones. Las máquinas las tenemos desde el 2008. Las compramos con la plata que nos dieron por ser víctimas de mina antipersonal. En ellas hacemos camisetas, bóxer y cacheteros. Un día a mi papá se le ocurrió ponerle nombre a la ropa, entonces ahora le tenemos una marca que se llama Úsuga y Hermanos.

Vivimos en Bello en el barrio Central, en un apartamento pequeño con papá; a él le toca muy duro. De arriendo de la casa le toca pagar 190 mil

pesos, además del mercado, el estudio de los que estamos aquí en Medellín, y tiene que mandar para los gastos de los que están en La Unión.

También nos tocó acostumbrarnos a cocinar todos los días y a vivir sin nuestra madre; aunque nos hace mucha falta, ya nos acostumbramos un poco a vivir sin ella.

Aquí en Medellín hay más oportunidades. Estamos en octavo en el Colegio Jorge Eliécer Gaitan en la jornada nocturna, en la que se ven dos niveles por año. A nosotros la ciudad no nos gusta para vivir, a nosotros nos gusta más vivir por allá, en el campo.

Nunca volvimos al lugar del accidente. La casa en la que vivimos cuando llegamos a La Unión ya no está. Las tejas eran de zinc y las paredes de tapia, y con el abandono y la lluvia terminó cayéndose. Esperanza ya tiene siete años, es una vaca joven. Hace seis meses tuvo una ternera que se llama Niña, decidimos quedarnos con ella y cuidarla. Ahora, la mitad de la leche de Esperanza es para la Niña.



© Cristian Camilo, Jhon Elkin y Octavio

Cristian Camilo, Jhon Elkin, Octavio y Jhonatan Arley son cuatro de los nueve hijos de Gloria Edilma Góez y Nevardo de Jesús Úsuga.

Como consecuencia del conflicto armado, han tenido que trasladarse de un lugar a otro buscando el bienestar y la tranquilidad para sus vidas. En distintas ocasiones han quedado en medio del fuego de los grupos armados; y en el 2006, mientras buscaban a Esperanza, la vaca que compró Cristian Camilo, sufrieron un accidente con una mina antipersonal que de milagro no les quitó la vida.

Cuando los hechos ocurrieron, vivían en la vereda El Cardal en el municipio de La Unión. Ahora, Octavio y Cristian Camilo viven con su

padre en Bello. Allí, en su casa, los dos hermanos tienen máquinas para confecciones en las que hacen camisetas, calzoncillos y cacheteros; y en las noches asisten a un colegio en el que están validando su bachillerato, mientras su papá trabaja como vigilante para poder sostener la casa en la que habita con sus hijos mayores y la finca en la que viven su esposa y el resto de sus hijos.

El relato de los hermanos Úsuga es una historia de esperanza que nos confronta con la realidad que viven a diario miles de niños campesinos en Colombia; es la historia de unos jovencitos tímidos, que disfrutaban del campo, la naturaleza, los cultivos de hortalizas, el cuidado del ganado, y sobre todo, de vivir cada día como si no hubiera un mañana.



Ilustración por Diomedes Osorio, en los talleres de escritura.

Con los ojos del alma

Diomedes Osorio

Mi niñez fue trabajo y estudio hasta los once años, cuando por la fuerte carga laboral tuve que retirarme de la escuela. En esa misma época me fui de la casa en la que vivía con mi mamá, mis hermanos y mi padrastro. Estaba aburrido, sentía que por ser el mayor de la casa tenía que dar más. Pero me exigían más de lo que podía. Estaba presionado. Todo esto sucedía en una vereda pequeña de un municipio de Antioquia. Quienes vivíamos allí cultivábamos en nuestras fincas pequeñas: café, maíz y frijol; también había ganado.

Al salir de mi casa, consciente de que estaba encaminándome en una aventura para explorar medios distintos para salir adelante, llegué a la finca de unos amigos. Quedaba a media hora de la casa de mis padres. Era un lugar en un terreno faldudo, rodeado de cañadas y muchos árboles como naranjos, cedros y otros. Allí estuve hasta los diecisiete años, llevando la leche a la carretera, recogiendo el ganado, madrugando a ordeñar, picando cuido para las vacas, errando las bestias, arreglando el alambrado de los potreros y haciendo muchas cosas más.

Yo era un vueltero. Vueltero es alguien que tienen en una finca donde necesitan hacer muchas vueltas: que vaya recoja el ganado, que vaya recoja los terneros, mucha cosa. No tenía que depender de mis padres, me demostré que era capaz de conseguir por mi cuenta las cosas que necesitaba. Después de esta experiencia, siendo un poco mayor, decidí volver a mi casa esperando encontrar un ambiente distinto. Las cosas marchaban bien. Me entendía con mi padrastro y mis hermanos, y trabajábamos juntos. Ya no había autoritarismo. De lunes a sábado madrugábamos para ir a trabajar la tierra, sembrando maíz, frijol, tomate, cebolla, café, cacao, plátano, entre otros productos agrícolas, hasta las cuatro de la tarde o donde nos dieran una o dos horas de trabajo, mientras salía el cultivo para conseguir la comida y llevarla a la casa.

Al mismo tiempo empecé a salir y a conocer. Me iba de paseo con mis amigos a las veredas aledañas. Me gustaban las fiestas y el fútbol. En el campo nunca falta el trabajo, pero sábado o domingo cuando uno lo sacaba para descansar nos íbamos a bañarnos a los charcos. Fue una época donde viví cosas hermosas. Pero por otro lado, las cosas cambiaron. La independencia que había ganado en mi vida familiar fue perturbada por una fuerza mayor no solo para mí sino para todos los campesinos. Se trataba de los grupos armados.

Era una presión inmensa para todos. Ellos querían adueñarse del territorio, y esa era su pelea.

Tanto la guerrilla como los paramilitares amenazaban a los campesinos. Nadie podía andar tranquilo. El campesino era asesinado sin saber siquiera por qué. Sobrevivir era un reto. Nosotros los campesinos no teníamos tranquilidad para nada.

Para uno desplazarse al pueblo a merchar había hasta dos o tres retenes de diferentes grupos armados. Uno permanecía asustado en el pueblo porque hay cosas de las que uno fue testigo. Uno de los grupos andaba con una varilla envuelta en cartón, seguían personas que dejaban pasar en los retenes, pero entrando al pueblo había un cruce de información entre ellos y se iban encima de alguien, perseguían a la gente fijándose donde podrían acorrallar a las personas para pegarle a alguno un varillazo; lo recogían inconsciente, lo montaban en una camioneta que iba a algún lugar, donde lo mataban para luego tirar su cuerpo al río, el Riosucio. Muchos campesinos desaparecían así, pues nunca hallaron sus cuerpos.

El mercado que uno hacía en esa época no podía pasar de quince o veinte mil pesos, porque supuestamente ya no era para el propio consumo sino para otro de los grupos armados. El que llevara más de eso lo mataban y el mercado lo dejaban tirado en la carretera. Al que estaba muy de buenas tan solo le quitaban el mercado y sin comida se tenía que ir. Pero eran pocas las veces que pasaba eso. Siempre los grupos armados se portaban agresivos con el campesino y al que estaba

de malas lo iban matando. Eran reglas que ellos imponían. Había familias de siete u ocho personas que tenían que pasar una semana con un mercado de quince mil pesos.

Lo más trágico fue cuando los grupos armados empezaron a minar el campo sin importarles que esa fuera tierra para la labor del campesino. Teníamos menos tranquilidad. No sabíamos dónde estábamos parados. No había seguridad por lo que pudiera pasar. Para poder sostenernos, teníamos que sufrir ese riesgo, caminar por un terreno peligroso.

La vereda donde yo vivía empezó a desolarse con la presión de estos grupos. Muchos campesinos huyeron dejando atrás su tierra, su único sustento, los grupos armados los señalaban de ser partidarios de un grupo enemigo. El hecho de que se le diera un vaso de agua a alguno de ellos –que uno no podía saber de qué bando era y uno lo hacía por obligación– significaba una sentencia de muerte. Por esto la gente se fue sin saber qué podía depararles el destino después de tener que abandonar lo que era suyo y fruto de un largo trabajo.

Todo eso fue a principios de la década de los noventa. Eso tiene más de doce o trece años de ser zona roja. Yo estaba muy pelado. De ahí siguió muy duro el desplazamiento. Yo seguía en la casa de mis papás, saliendo diario a trabajar, hasta que ocurrió mi tragedia.

El día del accidente

Nosotros en el campo, normalmente, nos levantamos a las cinco de la mañana para iniciar labor; por muy tarde, a las siete. Recuerdo patético que ese día me levanté con muchos ánimos. Vi a toda mi familia muy alegre. Bregué a arreglarme lo más bien que pude. Me puse un pantalón de jean, que es la ropita que uno usa en el campo, ropa especial. Yo tenía de esa ropa y otra ropa buena para salir como la que uso ahora en la ciudad.

Ese día estaba con ropa bien lavadita, pero tal vez manchadita. Me puse una camiseta. Trabajaba a veces de camisa en la cintura, aunque he sido muy abandonadito de camisa. Era rara la vez que me vieran con camisa trabajando. Me la amarraba en la cintura, y así estaba cuando me explotó la mina.

Tenía yo veintiún años. No recuerdo bien cómo me veía yo en ese momento, porque ya se me olvidó. Era muy ocasional que me mirara en el espejo. Me veía con la cara un poco perfilada. Mis ojos, que yo recuerde, eran negros, o eso decía yo, pero la verdad es que tiraban más a cafés miel. No tenía ojos grandes, tampoco eran pequeños ni rasgados. Nunca llegué a detallar a quién le había sacado el mayor parecido en la familia. Que yo en los ojos me parecía a fulano, nunca me lo llegaron a decir. Lo otro de la cara ya hasta se me olvida. Creo que no era muy barbado. Tenía, de pronto, un bozo muy leve. Mi cara era más bien pulida, porque no

he sido como “caroncho”. Sé que mi cara no era gruesa sino menuda. ¿Hoy la cara mía cómo es? Eso me pregunto yo. A uno se le olvida.

Me mantenía quemadito del sol. Era como morenito. El color que tengo ahora no es el mismo, porque lo que agunto de sol es poquito. Ya son siete u ocho años desde que me vine del campo, entonces también el color me cambió. Pero antes me veía trigueño. Ahora me dicen que me he descurtido mucho. Tenía estatura más o menos. Ni muy alto ni muy bajito que digamos. Mido un 1.67, muy normal. En estos días yo preguntaba eso, que cómo soy ahora, porque desde el accidente no me acuerdo.

Ese día salimos a trabajar a las siete de la mañana. Mi mamá nos despachó, o sea, nos dio el desayuno y nos empacó el almuerzo. *Traguíamos*, porque en el campo uno no perdona los traguitos antes de irse; nos tomamos un chocolatito; el almuerzo lo pusimos en la costaleja, un bolso que se usa en el campo para cargar; cogimos el bolso cada uno, el machete o rula como lo llamamos en el campo y salimos aprovisionados con el almuercito y todo listo. Mi mamá nos echó la bendición: “Bueno, hijos, que les vaya muy bien”, nos dijo.

Yo tenía mucha moral, no sé por qué ese día estaba muy alegre. No era lejos donde íbamos a trabajar, apenas como a unos quince minutos de la finca. Salimos antecitos de las siete de la mañana y ligerito llegamos al punto donde íbamos a trabajar. Estábamos recochando, y todos, muy felices.

Amolé el machete. Cogí una lima para sobar el filo por el borde, de costado. Lo sobé y lo sobé, y lo voltéé y le saqué filo. Lo toqué con los dedos a ver si había quedado filudo. No estaba tan amellado, pero lo amolé para no *amallagar* la rama, para que no me tocara darle más duro. Yo iba a desmalezar. Nos metimos en un rastrojo que estaba de alto como la estatura de uno. Estaba con mi padraastro y mis dos hermanos menores que yo. Después lo que íbamos a hacer ahí era rozar, barrer y fumigar para, al final, sembrar ese campo con frijol. A mí me tocó ver ese tajo apenas desmalezado hasta la mitad. Con otros dos días de trabajo se acababa la rozada, pero yo no alcancé a ver más. La cosecha de frijol no me tocó a mí.

En ese tajito hasta animales pasaban por ahí de vez en cuando. Nosotros no teníamos, pero de otras fincas se venían, porque eso era pequeñito, en parcelas. Al lado había un camino real por donde pasaba toda clase de gente, gente de la vereda y gente de los grupos armados. Uno no sabe bien en qué momento fue que pasaron esos grupos y dejaron minas ahí. Donde estábamos era un tajito de tierra que hacía tres o cuatro meses no pisábamos, porque estábamos trabajando otros trayectos. En este caso, ese tajo no era ni propio de nosotros. Era alquilado a un señor que le pagábamos para que nos dejara sembrar. Estaba encordillerado, tirando más a la montaña, en la parte alta de la vereda. Eso queda en una parte pendiente

donde se divisa mucho hacia el frente, hasta se ve del pueblo para arriba. De noche, yo veía hasta los carros pasar por la troncal, muy lejos, muy lejos, pero los divisaba.

Era un día hermoso, muy soleado, muy bonito. No había asomo de agua. El paisaje era de potreros, montañitas pequeñas, montañas grandes... Podía divisar azulito el cielo, muy bonito. Iba trabajando, rozando, dele, dele, cuando tuve como un susto. Todo estaba muy bonito hasta que todo se me oscureció; volteé y golpeé la mina; le di con el machete; me quitó el machete de las manos y me tiró al piso. No fue que la pisé, y eso sí lo agradezco a Dios, que no me dejó parar en ella.

Cuando sentí el golpe, sentí un dolor, un ardor en el lado izquierdo de la cara. Era impresionante. Una de las esquirlas me entró en el pómulo; las otras me entraron por la vista cortándome la visión. Me destruyeron la retina totalmente. Eran como las diez y media de la mañana, entonces, se me acabó la visión. La explosión me dejó sin vista, y no solo la vista sino parte del brazo izquierdo al lado del pulmón, lo que causó una discapacidad severa en mí.

Cuando yo sentí el golpe se me oscureció todo, dejándome el ojo derecho casi que salido, brotado, y la mano izquierda sin movilidad. Esa me duró como cuatro meses quieta. Yo quedé como ido. Me quedé un rato ahí tirado sin saber qué era lo que me había pasado. Me ponía a pensar: ¿A mí

qué me pasó? Yo no vi nada por los lados. Aquí no había nada que explotara, decía yo. También llegué a pensar que me mató. Pero no estaba inconsciente del todo, más bien estaba ido hasta que me cogieron.

Mis hermanos y mi padrastro vieron la humarada y se vinieron a ver qué me había pasado.

–¿Usted ve?– me decían.

–Yo no veo nada– respondía yo.

Estaba vaciado en sangre por boca y nariz. Tenía tierra por todo el cuerpo. Al lado izquierdo de la espalda, donde me entró la otra esquirla cerquita del pulmón, también estaba echando sangre. Ellos me sentaron y se pusieron fue a limpiarme la tierra que era ya una mezcla de tierra y sangre.

Yo no pensaba que estuviera ciego. Pensaba que la tierra y el golpe hacían que yo echara sangre y que eran heridas leves, porque yo reaccioné, no quedé inconsciente. Les decía a ellos, mis hermanos y mi padrastro, que, conforme me fueran saliendo la tierra, las ramas y las yerbitas que me habían quedado en los ojos, yo iba a volver a ver. No quería aceptar ni pensar que eso me había causado el daño total de las vistas.

Ya me recogieron, me llevaron para la casa y nadie siguió trabajando ese día. Me bañaron y me consiguieron pastas para el dolor. Fue un día muy duro para mí. Nunca pensé que hasta ahí iba a llegar la historia de todo lo que yo había visto en mi vida, de mi independencia. No creía que hasta

ese momento llegaba la forma de ser mía, yo solo volteando para donde fuera. No pensé que ese era el momento en el que me tocaba empezar a adaptarme de por vida a quedar ciego.

Mi padre, así lo llamo aunque sea mi padrastro porque él fue el que me crió, y mis hermanos, todos eran conmigo a ver qué necesitaba yo. También mi mamá. “Vamos a ver mi hermanito qué necesita”, se decían. Me bregaban. Yo esperaba recuperarme.

Veía oscuro totalmente. Oscuro, oscuro. O, mejor, no veía. Donde me dejaran, acostaran o sentaran, ahí me quedaba, porque yo no me atrevía a voltear para ninguna parte, a pesar de que yo distinguía mi casa toda bien cuando veía. Pero fue cosa de mucho tiempo hasta que volví a moverme solo.

Después del accidente

Esos primeros días era así. “Vamos a bañarlo”, decía mi mamá o algún otro, y me cogían de la mano y me llevaban al baño. Ya allá, de todas maneras, yo mismo me bañaba, independiente. Yo era capaz con una mano. La otra la tenía quieta y me interrumpía un poquito porque me quedó muy desforzada, pero ahora la muevo como si la tuviera buena.

Yo pensaba que al otro día del accidente iba a ver mejor. Pero no. Seguía oscuro. Nunca pude decir que abrí mis ojos otra vez y pude ver algo. Al otro día, los ojos estaban llenos de cosas malucas,

hinchados y echando agua, estaban enconados, supurando. Pensé que tomando pastas se me iban deshinchando. Me las tomaba también para la infección, eran del botiquín de la vereda. Me llegaron por la acción comunal. Era el botiquín para las urgencias de la gente de por ahí. En este caso, a mí me tocó una parte.

Después, tan mal, tan mal, yo no me sentí. Mi familia decía que nos fuéramos para Medellín, que cómo íbamos a hacer para sacarme a una clínica. Pero económicamente no podíamos. Estábamos apenas empezando a desmalezar para sembrar el cultivo y ver cómo sobrevivir. Yo mismo les dije: “Esperemos, yo me recupero. Yo no quedé tan mal y soy capaz de caminar. Esperemos”. Si alguien llega a leer esta historia y ha vivido en el campo se da cuenta de que es así, que no es como en la ciudad que con cualquier cosa tira para donde el médico. Uno en el campo tira mucha tranquilidad. Se cura más que todo a base de plantas. Y económicamente mal uno se pega de todo eso. A mí me ponían plantas para deshinchar. Cogían la mata deshinchadora, la cocinaban y con la agüita me hacían unos pañitos calientes. Eso me mejoraba.

Mucha parte sería que yo en ese momento no me sentía tan mal, y por otra parte era que habiendo quedado así me daba miedo tirar por donde había grupos armados. Uno de todo temía.

A los quince días me sentía mucho mejor pero igual no veía nada. No permití que me taparan.

Me hacían el aseo en la cara y en la herida de la espalda, que fue un huequito chiquito, pero que de todas formas me dejó muy perjudicado porque no permitió que saliera la sangre. En la cara, vimos después en radiografía, unas esquirlas que quedaron cerquita del cerebro. Me hubieran matado si hubieran llegado más lejos.

Seguía sanando pero no veía nada. Una vista me quedó salida y la otra hundida. La familia bregaba a ver cómo me colaboraba. Ellos siguieron trabajando a ver cómo recogían para traerme a Medellín. Les tocaba trabajar la tierra donde fuera, así hubieran quedado con temor de otro accidente. No podían quedarse en la casa y chao. Les tocaba arriesgarse y salir a trabajar.

Yo les daba moral a ellos, y yo lloraba. Era una tristeza por quedar ciego. ¿Qué será lo que mi Dios va a ser conmigo?, me decía yo en esos llantos tan horribles. Me llenaba de complejo. Cuando tratábamos el tema en mi familia yo les decía que tranquilos, pero por dentro yo no me aguantaba. ¿Qué será de mí más adelante? Ya era mayor de edad. ¿Si voy a quedar ciego, cómo voy a hacer?

Pasaban los días y yo mantenía las esperanzas de que volvería a ver. Llegué a momentos a tirar mente. Decía que tenía que quedar a juicio de la familia. De pronto pasaba por los pensamientos de económicamente cómo iba a seguir mi vida. Pero guardaba las esperanzas de que volviera a ver.

Fueron tres años y medio los que me quedé en la finca después del accidente. Yo no quería ni salir. Ni a la casa de la misma familia en la vereda salía. No quería nada. Fue un cambio muy grande. No pude seguir trabajando la tierra con la que yo mismo me animaba. Yo antes veía que en unos meses daba la cosecha y pensaba que con eso me compraba la mudita de ropa, la comida. Pero ahora diario era yo esperanzado en lo que me querían dar. Que le tocara a uno que le dieran algo. Todo era dado. Eso me hacía sentir mal. Era algo que yo nunca me imaginaba. No podía yo disponer con esto para que me trajeran tal cosa. Tenía que esperar que me trajeran un cepillo de dientes, un jabón. Es una cosa que ha sido muy dura, estar esperanzado de lo que me quieran dar.

La dependencia me tocó en todo sentido. Todo fue un cambio. Si era para la ropa, dónde está la ropa, que para ir al baño. Además, recién que uno queda ciego queda como borracho. Uno se va para los lados. Al principio, pensaba que me iba a caer. Para todo tenía que decir: llévenme. Para comer, me ponían la comida y me decían: aquí está. Si no me decían, yo no sabía qué era. Iba comiendo lo que encontrara. Era muy duro.

En la finca, esos años no salía de la casa. Era un encierro. Me la pasaba haciendo nada. Fue total el encierro. De pronto escuchaba música y no era más. Algunos amigos me visitaban. Muchos

cambiaron conmigo. Ya no eran los mismos amigos saludables que uno encontraba siempre. No saludaban. Pienso que tal vez esos pensarán que yo quedé loco, o que me incomodaba que saludaran. Tal vez pensaban que el hecho de que uno no los viera significaba que uno sabía que estaban ahí, o que no iba a saber que lo estaban saludando.

Para mí se acabó toda diversión. No volví a tirar charcos ni a jugar fútbol. Eso no ha vuelto. Hasta hoy no lo he podido volver a hacer. Salía muy escasamente, por ahí tal vez pegado del hombro de alguno, tal vez para una invitación donde un vecino. Pero no había ánimos.

La guerra y el desplazamiento

Nunca se supo qué grupo armado dejó la mina sembrada. Mientras tanto, en la vereda todo seguía normal. Y lo normal era que desaparecieran gente, que mataran gente, que sacaran a la gente de su casa. Primero, fueron unos vecinos de más arriba los que se fueron. Llegaban los grupos armados y decían: “Tienen tanto para que desocupen”. Y así nos tocó a nosotros también.

Llegaron unos hombres uniformados y armados. Nos dieron dos días para que desocupáramos. “Después de eso no se responde”, decían. Nos tocó venirnos con lo que teníamos encima. Dejamos los pocos sembrados que tenía mi familia. En la casa dejamos gallinitas y no mucho más porque no teníamos mucha cosa. Una parcelita era lo que teníamos

allá con palitos de café. Eso quedó allá abandonado, a lo que la gente quisiera hacer con eso.

Empacamos poco, de pronto la ropita buena, si mucho tres muditas cada uno, y era lo que uno tenía bueno para poder salir. Salimos caminando porque eso fue en semana, y por esos días no pasaba carro. Caminamos por trocha una hora y de ahí para abajo, por carretera, recorrimos una hora y media hasta el pueblo. Allá ese día los desplazados éramos solamente todos los de mi familia. Eran desplazamientos muy graneados. No fue que llegaron desocupando la vereda. Al final la desocuparon, pero graneadito.

Nosotros cogimos el bus para Medellín a ver qué íbamos a hacer, a ver qué iba a hacer la familia con uno. Yo era una carga más. Veníamos mis hermanos, mi padrastro y mi mamá. Llegamos a donde una prima. La casa no era muy grande. La posada era donde nos pudiéramos recoger todos en una pieza o en la sala. La dormida era dura. Y pensábamos: ¿Cómo vamos a hacer sin vivienda, sin nada? A mi mamá la orientaron para que fuera a la Cruz Roja para recibir beneficios. Empezaron a llegar ayudas y pudimos pagar una piececita donde arrumamos todo, mientras mi padrastro y mi hermano, el que me sigue, cumplió los dieciocho y pudo conseguir para sobrevivir aquí.

Nos dieron arriendo y alimentación por tres meses. Aguantamos hambre y sufrimos mucho. A ellos les tocó colocarse en construcción... Muy duro.

Muy duro para conseguir una casa donde pudiéramos estar más amplios y tener una calidad de vida mejor, y conseguir una camisita, irnos vistiendo así de a poquitos. Es que nos sosteníamos todos con lo del hermano mío que era el que conseguía. Al padrastro mío lo sacaban y le decían: “Vaya para la casa y después lo llamamos”, y nunca lo llamaban. Sería por la edad.

Ser víctima

No sabía que yo era víctima de conflicto. Eso lo vine a saber yo entre 2007 y 2008 cuando me fueron explicando que tenía ciertos derechos. Al ser desplazados nos orientaron. En algunas partes nos decían que siendo víctima de mina yo tenía otros derechos, que había una parte médica que tenía que responder por ese accidente hasta el fin. Y nosotros no sabíamos nada de eso. Lo supimos muy lentamente en trabajos y citas con otras personas. Muchas veces fui a reclamar y me decían que ya había perdido esos derechos. De todas formas, yo ya estaba ciego, pero me faltaban muchas cosas.

Tenía mis testigos de la vereda, por los cuales la autoridad competente me certificó mi accidente. El alcalde del municipio me dio una carta donde certifica que yo fui víctima de mina. Sin esa carta uno no tiene ninguna atención médica como víctima del conflicto. Esa carta la presenté a la Cruz Roja y ellos se tenían que encargar de separarme

una cita en el Hospital Universitario San Vicente de Paúl. Llamaron y el San Vicente no me la asignó, porque yo no tuve una atención inicial de urgencias en el municipio en el momento en que sufrí el accidente. Preguntaban dónde estaba la atención de urgencias para poder pasar el comunicado al Fondo de Solidaridad y Garantía (Fosyga) para que pudieran cubrir eso. Pero yo no la tuve: yo me quedé más de tres años en la vereda después de la mina hasta que me desplazaron.

Entonces en la Cruz Roja me orientaron para que me metiera por el Sisbén. Allá tampoco querían ayudarme y me mandaron a Comfenalco, y que había que esperar un mes. El portero de Comfenalco me dijo que allá era demorado y que fuera a la Dirección Seccional de Salud de Antioquia, donde di con una muchacha.

“El caso suyo lo tienen que atender”, me dijo y me remitió para el Hospital Marco Fidel Suárez de Bello. Me dirigí para allá ahí mismo. “¡Vamos a ver!”, dije yo. Allá no me trataron con esas repelencias. Una doctora, la encargada de llevar esos casos, dijo que siendo paciente de mina no necesitaba sino la carta del alcalde. Con esa carta y un formulario que ella me dio fue que comencé a recibir toda la atención. Tanto bregué y bregué que por fin empezó el tratamiento.

En el Marco Fidel empecé todo el proceso. Me dieron la primera atención con médico general, donde me vio y me empezó toda la historia de las

pérdidas que tuve con el accidente. Él me remitió con diferentes médicos, unos por la pérdida de los ojos, otros por problemas de la nariz, otros por los problemas de la espalda, y así según todas las secuelas que me dejó el accidente. Eso empezó en junio del 2008. Ese año fue todo el año volteando. Las operaciones las tuve todas a remate de año en el Marco Fidel.

Me operaron la nariz, porque después del accidente me había quedado torcida hacia el lado derecho. La segunda operación, el nueve de diciembre, fue para extraerme la vista derecha, la cual me causaba mucho dolor y había quedado muy afectada. En la espalda no me pudieron practicar ninguna operación. Tengo una esquirra en el pulmón izquierdo, pero el médico me mandó fue terapias, porque para operar ese pulmón ahí es súper riesgoso. Él mismo me aconsejó que era mejor quedarme así con esa esquirra ahí, que si quería me mandaba donde el cirujano pero que él no respondía.

Pero no he podido acceder a la prótesis ocular, la cual ha sido demorada para gestionar. El doctor que me sacó la vista me dio una remisión para la prótesis, que la podía gestionar en el Marco Fidel o en el San Vicente. Me fui donde la doctora y me dijo que más fácil me fuera con esa remisión al San Vicente. Allá llevé la papelería al principio de enero del 2009. Ese caso le tocaba llevarlo a la trabajadora social, pero ella se demoró mucho

para poner la papelería a circular. Ella salía a vacaciones y entraba para finales de enero y cuando entró se demoró mucho con mi papelería. Entonces, ese ha sido el motivo de la demora. Yo comencé a acosarla mucho, llamándola, y me sacó una cita con un especialista que me revisó ya bien y miró qué era lo que yo necesitaba. Él me dio la orden para la prótesis, pero la trabajadora social dijo que por una ley nueva, el Fosyga me estaba negando esa prótesis, por ser algo de estética. Traté de explicar que algo estético es como si se me viera sin ojo así no más o desde el nacimiento, y aclaré que no estaba pidiendo algo estético para aparentar sino que era un derecho que tenía referente a mi accidente. Con ese mismo chiste le salió la trabajadora social a la especialista que me atendió. Entonces, ella le respondió a la trabajadora que a mí no tenían por qué negarme eso, que de ninguna manera el Fosyga tenía por qué negarme ese derecho.

Ahí mismo en el San Vicente me dieron una orden y el mismo hospital firmó un papel donde decía que se hacía responsable por ese costo de la prótesis. Con una orden me mandaron donde el doctor Mario Escobar. Él es el que me está haciendo la prótesis. He ido a una cita para dibujar la vista en sí. Me faltan siete u ocho citas para terminar de dibujar la vista, para sacarle el color, ponerle la forma que es, etcétera. Por ahí a remates de abril estará lista, y ahí voy.

Uno en el campo no tiene claro qué derechos tiene uno como víctima, qué entidad del gobierno me podría cubrir mi accidente. Fue mi familia la que me apoyó en todo mientras estuvimos en el campo. Perdí muchos derechos que tenía como víctima. Perdí mi capacidad para trabajar. Quedé ahí durante tres años largos en la finca. No podía trabajar. Era lo que mi familia pudiera hacer por mí. Ya en la ciudad estoy buscando esas ayudas que están tan envoltadas. Aquí lo que sí encontré de una fue una mala noticia. Que yo no iba a volver a ver nunca. Eso me lo dijeron unos médicos del Sisbén. Para mí fue duro, otra vez, pero no fue primicia. A mi familia le dio más duro que a mí. Yo me llené de fuerzas. Si así fue, qué le vamos a hacer. Durito, mucho, pero no para acomplejarme mucho.

Al principio me puse a vender bolsas en la calle algunos días. Pero no me justificaba exponer mi vida por cuatro o cinco mil pesos que me estaban quedando. Ahora hago mucha cosa solo. He estado en procesos de rehabilitación visual para adaptarme más a mi discapacidad, y eso porque me los han obsequiado el CRAP de Bogotá y el San Vicente. Pero económicamente uno no sería capaz de sostener eso, porque no tengo una situación definida. Allá tengo como una especie de beca. Cada hora son como doce mil pesos que vale y yo no tengo plata.

También estoy yendo por Prado Centro a la Unión Nacional de Limitados Visuales, una

institución que hace diez años se formó y no tiene ánimo de lucro. Solamente donantes y voluntarios la apoyan. Allá estoy recibiendo clases de lectoescritura braille, las cuales me permiten escribir como las personas videntes en tinta, pero en uno no es con tinta sino en un relieve. Ahí estoy aprendiendo a defenderme en todo lo que es escrito.

A todas esas partes voy solo, pues no tengo alguien disponible todo el tiempo para que me acompañe en ese tipo de cosas y también porque me estoy adaptando. Al principio no me arriesgué a andar solo, pero después me di cuenta de que era capaz y me decidí: voy solo a lo que sea capaz de hacer con la poca rehabilitación a la que he podido acceder. En el caso del Metro, todos los discapacitados tenemos una atención preferencial y es fácil.

En el bus es más que todo la independencia de uno. Le toca a uno dirigirse al conductor o a la persona que vaya al lado de uno. Uno pregunta y le pide el favor de que le avise cuando vaya por ahí. En la calle hay que aprenderse el trazado urbanístico, o sea, aprenderse los puntos cardinales. Eso le ayuda a defenderse y con eso tengo mejor desplazamiento sin necesidad de estar muy desubicado; voy buscando una dirección y sé a qué lado me queda.

Otras cosas, unas que no necesiten la vista, las hago de otra manera. En la comida hay cosas que las detecto por el olor. Antes lo que iba encontrando me lo comía, pero primero lo olía, le cogía

el sabor, y así fui aprendiendo. Reconozco el olor de los fríjoles, sé de algunas sopas pero no sé diferenciar bien hasta probarlas. Algunas son de pastas, otras de verduras. Las reconozco antes de probarlas, pero uno puede confundir una sopa con un sancocho. La carnita la siento crujir todo rico cuando la están fritando y descubro las tajadas del maduro en el olor.

Estoy progresando, pero todo ha sido muy duro para mí. Los derechos económicos como víctima los perdí, ya que no me los dan por el tiempo que no declaré mi accidente. Como víctima de mina anti-personal, no he recibido más servicios distintos a la atención médica. Ahora dependo de la familia y económicamente estamos mal. En Medellín, todo es muy distinto, comenzando por las vueltas en las que me mantengo para todo, pero ya casi, si todo sale como espero, voy a tener mi prótesis, con la cual yo no vuelvo a ver pero tal vez la gente me vea mejor a mí.



© Diomedes

Sonríe y posa para las fotos que, aunque no puede ver, espera tener entre sus manos. No le importa que lo retraten. Quiere, más bien, que alguien guarde la imagen de su rostro, la misma que a él, según dice, ya se le está borrando de la memoria. Ahora sus recuerdos son los ojos que le permiten retratarse como es, mirar atrás y relatar el accidente que lo dejó ciego para siempre.

Diomedes Osorio empieza por contar quién era ese joven invidente que hoy se mueve solo por las calles y en los buses de Medellín: un muchacho andariego e independiente que regresa a la vida familiar en el campo, donde la presencia de grupos armados desangró el pueblo hasta expulsar a su propia familia. Fue en la ciudad, solicitando ayudas por ser desplazado, que Diomedes se enteró de que lo que su machete hizo explotar fue una mina antiperso-na. Sin embargo, la hazaña de quedarse en la vereda tres años después del accidente y sin atención médica alguna le estropeó los trámites para reclamar sus derechos. De ahí que su historia está llena, además de escenas amargas por la nueva vida de invidente que la guerra le obliga a vivir, de agotadores episodios de espera en hospitales donde empezó su recuperación física. De la emocional, quiso ocuparse empezando por contar esta historia que logró construir gracias a su capacidad descriptiva, sus cualidades de narrador y su sensibilidad y paciencia para esperar a que cada letra que mencionaba se tecleara en el computador.



Ilustración por Orlando de Jesús Guarín Morales, en los talleres de escritura.

En busca de mi hijo

Orlando de Jesús Guarín Morales

Para empezar quisiera contarles qué había sido mi vida hasta el 24 de agosto del 2005, cuando empezó mi pesadilla, aunque no sólo la mía sino la de mis hijas y de mi esposa.

Mi nombre es Orlando de Jesús Guarín Morales, nací el 10 de abril de 1959 en el municipio de San Carlos, Antioquia. Desde muy pequeño, viví en un corregimiento de San Carlos llamado Samaná. Allí viví 41 años de mi vida, donde estudié sólo hasta segundo grado de primaria y trabajé como agricultor, ganadero y minero. Trabajaba en la finca de la familia. Estaba yo de ocho años cuando empecé a trabajar. Trabajando, arriando mulas, trayendo terneros, yendo a traer revuelto, y así hasta los 21 años.

La finca era de cuarenta hectáreas distribuidas de la siguiente forma: una parte la ocupaba la casa donde vivía, que constaba de tres habitaciones, una cocina con fogón de leña y un patio. Otra parte era para cultivar caña. A la distancia se cultivaba plátano, frijol, yuca, maíz, cebolla, entre otras cosas, con las cuales, a medida que pasaba el tiempo, se recogía y se vendía para el

sostenimiento de la finca y la familia. También aserraba madera con serrucho y motosierra.

Alrededor de la casa había potreros donde había ganado, es decir, vacas, terneros, caballos. Ordeñábamos las vacas, la leche la vendíamos y también nos alimentábamos de ella. Las mulas las arriábamos y yo también cabalgaba. Como minero, yo cogía y me iba para el río Samaná del Norte, que quedaba a una hora de la casa caminando, ya que no había trecho para los caballos. Sacaba el oro con batea, con motor y draga. Una draga es un aparato hecho así: son unos embalses de canecas con un enrielado encima y un canalón por la mitad, adelante van los motores. Delante de los motores sale un tubo y ahí se le pegan unos inyectores. Se prenden esos motores y entonces se extrae la tierra del río y ahí viene el oro. Es una lancha aparentemente pero no sirve para lanchar, pero flota en el agua y donde usted la prende echa para donde vaya el río y navega.

Ese oro lo cogíamos y lo vendíamos. En ese entonces, por decir, los reales eran cinco castellanos, que venían a ser veinte gramos, y con este dinero nos sosteníamos. Hoy en día un castellano son dieciséis reales, y un castellano vale trescientos mil pesos. A eso se está vendiendo el oro.

Conocí a mi esposa Luz Marina Cardona Marín, con la cual me casé a los 22 años de edad. Ella tenía dieciséis años y llevábamos seis años de noviazgo, o sea desde que era un niña. El papá era

un tipo celoso pero celoso de la vida, y como él echaba tres viajes a la semana al pueblo para llevar la carga de la cosecha, esos días por la noche yo iba a charlar con ella a la casa. Eran el día miércoles, el día viernes y el día sábado, y como quedaba ahí al frente me quedaba muy bueno. Tuve con ella cinco hermosos hijos a los que hemos sacado siempre adelante y de los cuales nos sentimos orgullosos.

En el campo, el paisaje era de montañas llenas de árboles, quebradas y ríos, de ganado, de fauna y de todo lo que se cultivaba y criaba. Eso había conejos, guaguas, un animal que le llamaban tatabra que parecía un marrano, y había torcazas, que eran como parecidos a las palomas que hay en la ciudad, y nos las comíamos. Había loros, boas, gallinetas; lo único que no había era como leones o tigres, que esos se veían más para adentro, lejos, y en el río se pescaba dorado, sardinata y bocachico.

En el año 2000, nos tocó venirnos de Samaná desplazados por la violencia a la ciudad de Medellín, en la cual vivimos actualmente. Antes de nosotros venirnos hubo un desplazamiento de gente de más afuera. Al año de ese primer desplazamiento, mataron al hermano mío y ahí sí todo el mundo echó para afuera. Después de eso volvió gente y estuvo bueno otro año, pero ahí fue cuando mataron a un señor Ríos y ahí sí todo mundo, viendo que mataron un conocido, dijo: “Nos van a matar a todos”. Ese señor era lo mejor de la vereda, era un líder en la comunidad. Uno

llegaba donde él y necesitaba comida y él mantenía cosecha en grande. “¿Fue que se te acabaron las yucas? Venga mañana por la mañana con una mula pa’ que se lleve unas yuquitas”, le decía a uno, y las yucas era una carga que le echaba a uno. Inclusive, a un señor le regalaba un hueso entero de cadera de res, y un hijo de ese señor se metió a la guerrilla y después vino muy campante y lo mató. Todo el mundo se vino de allá. No quedó nadie. Todos fuimos desterrados. Todos arrancamos para Medellín. Llegamos a San Carlos y ahí nos quedamos como tres días donde una hermana mía y ya el cuñado nos dijo: “Vénganse pa’ Medellín y aquí cualquier cosa hacemos”. Todos estábamos aburridos para comenzar de nuevo prácticamente.

Ya en Medellín empecé a trabajar arduamente para sacar a mi familia adelante, es decir, para brindarles un excelente futuro, pagándoles sus estudios para que en un futuro fueran unas profesionales, en fin. Estuve por ahí dos años volteando para una parte y para otra cuando un día me gané un chance, entonces nosotros trabajábamos empacando mercado y ganábamos lo que la gente quisiera darle a uno. Allá un señor llevaba las legumbres en bolsas empacadas, entonces con el chance le dije al cuñado mío que cogiéramos unas legumbres para ensayar. Él le comentó a un señor Marcos, y le contestó: “Si son capaces, háganle, pero no me vayan a decir en estos días que no fueron capaces porque me hacen perder mucha

plata”. Y arrancamos fue de una a ganar plata como un verraco. Pusimos la legumbrería a un lado del supermercado, al lado del bazar de San Antonio en el centro. Después ocupamos muchos locales, uno por El Huevo, después uno al frente del negocio, después otro en El Palo y después otro más allá de Bomboná. Y allá está, pero como yo no puedo trabajar después del accidente, los socios me sacaron. Me quedaron unos pesos porque siempre me gustaba ahorrar.

En agosto del 2005, mi familia, mis amigos y algunos conocidos viajamos al municipio de San Carlos a las fiestas del agua. Son las tradiciones allá. Eso bajan tríos bastantes, hasta Jorge Barón Televisión estuvo allá. En el 2005, cuando fuimos nosotros, estuvieron el Combo de las Estrellas, Darío Gómez y Luis Alberto Posada. Son fiestas desde el miércoles hasta el lunes, en puente festivo. Hay programa de todo. En el día es tirando río y comiendo bueno, y ya por la noche es la rumba por todos lados. Disfrutamos, bailamos, comimos, en fin, sin saber lo que pasaría más adelante. La pesadilla pronto comenzaría. Terminaron las fiestas, y a mi hijo, Carlos Andrés Guarín Cardona, lo invitaron a pasear a Tarazá. Él contestó que iba a ver, que estaba en contacto para avisar. Él era un tipo alto, grueso, mono, blanco, buen estudiante, buen trabajador, un verraco para trabajar. ¡Tenía una fuerza ese muchacho! En la legumbrería se alzaba esos bultos de revuelto. ¡Ese tipo era de un

ambiente! Usted no lo encontraba de mal genio nunca. A mí me hacía jugar con él, en la casa me correteaba y jugaba por todos lados.

Teníamos muchos conocidos por esos lados de Tarazá, porque mucha gente de la vereda que desplazaban por el conflicto se iba para allá donde un señor, don Jesús María González, que era de Samaná, pero que hace muchos años se fue para allá. La gente cogía para esos lados porque ese señor les daba empleo y a los que no les resultaba se iban a trabajar la coca.

Sin más ni menos, volvimos a la ciudad a continuar con nuestra rutina diaria, es decir, unos a trabajar y otros a estudiar. Liliana Marcela Guarín Cardona tenía 23 años de edad y se encontraba trabajando y estudiando ingeniería de sistemas, secretariado y administración de empresas. Carlos Andrés Guarín Cardona tenía 21 años de edad, terminó su bachillerato y trabajaba conmigo en la legumbrería de la cual yo era socio. Mi otra hija, Ledis Xiomara Guarín Cardona, tenía 18 años de edad y estaba cursando el cuarto semestre de ingeniería industrial. Ya terminó y gracias a Dios la vincularon a la empresa. Luzbiam Fernanda Guarín Cardona tenía 16 años de edad y estaba en décimo grado. Daniela Guarín Cardona, de 14 años, cursaba octavo grado. Mi esposa Luz Marina era ama de casa y yo era comerciante.

Mi hijo Carlos Andrés viajó al municipio de Tarazá. Era el 19 de agosto del año 2005. Allá

estuvo bailando y disfrutando hasta que llegó el día 24 de agosto y decidió madrugarse a pasear a una finca que quedaba en Puerto Raudal, vereda Las Palomas. Ese día empezaba nuestra pesadilla. Llamaron a la casa y contestó mi esposa Luz Marina. Le dijeron que habían hecho una masacre donde habían matado a catorce personas y que mi hijo se encontraba desaparecido. Sólo sabíamos que se había madrugado para allá. No sabíamos nada más.

Eran más o menos las 5:00 pm cuando mi esposa recibió esa noticia. De inmediato llamó a mi hija Liliana, la mayor, que se vino del trabajo angustiada y llena de dolor. Ella prácticamente fue la que se hizo cargo de todo. Luego me llamó a mí, desesperada. Me dijo: “Papá, váyase a buscar a mi hermano”. Viajé a las 9:00 pm, desesperado de dolor, ya que no había noticias de mi hijo.

Mientras yo viajaba, a mis hijas y esposa les habían informado que el niño ya había aparecido y estaba vivo. Eran muchas las versiones que daban, pero la realidad era que mi hijo ya se encontraba muerto y del que hablaban era de otro joven. Mis hijas y esposa lo único que hacían era llorar y orar a Dios para que Carlos apareciera, así fuera muerto, pero que apareciera para darle una santa sepultura.

Llegué a Puerto Raudal a la 1:00 am y me quedé en el centro de salud, donde se encontraban realizando la necropsia a las catorce personas asesinadas. Esperé angustiado y lleno de dolor

a que amaneciera. Fueron horas llenas de diferentes pensamientos. Me imaginaba lo peor. Sólo le pedía a Dios que nos diera valor para seguir adelante, y sobre mis mejillas sólo corrían torrentes de lágrimas.

Eran ya las 8:00 am cuando me fui en búsqueda de mi hijo. Tomé una Johnson, es decir, una canoa con un motor. Cruzando con ésta el río Cauca llegué donde realizaron la masacre con tres civiles más. Sólo había sangre, soledad, tristeza, donde unas personas iguales a uno habían cerrado los ojos, sellado los labios y habían hecho que dejaran de palpar catorce corazones de personas inocentes, echadas pa' delante y con ganas de salir y seguir adelante. A las tres horas de estar buscando llegó la Policía con el alcalde y el secretario de Valdivia. Se acercaron y nos dijeron que qué estábamos haciendo por ahí y yo les dije que mi hijo se había madrugado desde muy temprano el día anterior, es decir, el 24 de agosto del 2005, que se encontraba desaparecido y que por ende yo lo estaba buscando. Ellos se siguieron.

Estábamos por un camino lleno de rastrojo. Era un camino para bestias y nos habíamos metido al monte; estábamos a cuarenta metros del camino buscando a mi hijo. Hacía mucho calor ya que el clima de este municipio es un clima caliente. Después de haber estado caminando un largo tiempo, me sentí cansado, lleno de sudor, tenía la ropa sucia. Me puse a mirar un rodadero y dentro

de mí pensé que tal vez habían matado a mi hijo y lo habían echado a rodar. Caminé por el borde de ese barranco, cuando sentí un gran estruendo que me elevó cinco metros, que me dejó con un dolor y una presión en el pecho, y que me dejó con los oídos, la cara y todo el cuerpo llenos de tierra. En ese momento se me pasó por la mente que había pisado una mina. Cuando me limpié la cara y miré a mi alrededor, vi mi pie izquierdo todo volteado y destrozado. Empecé a gritar desesperado.

A las personas con las que iba en búsqueda de mi hijo les daba miedo y temor ayudarme, puesto que sólo pensaban que había más minas, entonces yo les dije que fueran por la Policía que estaba cerca, cuando de un momento a otro apareció la Policía y me amarró una tira en el muñón. Claro que fue un error de ellos haberme amarrado la tira tan alta, es decir, en la mitad de la pierna, ya que el resto del pie se me murió, pues le cayó gangrena. Entre todos me cogieron y me llevaron, me montaron a una Johnson, cruzamos el río y de ahí la Policía prestó una camioneta y me llevaron al hospital de Tarazá, Antioquia, donde me operaron, es decir, donde me amputaron el pie...

Después de todo esto, mis hijas me llamaron en la noche para ver cómo estaba. Solo sé que sentía un gran vacío, dolor y desesperación, al igual que sentían mis hijas y mi familia en general. Ellas no viajaron porque estaban al pendiente de qué pasaba con Carlos, mi hijo y hermano de ellas. Fuera

de eso, a mí en muy poco tiempo me trasladarían a la ciudad de Medellín. Aunque ellas no estaban ahí, me llamaban preocupadas a ver cómo seguía, al igual que me daban ánimos y día tras día sacaban fuerzas de donde no tenían para darme valor y valentía.

El sábado 27 de agosto del 2005 me trasladaron para la ciudad de Medellín en las horas de la mañana. Llegué a la 1:00 pm al Hospital Pablo Tobón Uribe, y me estaban esperando mis hijas, amigos y familiares en general. Cuando mis hijas me vieron, se les encharcaron los ojos y me daban ánimos para seguir. Ellas fueron el motor para yo poder seguir y salir adelante, puesto que yo estaba en el hospital y mi hijo aún seguía desaparecido. Yo, tan delicado en el hospital, no pude continuar con la búsqueda de mi hijo.

Mis hijas, mi esposa, mis cuñados, mis hermanos y otras personas continuaron la búsqueda. Mi hermano Eligenio Guarín se quedó en Tarazá junto con mi hermana y hermana de él, Graciela; y mis cuñados Arturo y Berto Cardona se quedaron esperando noticias y mirando qué hacer, ya que el Ejército no dejaba pasar a nadie donde realizaron la masacre, puesto que era campo minado. Mis cuñados y otras personas se mantenían revisando el río Cauca hasta el municipio de Nechí, pensando que la guerrilla había matado a mi hijo y lo había tirado al río. Varias veces los llamaron al

reconocimiento de varios cadáveres aparecidos en éste, pero ninguno era el de Carlos Andrés.

Mientras tanto, mi familia puso anuncios en el periódico El Colombiano, rezaba, llamaba a una y otra parte, y se rotaba para cuidarme y estar pendiente de mí. Mis hijas y mi mujer al igual tenían que responder unas en el trabajo y otras en el estudio. Fue algo muy duro para todos, más para mí que me encontraba en el hospital con un pie amputado y sin poder hacer nada.

En esos días dijeron que habían visto a Carlos Andrés o que había aparecido un muchacho muerto en el río Cauca, y no era mi hijo. Día tras día buscábamos y buscábamos y nada de noticias del él. Al final, solo pensábamos que la guerrilla lo había secuestrado, lo que aún nos preocupaba más. Esos siete días que mi hijo estuvo desaparecido no comíamos, no teníamos ánimos ni alientos de hacer nada, solo nos encomendamos al Señor y a la Virgen.

Después de pasar unos días, encontraron a un joven y llamaron a mi cuñado Arturo y a mi hermana Graciela para reconocer el cuerpo, ya que llevaba siete días de muerto y los gallinazos se le habían comido media carita. Efectivamente era mi hijo. Llamaron a las 12:10 pm a contar que lo habían encontrado muerto cerca de donde yo pisé la mina. Lo trasladaron para Medellín a Campos de Paz y llegó el día 31 de agosto del 2005, a las

dos o tres de la mañana. Mis hijas, mi esposa y demás personas no teníamos fuerzas para continuar, sentíamos que se nos había acabado la vida, ya no podíamos más, se nos habían acabado las fuerzas, pero el Señor y la Virgen nos dieron el valor para continuar.

Solo sentíamos que se nos caía el mundo encima. Un gran dolor y una tristeza invadían nuestros corazones. Yo no pude asistir al entierro porque aún estaba muy delicado, pero me cuentan que asistieron muchas personas y que sentían una gran tristeza y dolor, porque se iba de este mundo una gran persona, luchadora, inocente, que no le hacía daño a nadie, en fin.

Tras un tiempo, 25 días, me dieron de alta, y con la ayuda del Señor y la Virgen hemos logrado salir adelante. Actualmente, sufro un dolor que los médicos llaman “el dolor fantasma”, que no me deja tener vida, ya que es un dolor muy fuerte e intenso, aunque me están dando una droga que solo me calma un poco el dolor y vale, mensualmente, diez millones de pesos, que cubre el Fondo de Solidaridad y Garantía (Fosyga) del gobierno. Ahora mi vida en la ciudad es demasiado dura, ya que no puedo desenvolverme en ningún campo de trabajo debido a mi discapacidad. Mantengo ese dolor fantasma, es decir, el pie que ya no existe aún lo siento. Me pica, me arde y el dolor es tan intenso que me están dando la droga más fuerte. Esta droga me

mantiene un poco dopado, como con sueño. Con ella no puedo tomar. Antes me gustaba el trago, no siendo un borracho empedernido, pero no se me daba nada irme a tomar solo. Si me provocaba irme a tomar a la esquina o al centro, me iba. Eso ya no se ve. Yo hacía de todo, jugaba fútbol, iba a la ciclovía, me iba para todas partes, ya no. Con la prótesis voy a mucha parte. Estoy asistiendo a diferentes actividades que realizan con las personas discapacitadas, donde nos enseñan manualidades y algo de emprendimiento.

Para mí es algo muy duro haber sido víctima de una mina antipersona, puesto que mi vida dio un giro de 180 grados. En una palabra me siento solo. Antes tenía un trabajo estable, y después de esto lo perdí. A veces siento que cada día se me cierran más las puertas, pero sé que con la ayuda del Señor y la Virgen podré salir adelante.



© Orlando de Jesús

Aunque ama el campo, no quiere volver otra vez. Sin una pierna, dice, no se hace nada por allá, y sin su hijo, menos. Los recuerdos de Carlos Andrés los trae en su corazón estando allá o en la ciudad. Así que por ahora, Orlando de Jesús Guarín se queda en Medellín, en la casa que el joven correteaba a carcajadas cuando vivían juntos en familia: don Orlando, su esposa Luz Marina, sus cuatro hijas y el varoncito, Carlos Andrés, que tenía 21 años cuando fue desaparecido. Entonces, aunque desplazada de San Carlos, la familia Guarín Cardona era feliz en Medellín, muy a pesar de que su casita en la montaña se caía, como hoy, del abandono.

En las trochas de Tarazá, Carlos Andrés y su papá se encontraron con la fatalidad. Buscando al muchacho por las veredas ardientes y sin más que su coraje y amor de padre,

don Orlando entró, sin saberlo, en un campo minado. La explosión. El dolor. El traslado a la capital. La larga hospitalización y, después, la peor noticia: hallaron un cadáver, el de su hijo.

Descomplicado como es, el señor usó una acera de la Autopista Norte como escenario para engranar su historia. Leyendo con su voz ronca, preguntando, recordando, tomando helado, se sentó junto a la periodista que lo acompañaba al borde de aquella calle para presentar el texto en el que, con la caligrafía de sus hijas, don Orlando logró contar cómo fue que la guerra le arrebató sus tierras, su pierna y su hijo. Al recordarlo, Orlando llora silenciosamente. Así lo hizo en las bibliotecas públicas, los corredores del Jardín Botánico y el comedor de su sala, donde también escribió, ordenó y concluyó el estremecedor relato que aparece en este libro.



Ilustración por Elvia Posada, en los talleres de escritura.

Nunca hubo otro día así

Elvia Posada

El 17 de febrero del 2008 fue el día más triste de nuestras vidas. Ese domingo, Édgar, el esposo mío, estaba cumpliendo treintatrés años. Era un día de sol. Con motivo del cumpleaños, él dijo que de verriendo no se iba a levantar temprano, que se iba a levantar tarde; pero como a las ocho de la mañana llegó una tía de él avisando que no había agua. Como Édgar era el fontanero de la vereda, le tocó levantarse a trabajar. Yo me quedé haciendo un almuercito distintico. Le hice un *sudaíto* de pollo.

A las dos de la tarde terminamos de almorzar. Como en la ida a arreglar el problema del agua había desayunado donde la tía, no quiso tomar la sobremesa porque estaba muy lleno. Dejó la leche y hasta una cucharadita de arroz y unas papitas. En esas llegó don Iván Mazo, también tío de él, con Michael, un nietecito de tres años. Ya me dijo: “mija, ya que no está haciendo nada, vamos pues”. Y nos fuimos a darle vuelta a una vaca recién parida, a ver si había que bañarla para matarle las garrapatas y a ponerle el bozal al ternero porque se mamaba la vaca. Como no había agua porque el daño del acueducto era muy grande y yo no podía

lavar la ropa, me fui detrás de ellos. Nos fuimos caminando y ahí fue que pasó lo que nos pasó.

De mi casa al potrero hay como cinco minutos. Édgar iba primero, después don Iván con el niño cogido de la mano, y yo de última. Yo iba caminando normal cuando de pronto sentí ese estruendo. Yo me sentí que iba corriendo, pero no estaba corriendo sino que la explosión nos elevó, y yo me sentía corriendo, corriendo. Cuando dejé de correr, sentí que algo me pegó en la espalda. Aunque no fue un dolor fuerte. Yo no sé, sería cuando me pegó que yo ya no sentí ese aliento de correr. Cuando yo ya me vi fue en el suelo.

La explosión reventó las cuerdas de la luz que atravesaban el potrero y cuando cayeron, como era verano, se hizo un incendio. El potrero se prendió y la candela iba a abarcarnos a todos. Me demoré mucho para reaccionar. Estaba como ida. Cuando me levanté, me preguntaba qué había pasado. Yo, como si estuviera loca, les gritaba a los vecinos que me ayudaran a sacar a Édgar y a los demás de ahí, de miedo a que se quemaran.

En la tierra había un hueco. Después vi a los compañeros en el piso, estaban muy mal. Como todos estaban de frente, al primero que vi fue a don Iván, tirado boca arriba. El niño cayó a un *laíto* de él, me le acerqué y vi que estaba muy herido y no se movía; le toqué una mano y como que medio la movió, pero no más. Le decía: “don Iván, don Iván”; pero no respondía. Al lado de él estaba

el niño, no tenía sangre, pero tampoco se movía. Ellos no se movían y yo era como ida, yo no era de capaz de pararme tampoco.

Entonces cuando me di cuenta de dónde estábamos, me paré de una. Entonces veo a don Iván así tirado, a él se le salió todo lo de adentro. Y al niño lo volví a ver y pensé ¿será que se mató el niño? Édgar sí tenía sangre en la frente y tenía la manito dañada, pero hablaba. Le dije que se apoyara en mí para poderlo sacar. Me respondió: “No, mire la mano como la tengo y el pie... yo no siento este pie. ¿Sabe qué hace?, saque al niño”.

Entonces me dijo que como yo no era capaz ni de cargarlo a él ni a don Iván, que cogiera al niño y me lo llevara para la casa. Cuando lo fui a sacar, llegó la mamá de él y se lo llevó para el centro de salud. Allá le dijeron que la herida era grave y que lo mejor era que también lo sacara para el hospital del pueblo.

¿Yo decir que sentí un dolor muy fuerte por la herida del brazo? No. Ya al rato no podía mover la mano y entonces sí sentí que estaba herida. En ese momento sentí el dolor en la espalda. Los que me vieron me decían que tenía como quemado. Cuando me toqué yo sentí un hueco ahí.

A Édgar no lo llevaron para la casa. Los amigos dijeron: “Váyase usted tranquila para la casa, nosotros armamos una camilla para sacarlo; lo que demora es cortar la guadua”. Ahí mismo había tres guaduas muy gruesas. Y ellos dijeron: “Nos vamos ya con este hombre porque está muy mal”.

De todas maneras me fui para la casa. Édgar me había dicho que tenía mucho calor en la mano, entonces le mandé una manta para que se la tapara. También mandé la hamaca para que organizaran la camilla. En ese mismo potrero había una mata de guadua y los vecinos cortaron varias para armar las camillas: una para Édgar y otra para mí. Al niño lo sacaron en caballo; como era pequeño, la mamá lo llevó cargadito.

Mientras tanto, a mí me sentaron en la banquita en mi casa. Yo no me di cuenta cuando se lo llevaron. ¿Y Édgar?, le decía yo a los familiares. Me dijeron que él ya iba muy abajo. Y en seguida me dicen: “Con usted también vamos a salir ya”. Cuando los veo a todos organizando otra camilla para mí. Yo oía todo lo que decían. Y pensaba que Édgar no estaba muerto, porque me había hablado y había movido una manito. Yo no le dije que el tío estaba muerto y me puse muy pensativa por haberle dicho que el tío estaba bien cuando lo había visto muy mal.

Estaba todavía en la casa cuando dijeron: “Ahí llevan a don Iván”. Los muchachos vinieron dizque a *soperiar* y vieron al papá ahí tirado. Lo cogieron, lo llevaron... ellos iban con la esperanza de que estaba vivo pero una señora le tomó el pulso y les dijo: “Su papá ya está muerto”. Entonces uno de los hijos, ellos son muy católicos, en medio de tanto pantano se tiró, se acuclilló y se puso a rezar. Me contaron que un señor que va mucho por

allá le metió las tripas, los arregló y al otro día sacaron el cadáver para San Andrés de Cuerquia, para hacerle la necropsia. Don Iván tenía 54 años y era una persona muy amable. Édgar dice que era como su otro papá, porque la finquita de él está pegada a la de nosotros. Si necesitábamos algo, siempre estaba dispuesto a ayudarnos y así era con la demás gente. Era muy atento.

Me estaban armando la camilla cuando llegaron Alejandro, Santiago y Juan David, mis tres hijos. Ellos no estuvieron presentes en la explosión, porque ese día llegaba la mamá de Édgar del pueblo, entonces Juan David, el mayor, debía llevarle la bestia hasta la carretera. Santiago y Alejandro se fueron a acompañarlo para que la abuelita los trajera al anca del caballo.

Ellos no alcanzaron a ver a Édgar herido. A mí sí, pero para que no se asustaran mucho, los vecinos se hicieron alrededor de la banquita donde estaba sentada y me taparon para que no me vieran. De todas maneras tampoco estaba muy ensangrentada; la sudadera que tenía era blanca y apenas le cayeron una gotitas de sangre, la blusa era negra entonces la sangre de la herida de la espalda no se veía. Juan David, el mayor, sí preguntó por qué me llevaban en camilla si yo estaba bien, pero le respondieron que como estaba herida, de pronto me desangraba o me desmayaba. Ahora recuerdan que ellos escuchaban a los vecinos decir que el papá no se iba a salvar, y que ellos decían que sí, que él aguantaba.

Desde La Loma, el corregimiento donde vivíamos, caminamos tres horas para llegar a Cacahual, que es el sitio de salida a la carretera que va a Ituango. El camino entre La Loma y Cacahual es de herradura. Con mi esposo venían por ahí unas veinticinco personas que se turnaban para cargarlo, y conmigo otras diez. En Cacahual nos estaba esperando la ambulancia del hospital de San Andrés de Cuerquia. Una doctora sacó suero para ponerle a Édgar y también le vendó la mano y la pierna. Cuando nos subieron a la ambulancia le dijo al chofer: “Hágale rápido que este hombre está muy mal”.

Eran como las seis y media de la tarde cuando llegamos a San Andrés. El pueblo se alarmó mucho con lo que estaba pasando, la gente salía a la calle a ver quiénes eran los heridos. Al primero que atendieron fue a Édgar. Le quitaron la ropa de trabajo que tenía ese día y lo dejaron en calzoncillos. A mí también me hicieron unas curaciones y me pusieron droga, porque cuando salimos en la ambulancia para Medellín ya no sentía dolor y en esos carros siempre hay mucha *movención*.

De San Andrés salimos como a las ocho de la noche. Yo viajé en la parte de adelante de la ambulancia, con el conductor y don Iván García, el papá de Édgar; atrás venían Édgar, el niño que también se accidentó y la mamá, y dos doctoras. La médica que nos atendió en Cacahual nos dijo que no sabía si Édgar resistía con vida hasta Medellín.

Ella vino con nosotros hasta aquí con nosotros. Cuando estábamos entrando a Medellín, había mucha tractomula cargada y no dejaban pasar a la ambulancia, entonces la doctora insultaba a los choferes, decía: “Den paso ‘hijuetantas’ que llevamos tres heridos”. Yo creo que ella también estaba con muchos nervios.

A las once de la noche, llegamos al Hospital San Vicente de Paul, en Medellín. Nos esperaban las hermanas de nosotros y demás familiares. Los dos estábamos conscientes; recuerdo que había dos médicos: se miraban entre ellos con preocupación; uno de ellos le dijo al compañero: “Este hombre está muy mal, si no vomita se nos va”. Édgar le pedía al médico que me atendieran a mí primero, aunque se quejaba mucho del dolor que estaba sintiendo. Yo rezaba para que sí vomitara, porque en el camino lo había hecho varias veces. Me decía a mí misma: “él sí se salva” y mientras pensaba eso, vomitó.

En la madrugada le hicieron la cirugía del abdomen. La primera cirugía que le hicieron fue la del abdomen, porque según decían los médicos, de esa dependía que conservara la vida, además no aguantaba también las operaciones de la pierna y el brazo. La explosión le abrió el estómago y cuando los médicos lo lavaron por dentro, vieron que tenía tierra y pasto. Eso fue lo que lo complicó, porque le quedó una arenita que le perforó el intestino. Por eso los médicos tuvieron que operarlo otra vez.

Uno de los médicos habló con Eunice, la hermana de Édgar que siempre nos ha apoyado mucho. Le dijo que no estaba reaccionando a los medicamentos, que hiciera las vueltas en la funeraria por si se nos iba. Yo estaba como tan ida que no recuerdo muy bien lo que pasaba.

A don Iván, el papá de Édgar, fue a quien le tocó firmar la autorización para que le mocharan el pie. Él le decía: “no *apá*, no deje que me mochen mi pie”. Para don Iván fue muy duro firmar, pero le tocaba porque de todas formas la gangrena lo iba a matar.

Como yo seguía hospitalizada y delicada de la presión arterial, las enfermeras me decían que lo más conveniente era que no lo viera, porque la droga que le estaban poniendo lo había hinchado mucho. Además, que ya le habían amputado la pierna y el brazo. Dicen que parecía un monstruo; la gente entraba a visitarlo y salía impresionada. Ramiro, uno de los hermanos que vino desde Yarumal, lo vio de lejitos y no fue capaz de acercársele.

Uno de los momentos más difíciles fue cuando despertó y vio que tenía amputados la mano izquierda y el pie izquierdo, y abierto el abdomen, reconstruido el colón y el páncreas, y una herida en la espalda. En la cabeza también tenía una esquir-la. Como no podía hablar porque estaba lleno de sondas, se movía y señalaba el brazo amputado. Los médicos lo mantenían dopado por temor a que se hiciera daño él mismo. Se ponía muy mal:

alzaba el pie mocho y la manito, y se movía como si estuviera enojado. Como se tiraba de la cama, los médicos lo mantenían dopado y tuvieron que amarrarlo. Mostraba el pie y la mano buenos como quejándose de que lo hubieran amarrado.

Yo siempre pensé que él se aliviaría y volvería a casa conmigo y con los niños. Lo tuvieron en cuidados intensivos un mes y una semana. Después lo pasaron a la sala de recuperación. Yo lo visitaba todos los días. En recuperación lo dejaron una semana hasta que le dieron salida para la casa. El tratamiento ha sido mucho más largo, y las primeras citas eran tan seguidas que le tocaba toda la semana: cuando no era curación, era con la sicóloga; cuando no era con la sicóloga, era con la siquiatra; cuando no era con la siquiatra, era la terapia; cuando no era terapia, era terapia ocupacional; después el fisiatra, revisión con el cirujano y las curaciones.

Cuando le dieron de alta, nos vinimos para la casa de Flor Eunice, la hermana de Édgar. Ella nos la prestó para que viviéramos con los niños. A ellos los trajeron a los quince días del accidente. A mí me dieron de alta un martes y ellos llegaron el fin de semana siguiente. Juan David y Santiago, que son los más grandecitos, sí entendían que el papá estuviera hospitalizado, pero Alejandro, que es tan apegado a él, decía que le estábamos diciendo mentiras, que seguramente al papá lo habían enterrado y no le queríamos decir. Entonces pedí permiso en el hospital para poder tomarle fotos,

después se las mostré a los niños para que vieran que su papá sí estaba vivo.

Ese que nos pasó lo afectó mucho: le mutiló la pierna y mano izquierda, la pierna derecha también le quedó con problemas, y le tuvieron que reconstruir el intestino. Antes de salir del hospital nos entregaron una silla de ruedas para que pudiera estar más cómodo. Él dijo que no se iba a sentar en eso, hasta que logramos convencerlo.

Lo aconsejábamos diciéndole que tenía que aceptar que le faltaba el pie y que como le gustaba pasear era muy difícil para nosotros andar con él cargado para todas partes, entonces que aceptara la silla de ruedas. En este momento quiere mucho su silla. Cuando le pusieron la prótesis, él y nosotros éramos felices, porque así pudo volver a caminar. Pero no fue tan fácil como lo creíamos. El 17 de febrero de 2009 le hicieron otra cirugía para poder remodelarle la prótesis; y aunque salió bien de la operación, lamentablemente le dio una infección y estuvo hospitalizado casi dos semanas.

Aunque en este momento, por el tratamiento médico y la recuperación de Édgar vivimos en Medellín, tenemos la ilusión de devolvernos para La Loma. Los primeros seis meses, la Cruz Roja nos ayudó con comida, ollas, tendidos, colchonetes y trastecitos, para que nos acomodáramos. Después hemos pasado con la colaboración de buenas personas, amigos y familiares.

La parcelita que tenemos en La Loma la conseguimos a punta de jornales de Édgar. Nosotros dos

nacimos y crecimos allá. Duramos dos años como novios y ahora cumplimos doce de casados. Juan David, el mayor, tiene once años y está en sexto aquí en Medellín; Santiago tiene siete y está en primero de primaria; y Alejandro cumplió cuatro. Los tres son muy preocupados por el papá: Juan es serio y obediente, Alejandro es detallista y Santiago es muy preocupado por las cosas de Édgar.

Nosotros extrañamos mucho la vida en el campo, sobre todo por los niños, porque en la ciudad se corren muchos riesgos. Además la vida allá es más tranquila, sin tantos gastos. Él siempre fue jornalero, porque la finquita no da lo suficiente para vivir. Antes él trabajaba cogiendo café, lavando los tanques del acueducto o sembrando frijol, y con lo que producíamos en lo de nosotros comprábamos la ropa y nos ayudábamos con las cosas de los niños. Por los jornales en otras fincas le pagaban dieciséis mil pesos, además de los veinte mil pesos que ganaba por el día trabajado como fontanero donde le tocaba lavar tanques, arreglar tuberías destapadas y revisar contadores.

Yo nunca trabajé por fuera, porque siempre he estado pendiente de las cosas de Édgar y los niños, pero en lo de nosotros sí trabajábamos juntos: sembrábamos fríjol, maíz. Tampoco puedo decir que tenía que trabajar mucho, pero en tiempo de invierno, para ahorrarnos la plata de un trabajador, yo le ayudaba a sembrar café: él hoyaba, Juan David ponía los arbolitos y yo los sembraba.

Después del accidente, cuando apenas iba a empezar a dar granitos, tuvimos que vender ese cafetal porque no había quién lo cuidara y también por la situación económica en la que quedamos. Antes del accidente teníamos sembrados naranjos, plátano, yuca, mandarinos y hasta un zapote que dejamos chiquitico.



© Elvia

Édgar García perdió una cosecha de café, un trabajo de fontanero y el paisaje amplio que se observa desde el patio de su casa. También perdió un brazo y una pierna, y aun así, su sonrisa permanece intacta. Con ella sella cada frase que pronuncia con esa habilidad suya de narrador oral. Elvia Posada, en cambio, es una mujer de pocas palabras y descripciones breves, que no soportó el ritmo frenético de la ciudad y regresó a la veredita cálida en la que ambos crecieron, se enamoraron y tuvieron a sus tres hijos: Juan David, Santiago y Alejandro.

Ese es su “paraíso”, por ello Édgar no pierde oportunidad para escaparse a esas montañas encumbradas del Norte de Antioquia y reencontrarse, por un momento, con esa vida apacible y tranquila que llevó hasta el 17 de febrero del 2008. Ese día será recordado irremediablemente, no solo porque en esa fecha celebra su cumpleaños, sino también porque fue víctima de una mina antipersonal sembrada por un grupo armado en uno de los potreros cercanos a su casa. En el evento, además de Édgar, resultaron afectados su esposa Elvia, un pequeño de tres años y un tío que perdió la vida durante la explosión.

Desde ese momento, la vida de la familia García Posada cambió: los niños dejaron la escuela de la vereda por una de la ciudad, Elvia se turnó entre ama de casa y enfermera, y en el olfato de Édgar el olor de hospital se estableció como un aroma cotidiano. Pero, pese a los complejos procedimientos médicos que le obligan a permanecer en Medellín, él exhibe con vehemencia las fotos de su regreso a la finca. Las tomó con su celular, como prueba de que su mutilación no es impedimento para encaramarse a un caballo o desyerbar el huerto. Son testimonio permanente, también, de que allá, detrás de las montañas, lo espera ese “paraíso” que por un momento se convirtió en infierno.

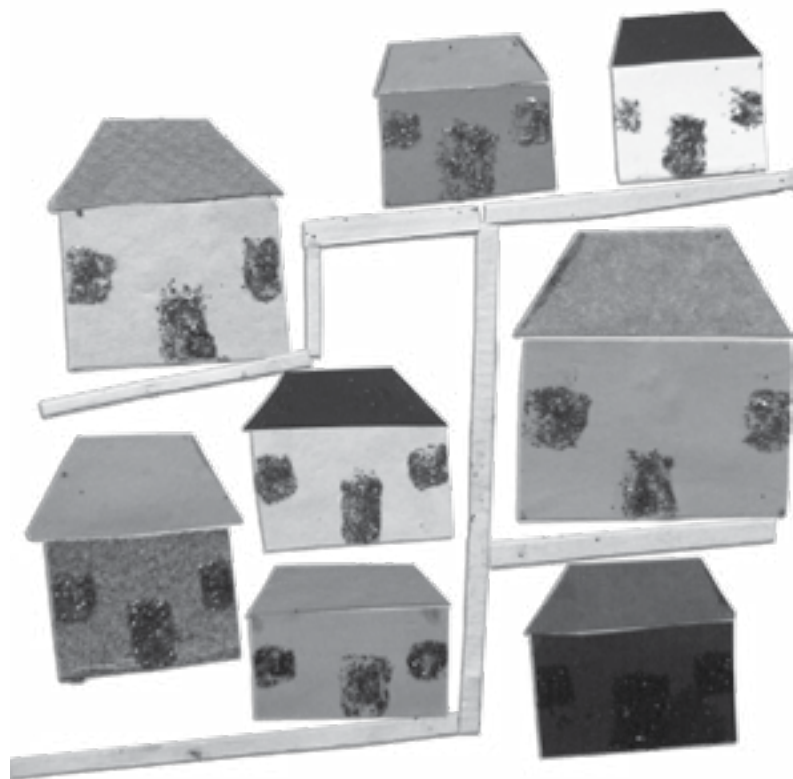


Ilustración por Juan Aleiser Rojas Valencia, en los talleres de escritura.

Soy soldado

Juan Aleiser Rojas Valencia

Mi nombre es Juan Aleiser Rojas Valencia. Nací el 20 de enero del año 1983 en el corregimiento El Oro, perteneciente a Sabanalarga, un municipio ubicado en la subregión Occidente del departamento de Antioquia. Al norte, limita con los municipios de Peque, Ituango y Toledo; al este, con Toledo y San Andrés de Cuerquia; al sur, con el municipio de Liborina; y al oeste, con Buriticá y Peque. El clima de mi pueblo es templado; es pequeño, pero rico en producción agrícola, en sus tierras se cultiva el café, el maíz y la panela, y en menor escala el arroz y el cacao.

Mi infancia en El Oro fue muy agradable. Allí, tenía muchos amigos. En aquella época, me gustaba mucho jugar fútbol, era delantero en el equipo del corregimiento y participábamos en torneos con los equipos de las diferentes veredas del pueblo. También jugábamos escondidijo y éramos muy hábiles con la cauchera; teníamos buena puntería para cazar azulejos y pinches. En una salida yo mataba uno o dos pájaros.

Vengo de una familia humilde, conformada por ocho hermanos: cinco hombres y tres mujeres. Mi

madre se llama Nidia Estella Valencia Tobón y es ama de casa; ella es una mujer tierna y comprensiva. Mi padre, Juan Nicolas Rojas Arenas, es un hombre trabajador que siempre da buenos consejos. Él cultiva maíz, fríjol, café y caña.

Cuando tenía siete años ingresé a la Escuela Urbana Integrada El Oro, y terminé la primaria a los doce años. La escuela tiene siete salones y en la mitad del patio hay una Virgen. Para llegar debía bajar treinta escalas desde mi casa. En las vacaciones me gustaba leer libros de historia universal y de geografía; además, le ayudaba a mi papá a coger café y a cosechar la tierra. Un año después de graduarme de quinto, empecé el bachillerato en el municipio de Sabanalarga. Una familiar de mi mamá me recibió en su casa durante ese tiempo. En el bachillerato me destacué como uno de los mejores estudiantes en las áreas de historia y de geografía. En el colegio siempre sobresalí en lo académico.

Pero en mi adolescencia no todo fue tranquilo. Como a casi todos los pueblos de Antioquia, a Sabanalarga le tocó padecer el conflicto armado. Recuerdo que la guerrilla siempre pasaba cerca de la escuela y de las casas de la vereda. Uno los veía caminar por ahí como ve al Ejército, con el armamento. También los veía de civil. Más que todo uno se mantenía en la casa, siempre se andaba con miedo. Los guerrilleros le decían a uno que se metiera con ellos, que a uno le iba bien, que

ganaba, que lo hiciera por el país, pero a mí nunca me gustó eso.

Por esa zona estaba el Frente Dieciocho de las FARC, por el corredor de movilidad que da para Ituango. Un día llegaron a la escuela para hacer una reunión, eso fue en el año 1994; yo estaba como quinto. Como era un grupo armado, la directora tenía que dejar que diera sus charlas ahí y después los guerrilleros seguían su camino. Les daban consejos a las estudiantes para que se fueran con ellos, enseñaban a manejar el fusil. Recuerdo que diez muchachos, mayores que yo, se fueron con ellos; no eran amigos míos, pero eran del pueblo y uno los reconocía.

Por allá no hubo tomas de la guerrilla, pero los que sí hicieron desplazamientos fueron los paramilitares, más o menos en el año 1997. Yo no estaba en el pueblo, pero a mi mamá sí le tocó moverse de la casa. Se tuvieron que ir como una semana y después volvieron. Tuvieron que salir de la vereda porque esa gente dijo que no quería ver a nadie por ahí porque no les colaboraban. Regresaron y gracias a Dios no pasó nada. Pero en el corregimiento de La Honda, de Liborina, sí mataron a once personas y las dejaron en la carretera. Y cuando yo ya estaba en el Ejército, las Águilas Negras mataron a una viejita de de 59 años y a una familia completa.

Me gradué de bachillerato cuando tenía dieciséis años. Después me fui para Medellín a sacar

la libreta militar. La ciudad siempre me gustó, a pesar de que solo la había visitado cuando era un niño. Cuando llegué, me sorprendió la cantidad de gente y de carros que había en las calles. Debía presentarme al Batallón de Artillería N°. 4 Bajos, ubicado en el barrio Buenos Aires. Pero como todavía era menor de edad, me dijeron que volviera cuando cumpliera dieciocho para definir mi situación militar.

Entonces regresé a mi pueblo natal y trabajé durante cuatro meses en fincas aledañas desyerbando yuca, sembrando tomate de aliño, maracuyá y otras frutas y verduras. Después, por consejo de un primo que era soldado y llevaba cuatro meses en el Ejército, decidí presentarme libremente para prestar el servicio militar. Por allá son muy pocos los jóvenes que prestan servicio, son contados. A la gente le da miedo. A mí todavía me da miedo ir por allá, y más porque trabajo con el gobierno. A los soldados profesionales les dan más duro que a los regulares, pues uno es contraguerrilla, como la palabra lo dice. Yo casi no voy a la casa por eso. A mi familia gracias a Dios nunca la han amenazado y más que ahora somos tres hermanos en el Ejército. El mayor está en los Llanos Orientales, después sigo yo y después sigue otro que prestó servicio, pero está trabajando de vigilante y en febrero de este año entró otro a prestar servicio.

Cuando volví a Medellín, me llevaron al estadio y me hicieron unos exámenes físicos y psicológicos,

y a medianoche me trasladaron al Batallón de Ingenieros N°. 4 Pedro Nel Ospina, en el municipio de Bello. Allí adquirí una experiencia más para mi vida, la cual fue muy significativa, pues aprendí lo que es la disciplina, el sacrificio, la constancia, la entrega, el compañerismo y el buen trato hacia los demás.

La fase de entrenamiento fue dura. Me tenía que levantar a las cinco de la mañana y estar listo para desayunar. A las seis teníamos que hacer el aseo en el batallón; recoger ollas y todo lo que estuviera por ahí. Después nos formábamos y nos pasaban revista. Se fijaban que uno estuviera bien afeitado, con las uñas cortas y las botas bien embe-tunadas. A las siete empezaba la instrucción. Nos explicaban cómo es el Ejército, nos hablaban de los Derechos Humanos y nos enseñaban a manejar el armamento. A las diez y media, llevaban el refrigerio: una lechita o un yogurt; entonces uno descansaba unos veinte minutos. Luego seguía otra instrucción, la idea era que rotaran todos los pelotones. Al mediodía formábamos y recogíamos el menaje; es decir, el plato y la cuchara. Después un soldado o un dragoneante nos contaban y de ahí pasábamos a comer.

Mientras presté el servicio militar, me tocó cubrir el área metropolitana. Estuve en San Javier, en El Picacho, en Santo Domingo. Pero lo más difícil fue la Operación Orión, en la Comuna 13. Eso fue muy teso. Nos sacaban fusiles de todas partes, le disparaban a uno desde cualquier ventana.

En esa época no hice muchos amigos porque la mayoría le quieren enseñar a uno malos vicios, a fumar marihuana o a tirar perico y yo no voy con eso. Tenía algunos amigos, pero me gustaba estar lejos de la recocha. Mis padres no me visitaron porque estaban muy lejos. Al principio me hicieron falta, pero al final me acostumbré. Los llamaba cada tres o cuatro meses. Mi mamá me decía que me manejara bien, pues el que se maneja bien le va bien en cualquier parte. Me acostumbré fácil al Ejército, porque la mayor parte del tiempo he estado solo; además, en ese momento no tenía novia.

Después de tener mi libreta militar, trabajé seis meses en una tienda de abarrotes en Medellín y mientras tanto vivía en la casa de un tío. Luego regresé a mi casa, en el corregimiento El Oro, y empecé a trabajar en el campo cogiendo café, desyerbando caña y ordeñando vacas. Un día tuve un accidente y me corté un dedo, aunque la herida no era muy profunda, me dieron una semana de incapacidad. Cuando volví a mis labores no me quisieron dar más trabajo.

En vista de esto decidí regresar nuevamente a las fuerzas militares. Me presenté en Medellín a la Armada, en la IV Brigada. Un compañero que prestó servicio conmigo me dijo: “Vamos para la Armada”, pero yo no sabía cómo era la Armada. Pasé los exámenes que son más estrictos que los del Ejército. Todo iba bien, pero yo no sabía para dónde iba. El centro de instrucciones y reentrenamiento

era en Coveñas, y ese calor no iba conmigo. Llegué y duré cinco días bien. Después me empezó a salir una alergia en el cuerpo, porque allá uno no puede tomar agua, y ese calor tan berriondo, no me provocaba ni comer. Entramos como doscientos y todos los días salían cinco, salían seis. Los que van a la costa a pasear pasan muy bacano, pero es muy duro para uno que le toca arrastrarse por el suelo y pasar obstáculos. Cuando pasaron diez días preguntaron: “¿Quién se quiere ir hoy?”, y yo me fui. Firmé unos papeles y me dieron la baja.

Llegué a la casa y en ese momento mi papá tenía cosecha de café, entonces le ayudé hasta que se acabó. Mis padres apoyaron mi decisión de ingresar al Ejército. Entonces me presenté el primero de junio del año 2005 como soldado profesional a la brigada móvil N°. 11 con sede en Medellín. Me incorporé de nuevo a la vida militar, porque desde pequeño quería servirle a la patria y además tenía la milicia y el temple para hacerlo. Inicialmente, tuve un reentrenamiento en los Llanos de Cuivá, el cual fue fácil para mí, ya que conocía el entrenamiento militar.

Tres meses después, me trasladaron en helicóptero con un grupo de veinte compañeros hacia el municipio de Ituango, un pueblo muy hostil debido a la presencia de grupos subversivos. La presión de la guerrilla en ese pueblo es demasiada. Allá le tiran a uno con plomo, con minas, con machete, le tiran con todo. Hay varios soldados jodidos con

machete. Uno está en Ituango y sabe que en cualquier momento va a ser la hora llegada. Hay mucha presión del enemigo y además la gente le colabora mucho a la guerrilla. La misma gente lo veía pasar a uno y les avisaban a los guerrilleros que ahí iba el Ejército, entonces los milicianos minaban para que cayeran los soldados. Estuve casi tres años en Ituango y en Peque. En Peque estuve seis meses y el resto en las veredas de Ituango. El clima de Ituango es muy bueno, entre caliente y frío. Por allá cultivan de todo: café, maíz, caña, frijol, coca, de todo. El ganado también se ve mucho.

Al principio permanecí tres meses en el casco urbano prestando seguridad. Luego caminé con los otros compañeros durante seis días hacia el corregimiento de Santa Rita; debíamos encontrarnos con otros soldados y salir inmediatamente para el corregimiento de El Aro, pues teníamos que prestar seguridad a una misión médica. Allí estuvimos seis días y luego nos dieron un permiso para salir a vacaciones durante veinte días. En el recorrido, cuando paramos a alimentarnos, cerca al río Cauca, la guerrilla empezó a dispararnos. En ese momento sentía miedo y angustia de salir herido o de perder la vida, pues en esas circunstancias las cosas transcurren en cuestión de segundos.

Por allá en una vereda, después de entrar de un permiso, se mataron tres soldados en un campo minado. Nos estaban esperando en una lomita, eso fue en el año 2005. Nosotros íbamos

caminando en una subidita y como a las nueve de la mañana se escuchó la explosión; yo estaba más atrás, en el otro pelotón. El soldado que la pisó quedó muy mal, de todas maneras se moría, pero cuando otro soldado se acercó a ayudarlo explotó otra mina. Él desapareció y también se murió otro soldado que los iba a apoyar. Otros cuatro que estaban más atracito quedaron llenos de esquir-las. Esa fue la primera vez que me tocó ver un accidente de mina.

Dos años más tarde, el 31 de diciembre del año 2007, nos dieron la misión de llegar a Conguital, una vereda de Ituango. Para nosotros no existen los días de fiesta, da lo mismo si es día de la madre o fin de año. Allí debíamos ubicar un campamento de la guerrilla y destruirlo. Debíamos llegar, pero no alcanzamos porque en el camino había una caneca llena de explosivos y una camándula de minas, que si se pisa una se activan todas; eso puede hacer desaparecer a ocho o a nueve soldados, un escuadrón. En ese momento, estábamos en medio de un enfrentamiento y afortunadamente alcanzaron a ver eso, y no pasamos por ahí.

Cuando llevábamos doce días de camino, el 12 de enero del 2008, a las diez de la mañana, pisé una mina. A los soldados que iban más adelante los estaban atacando. La reacción fue subir rápido para apoyarlos y ahí fue donde la accioné. Eso explotó y perdí el conocimiento por casi un minuto. De una me di cuenta de que había pisado

una mina; cuando la pisé sentí que eso me levantó porque la fuerza de la explosión fue muy fuerte. No sé ni cómo fue, porque a la gran mayoría la explosión les coge el pie, pero a mí me jodió la rodilla izquierda. La pierna parecía un trapo y no sentía los dedos. Otro soldado que estaba cerca se lastimó la columna, tenía una herida interna. A él también lo elevó la mina, pero no le hizo mayor cosa como a mí.

A nosotros nos enseñan todo sobre las minas, pero la presión del enemigo es tan verraca, que cuando la guerrilla empieza a disparar uno no se fija en el perro antiexplosivos ni en el detector de metales. En esa misión nosotros estábamos con expertos en explosivos, pero qué pasa: los doctores también se mueren.

Unos compañeros lograron llevarme a cierta distancia del lugar para que un soldado enfermero me prestara los primeros auxilios. Yo recuerdo que sentía ganas de dormirme, tenía ganas de irme, estaba aburrido. El dolor era demasiado, no había sentido tanto dolor en mi vida como ese día; además, estaba botando mucha sangre y eso me debilitó mucho. El enfermero solo me hizo un torniquete y me puso suero. Con unos palitos armaron una camilla y me sacaron. Recorrimos treinta minutos, y el helicóptero llegó una hora y media después para llevarme a Medellín, al Hospital Pablo Tobón Uribe. Mi pierna izquierda estaba llena de sangre y tenía esquirlas en todo

el cuerpo. Estaba muy triste porque pensaba que perdería mi pierna.

Los médicos dijeron que esa mina tenía materia fecal y que todo eso se había incrustado en la pierna. De milagro no la mochó completa, pues medio hueso quedó pelado a lado y lado de la pierna. En la cirugía me pusieron varios chuzos en la pierna y me los dejaron ahí quince días, después me quitaron eso, pero dejaron unos alambritos que pegaban la rodilla. Esos alambritos no me dejaban mover, mi pierna estaba tiesa del todo. A los seis meses me hicieron otra cirugía para sacarme eso alambres y me dejaron una varilla y cuatro clavos. Eso me molesta de vez en cuando; estoy bien y de un momento a otro no siento la pierna y no la puedo apoyar porque el dolor es muy verraco.

Estuve hospitalizado un mes y doce días. Mis papás se enteraron el mismo día del accidente, pero a ellos les dijeron que me habían mochado el pie de una. Mi mamá llegó una semana después. Los que siempre estuvieron pendientes fueron mi hermana, una prima que me visitaba todos los días y los del batallón que mandaban soldados para que me acompañaran.

A la mitad del mes yo me estaba agravando más. La droga que me estaban dando ya no me servía y tenía los glóbulos demasiado bajitos; ya quería irme. La tristeza que tenía era muy grande, no quería volver a vivir. No me daba por llorar, pero no le hablaba a nadie. Cuando llegaban las

enfermeras a ponerme droga yo les decía que para qué, que no me pusieran nada. Las sicólogas del batallón fueron al hospital, pero yo les dije que se fueran porque yo no necesitaba sicólogas.

Los que me ayudaron a reponerme fueron mi mamá y un tío mío. El tío me decía que no me deprimiera, que viera que más de uno se había muerto y que otros quedaban mochos. Esos consejos me dieron moral y me ayudaron a levantarme otra vez. Pero de todas maneras uno queda con secuelas de la guerra. Primero me daban ganas de comer y ya no me provoca, ya no es lo mismo. A veces siento dolor de cabeza y el ánimo es muy bajito.

Cuando salí del hospital todavía tenía el pie tieso. La terapia fue en la IV Brigada; me hicieron setenta terapias, en eso me la pasé casi todo el 2008. Tenía que doblar la rodilla con la ayuda de una sábana, montar en bicicletas estáticas, hacer ejercicios, subir y bajar el pie, también me ponían unas cosas calientes. Eso fue un proceso doloroso. Como tenía el pie tieso era un problema ir al baño; los carros tenían que ser amplios para poder sentarme; bajar escalas también era un problema y tampoco me podía montar en una moto. Pero eso me ayudó y al final la rodilla dobló 110 grados, que es lo máximo que dobla para bajar y subir escalas.

Mientras asistía a la terapia, estuve en el dispensario del Batallón Pedro Nel Ospina, en Bello. Allá nunca me aburrí. Me tenían mucho respeto porque no me metía con nadie; me llevaba

bien con mi sargento y con el dragoneante que decía quién se iba y quién se quedaba. Siempre recibí buenas atenciones. Desde allá me llevaban a todas las citas médicas y el dragoneante me ayudaba y me esperaba. Eso allá se mantiene lleno, por la mañana sale uno y por la tarde entran otros. Muchos de ellos son víctimas de minas.

Gracias a Dios me he recuperado satisfactoriamente y hasta el día de hoy puedo caminar sin ayuda de ningún aparato ortopédico. En estos momentos estoy esperando que se defina mi situación en el Ejército para poder continuar un nuevo camino. Para el futuro me gustaría estudiar y conformar una bella familia.



© Juan Aleiser

Juan Aleiser nació en un pueblo plagado de guerrilleros, pero nunca se sintió atraído por el discurso revolucionario que proclamaban los uniformados para reclutar a los jóvenes de su vereda. Él terminó el bachillerato y después de prestar el servicio militar se dio cuenta de que su vida estaba en el Ejército. Hasta ese momento tenía claro su destino: construir una carrera militar exitosa para ayudar a sus padres y conformar su propia familia.

Pero sus ideales se derrumbaron el 12 de enero del año 2008. Ese día, mientras cumplía una misión en las montañas de Ituango,

pisó una mina antipersona que le cambió los planes. Él sabía que corría ese riesgo; además, había visto a muchos compañeros mutilados y sabía de otros que no sobrevivieron. El panorama no era alentador, pero pensó que correría con mejor suerte.

La explosión no le arrancó el pie, pero sí le dejó múltiples lesiones en su rodilla izquierda. Los amigos y los familiares tratan de consolarlo; le dicen que pudo ser peor, que debe darle gracias a Dios por conservar la vida y el pie, pero no logran convencerlo. Juan no es el mismo de antes. Ahora, cuando piensa en su futuro, se siente perdido.



Ilustración por Elkin Alonso Acevedo Soto, en los talleres de escritura.

Historia de un verdadero amor

Elkin Alonso Acevedo Soto

Cuando desperté estaba en Medellín. Según supe después, ya habían pasado cuatro días desde el accidente. Estaba bocarriba en la sala de cuidados intensivos del Hospital General y ya me habían amputado el pie izquierdo. No me podía mover. Tenía aparatos y mangueras por todas partes y en la barriga era lleno como de unas calcomanías de colores. Sentía mucho dolor. Estaba solo. Era como estar dentro de un bus, una sensación de estrechez e inmovilidad. Únicamente podía mirar hacia arriba. No recuerdo mucho. Volví a quedar dormido.

Al otro día, cuando desperté, me encontraba en la sala de recuperación. Mi mamá estaba al lado mío, callada como siempre. La acompañaba uno de mis hermanos, que ese día tenía una licencia del servicio militar. Ahí pude ver que mi pie derecho estaba en una canoa y con vendas desde la pierna hasta el pie; no veía cómo estaba y tampoco lo movía. Fue muy duro para mí verme así y no poder moverme.

Yo estaba en la última pieza, sin más enfermos alrededor. Mi mamá no era una persona que lloraba, tampoco me decía nada. Ella es así: silenciosa. O si me dijo algo no lo recuerdo. Yo ni siquiera hablé con mi hermano. Luego llegó un médico como a darme moral y me dijo: “Hola, Elkin, ¿cómo estás?”, yo le dije: “más o menos”, él dijo unas cuantas palabras y le dijo a mi mamá que necesitaba hablar con ella. Se fueron. A mí me dolía todo. Le ponían a uno unas vendas y eso dolía mucho. Una enfermera me dio un calmante y me dormí. Cuando desperté, mi mamá se encontraba a mi lado muy triste, pero no me dijo nada. Ella no lloraba.

Aquella noche soñé que estaba ahí en el hospital, en la misma cama donde me encontraba, ya amputado. Me estaba comiendo una torta y una bala entró desde afuera y me dio en la sien. No supe quién disparó. Quedé muerto sobre la cama.

A los seis días de estar en el hospital, me llevaron muy temprano a cirugía sin decirme nada. Allí me montaron en una camilla, me chuzaron con una jeringa y me dormí. Cuando desperté, como a las seis horas, estaba en la sala de recuperación, todo bobo por la anestesia, y ahí vi que me habían amputado el otro pie. Le había dado una infección y por eso tenían que cortarlo o yo me iba morir. La pierna derecha me quedó de la rodilla para arriba, y la izquierda, de la rodilla para abajo.

Fue muy duro, un golpe muy duro, verme así con los dos pies amputados. Yo pensaba qué iba a ser de mí en adelante, pensaba qué iba a ser de mi

familia, pensaba que lo mejor era que me dejaran morir. Pensaba: ahora sí me llevó el verraco.

Yo estaba solo en la sala de recuperación y tenía la intención de morirme. Me quité la manguera principal, que me salía del cuello, y otra con suero y droga que iba a dar a la muñeca. Yo estaba acostado en una cama muy alta, de esas de hospital que tienen barandas a los lados para que uno no se caiga. Mi cuerpo cabía entre las barandas, pero mi cabeza no. Me metí por el medio de las barandas y quedó la cabeza engarzada y el cuerpo colgando. Yo me estaba era ahorcando, esa era mi intención. Era en lo único en que yo pensaba: que era mejor morir. Nací en el municipio de Vegachí, Antioquia. Tengo veintitrés años. Crecí en la vereda La Sierra, que queda como a una hora en carro de la zona urbana de Vegachí. Allí pasé mi adolescencia, allí crecí junto a mis seis hermanos, allí viví mis primeros diecisiete años, que recuerdo con orgullo.

Empecé a trabajar y a voliar rula desde niño. Como a los cinco o seis años, yo ya estudiaba en las mañanas y en las tardes me iba a recoger caña o a picar leña.

Yo estudié toda la primaria allá. No quise ingresar al bachillerato y mejor me dediqué a trabajar. Como toda esa zona es cañera, trabajaba en cañaduzales, en moliendas de panela, en máquinas de esas.

Pero las ganas de mejorar mi vida y mi economía me llevaron al municipio de Segovia, Antioquia, a los diecisiete años. En Segovia había un apogeo

por el oro y todo el mundo decía “vamos para allá”. Unos amigos de Vegachí fueron los que me convidaron. Segovia se encuentra como a cinco horas de Vegachí, por la misma cordillera. Allá estaba mi hermano Carlos Mario, que se había asociado con otras cuatro personas para trabajar una mina de veta. Con él me puse a trabajar yo también.

En ese entonces llegó una empresa y fue la que arrasó, era gente gringa, de otros países. A uno lo dejaban extraer por lo laditos, lo que a la empresa no le interesaba, lo más malo. La mina que nosotros explotábamos se llamaba La Batea. Era un túnel largo, uno se demoraba más de media hora en recorrerlo. Empezábamos a trabajar a eso de las nueve de la mañana. Uno de los compañeros picaba la piedra al final del túnel; otro se la empacaba a uno; y los otros cuatro la sacábamos.

Todo el día me tocaba estar entrando y saliendo del túnel, subiendo y bajando escaleras. La piedra la cargábamos en una especie de morral fino al que llamaban catanga. Uno sacaba una piedra negra, no se veía el oro. Esa piedra la molía la empresa, la volvía polvo, y de ahí se sacaba el oro. La empresa nos cobraba impuesto por eso, y nos entregaba el oro que uno ya vendía en el mercado.

Era muy buen negocio. Había semanas en que uno se ganaba hasta un millón de pesos. Por eso Segovia era un pueblo tan parrandero, lleno de mujeres al cien. Uno contrataba la comida, la dormida y el arreglo de ropa, y vivía tranquilo.

Tenía muchas amigas allá y bebía mucho. Sin embargo, el negocio bueno nos duró como diez meses. Después de eso la mina se fue secando y ya no nos daba tanta rentabilidad. Mi hermano se aburrió y se devolvió para Vegachí. Otros dos compañeros también se fueron. Al final, quedamos solo tres: Leonardo, Ignacio y yo. Leonardo picaba, e Ignacio y yo sacábamos la piedra. Así duramos otro año y dos meses, con el negocio malo, hasta que la mina se secó del todo y quedamos fregados.

Entonces Leonardo nos convidó a que nos fuéramos a trabajar la agricultura en esa finquita de Matas, que era un corregimiento suave, en Remedios. Leonardo conocía la zona y sabía que eso por allá no era tierra de nadie, porque toda la gente que vivía antes por allá la había sacado las autodefensas.

Nos fuimos para Matas a sembrar alimento: yuca, plátano, maíz, frijol y tomate. Vivíamos en una casita de madera toda malita que estaba en un potrero, luego eran montes, montañas y potreros. En la casa no teníamos ni luz ni televisor ni nada, solo teníamos un radiecito. Dormíamos en camitas de madera. Cortaba un palo y ahí armaba la cama. Si tenía colchón le montaba y si no tenía me acostaba sobre costales. Un día normal era levantarse por ahí a las cinco de la mañana. Montábamos arroz, aguapanela y huevo, a veces sancochito y frijoles, y ya nos íbamos a las seis a trabajar. Lo que más hacíamos por allá era rozar potreros, tumbar monte para sembrar.

Prácticamente nos sosteníamos, pero no faltaban los problemas. Por allá había de todo: guerrilla, paracos, soldados del Ejército. Pero lo que más había era paracos. Como a una hora a pie de donde vivíamos tenían su campamento. Prácticamente uno los veía todos los días. Se decía que había unos trescientos paracos por allá. Guerrilla era más poquita. En las noches, se escuchaban hasta dos horas de balaceras. Por allá mataban mucha gente: ese era el miedo de uno.

Los grupos armados nos advertían que no debíamos andar de noche. Eso era lo más importante. Pero nosotros solo nos manteníamos ahí por cosa del trabajo y no nos metíamos con nadie.

El cambio fue muy duro. Por la seguridad, por la calidad de vida y por la plata. Pasamos de ganarnos hasta un millón de pesos a la semana en Segovia a ochenta mil pesos en el campo y vivir más maluco, comer más maluco, tener más miedo.

Pero qué más se iba a hacer. Éramos como resignados. Al final, duré como tres meses por allá. La última mañana que estuve en Matas nos levantamos a hacer un rozado para sembrar maíz. El lugar quedaba como a una hora de la casa. Eso era mero rastrojo en una falda, lejos de la carretera. El terreno era tan grande como uno quisiera. Llegamos allí como a las siete de la mañana, apenas íbamos a comenzar cuando sentí una explosión muy fuerte y sentí mucho susto. De un momento a otro estaba en un hueco, envuelto en tierra. No sabía qué hacer.

Eso fue el 23 de mayo del 2005. No sentí ni dolor ni nada. Quedé como todo bobo. Pasó la explosión y ahí mismo me miré los pies y los vi todos destrozados. El pie izquierdo quedó con la planta toda destruida, rajada, partida, echando mucha sangre. Y el derecho quedó partido en tres partes. Los dos se veían pegados del cuero, pero partidos del todo.

Los compañeros estaban muy asustados, tampoco sabían qué hacer. Bregando a socorrerme, me sacaron del hueco. Yo traté de pararme pero era imposible con los pies así. Ahí sí comencé a sentir mucho dolor y mucha sed, y comencé a llorar.

Leonardo se fue a avisarles a los vecinos lo que me había ocurrido y a pedirles ayuda para que me llevaran al hospital. Mientras tanto, Ignacio me cuidaba y me prestaba un poco de atención. Del susto, ni siquiera hablábamos. Yo pensaba: cuando uno pisa una mina, lo poquito que se pierde es un pie. Porque por ahí ya había gente que había pisado minas, y el que pisaba una mina perdía un pie, o los dos, o las manos, o los ojos...

Como a la hora llegó Leonardo con seis vecinos; fueron hasta viejas y todo. Ellos llevaban una colcha y cortaron unos palos para hacer una especie de hamaca. Ahí me montaron para llevarme a la casa. Eran como las ocho pasaditas.

Fue muy complicado el regreso. Yo lloraba del dolor. La gente me decía que tranquilo, que no me había pasado nada, pero era más por acompañarme. Antes de las nueve ya estaba en la casa

y Leonardo se fue a caballo hasta Remedios para traer un carro que me llevara al hospital. Remedios estaba como a hora y media a caballo, y mientras tanto los vecinos me iban sacando a la carretera.

Eran las once de la mañana y Leonardo nada que llegaba. Yo estaba muy mal, botando mucha sangre y sin aguantar el dolor y la sed.

Leonardo tuvo muchos inconvenientes porque en el pueblo sí había carros, pero les daba miedo ir hasta la vereda por la presencia de grupos armados. Además era una carretera muy mala. Al final, logró convencer a un chofer y vino a llegar por mí a eso de las tres de la tarde.

Todo ese tiempo me tocó esperar recostado al borde la carretera, acompañado de Ignacio y unos vecinos. Pero no nos decíamos nada. Yo estaba muy maluco.

Por fin llegó el carro. Era un toyotica azul, chiquitico. Me montaron atrás, acostado, pero yo quedaba muy estrecho y con cada brinco del carro, mis pies se pegaban contra la puerta y yo sentía mucho dolor. Lloré todo el trayecto.

En el carro, solo iban el conductor y otro muchacho. Yo iba bocarriba. Leonardo e Ignacio se habían quedado en la finca. Lo último que recuerdo son las farolas del pueblo de Remedios, las primeras casas; luego perdí el sentido. Nunca supe en qué me llevaron a Medellín. En los cuatro días siguientes, nunca supe nada. Ni siquiera recuerdo haber soñado.

Una máquina de esas comenzó a pitar y una enfermera entró a la sala. Me vio colgado. Muy asustada, me volvió a montar a la cama y me regañó. Al rato, llevaron otros dos enfermos a la sala, uno porque le cayó un palo de mango y le partió la clavícula, y un moreno a quien lo había pisado un carro. Pero era para que yo no estuviera más tiempo solo. Las enfermeras se mantenían ahí pendientes de mí, que no fuera a hacer nada. Yo era la aburrición, callado, muy aburrido. Tampoco me llevaron nunca una sicóloga.

Cada dos días me llevaban a cirugía, que eran muy dolorosas. Pero lo más aburridor eran unas especies de monjas evangélicas, vestidas de rosado, que llegaban a echarle a uno un cuento del evangelio. Llevaban todo en la mente, porque me metían una carreta ni la *hijuepucha*, pero cansona. Que la Palabra y eso. Esas viejitas iban y yo me les hacía el dormido. También iba de vez en cuando un sacerdote con el que sí era bueno conversar.

De las cosas malucas de estar hospitalizado es que uno no puede dormir porque las enfermeras son entrando y saliendo todo el día, hasta de noche, inyectándolo a uno o dándole pastillas. Uno pierde la noción del tiempo. Yo siempre estaba bocarriba, no me podía mover porque me dolía mucho. El pelo atrás se me cayó de tanto estar acostado así. Yo tenía que montar los muñones sobre las almohadas, al aire, entre más destapados mejor. Cuando llegué, pedí tres o cuatro almohadas, sin cobijas

porque me la pasaba con mucho calor. Cuando necesitaba ir al baño, tocaba el timbre y llegaban dos enfermeros y me pasaban a la taza.

Otra cosa maluca era la comida, como vegetariana. Sin duda, lo mejor eran las visitas, de una a cinco de la tarde. Al principio solo me visitaba mi mamá, que se estaba quedando en la casa de una amiga suya llamada Rubiela, a quien conocía desde hacía años en Vegachí. Mi mamá, que se llama Bernanda Soto, trataba de darme ánimos, pero ella en realidad es una persona de pocas palabras. Aunque yo tenía un teléfono al lado de la cama, de Vegachí no me podían llamar por un problema en las líneas. Mi papá nunca me visitó; él estaba en la finca de Vegachí. Nos vinimos a ver después del año. Acá estuvo cuatro o cinco días, compartimos casi una semana.

Yo no tenía familiares en Medellín, pero a los pocos días comenzaron a visitarme doña Rubiela y sus hijas. Así fue como conocí a María del Carmen, quien me cayó muy bien. Ella y yo entablamos una muy buena amistad y me brindó mucho apoyo durante toda la hospitalización.

El día en que la conocí yo estaba muy bravo. En la mañana, como a las once, una enfermera me había llevado al baño para que me bañara. Me montó en una silla de plástico y me dejó ahí. Yo me bañé pero la enfermera no regresó por mí, se le olvidó que yo existía. Yo gritaba pero nadie me escuchaba, y tampoco alcanzaba el timbre. Yo era ahí, sentado en la silla, sin poder hacer nada.

Cuando mi mamá y María del Carmen llagaron, a eso de la una, al no verme pensaron que me tenían en cirugía, como había pasado varias veces, y se iban a devolver. Un muchacho que recogía los tendidos sucios fue el que me encontró en el baño. Yo estaba muy, muy bravo.

Entonces mi primer encuentro con María del Carmen fue algo serio, yo medio la miré. Pero desde esa vez ella empezó a ir todos los días y hablábamos mucho. Ella era la más joven de las hijas de doña Rubiela, pero de todas maneras me llevaba siete años. Era la más bonita también: blanca, de ojos cafés, de cabello lacio. Tenía una sonrisa que me encantaba. Cuando éramos niños, ellos vivían en el campo y nosotros en el pueblo. Ella me recuerda cuando yo nací.

Cuando María del Carmen empezó a visitarme, ya habían pasado más de veinte días en el hospital y yo ya comía y hablaba muy bien. Pero seguía muy mal de ánimo, pues no era fácil pensar que había perdido los dos pies y que no podía pararme de esa cama, y que no podía hablar con nadie sino en las visitas.

De todas formas, ella me sirvió mucho de apoyo. A veces cuando mi mamá no podía ir porque no tenía plata para los pasajes, María del Carmen iba. En ese entonces, ella estaba sin trabajo y por eso me visitaba tanto, y me contaba cosas de su vida y yo le contaba de la mía. Me hablaba de su hijo, que en ese entonces tenía cinco años, del trabajo que había perdido, de la relación más bien

tristonga que había tenido con el papá del niño. Y converse y converse.

Como a la cuarta o quinta visita de ella, me di cuenta de que me gustaba. Pero por la edad, y por ser ella como tan estudiada, con más recorrido, más experiencia, era para mí mejor dicho inalcanzable.

Ella sabía de sistemas, de un poco de cosas, y era tan despierta, ponía conversa... yo no le llegaba a los talones. Yo pensaba en cómo me veía y en que no había estudiado nada, y más mal me sentía, aunque María del Carmen no sabía nada de eso, y ella seguía siendo cada vez más especial conmigo. Todas las mañanas me llamaba para saber cómo había amanecido, y ese era para mí el mejor momento del día. A veces me llevaba frutas, gaseosa, chocolates... Hasta ropa me llevaba. Y cuando se reía, me gustaba mucho.

Yo no era mucho lo que pudiera contarle de mi vida, ella era la que más hablaba. Yo más bien escuchaba. Aún no sé por qué pude llegar a gustarle...

Al final, duré dos meses hospitalizado. Pasado el primer mes, empezó a ir una muchacha todos los días a hacerme una terapia para que yo no perdiera la fuerza en lo muñones. Días después me visitó una muchacha llamada Lorena, de Paz y Democracia, y fue con un moreno que también había perdido un pie por una mina y tenía una prótesis alta, caminaba sin bastón. La muchacha me contó de todos los beneficios, de lo de la indemnización y de la prótesis que me daba el Estado. El

muchacho era del Ejército y me contó su historia. A él solo fue un pie y a los veinte días ya estaba afuera. Ahora podía caminar, incluso bailar. Eso me revivió la esperanza.

Cuando salí del hospital, tuve que irme para la casa de doña Rubiela, en el barrio Santander, pero yo no conocía casi a nadie y sentía mucha pena con sus hijas. El primer día que llegué allá, me subieron al segundo piso, me pusieron un plato de comida todo caliente, se sentó una vieja a un lado, otra al otro lado, una en frente, todas poniéndome conversa, pendientes de mí, y yo era *cabriao*, maluco, casi sin poder comer de la pena, sentado en una silla de plástico y sin poderme mover. Pensaba mucho en mi discapacidad, pero me tocaba quedarme allá, pues no tenía a dónde irme. Mi mamá también estaba allá, y eso era de mucho apoyo. Pero los primeros días fueron muy incómodos por mi discapacidad. Les tocaba asearme, llevarme al baño, darme la droga, todo.

En esa casa vivía María del Carmen con su hijo; doña Rubiela y su esposo y otro hijo; y un hermano de doña Rubiela. En la casa de enseguida y en el primer piso, vivía más familia de ellos. María del Carmen me cedió su cuarto y su cama. Mi mamá dormía al lado mío, en el piso. Pero yo estaba muy deprimido. Una de las cosas que más le cambia a uno con el accidente es el genio, un ratico podía estar bien y al otro era todo aburrido. Como no tenía silla de ruedas, yo era acostado todo el día,

viendo televisión o escuchando radio, pero nada me parecía gracia. Uno se siente muy mal de verse sin piernas. Cuesta mucho acostumbrarse. Una vez me desperté sonso y se me olvidó que estaba amputado, y me iba a levantar como antes, cuando tenía pies. Por poco me caigo de la cama. Uno se siente mal por eso.

A los ocho días de salir del hospital, del Programa de Víctimas me prestaron una silla de ruedas. Yo ya me podía movilizar por la casa e ir al baño solo, y eso me animaba bastante.

María del Carmen me ayudaba mucho. Los primeros días después del hospital, me tocaba ir a terapias al San Vicente, y ella me llevaba. También me acompañaba o me hacía las vueltas. A uno como víctima le toca hacer un montón de diligencias: que papeles en una parte y en otra, que declarar en Fiscalía, en Medicina Legal, en Acción Social. También estaban las terapias, que eran para no perder la fuerza en los muñones y poder soportar luego las prótesis. Utilizaban unos balones y unos resortes para esos ejercicios.

Como al mes, gracias a un proyecto de Juanes, me dieron la silla nueva, la mía. Yo ya no sentía tanto dolor y podía acostarme solo y recibir llamadas de mis hermanos y conocidos.

Mi mamá estuvo conmigo dos meses más después de que me dieran de alta. Luego volvió a la finca. Yo me quedé con doña Rubiela, María del Carmen y los otros. Ellas se portaron muy bien conmigo: dejarme vivir con ellas, comprender mi

situación. Eso me gustaba mucho de María del Carmen: que no le importara que yo estuviera así.

Cada vez hablábamos más, e íbamos juntos a las vueltas. Una noche, días después de que mi mamá se fuera, le dije a María del Carmen que ella me gustaba. O sea, me le declaré, y no me hizo el feo. Entonces vi que tenía oportunidades, y a los días, en el balcón de su casa, le di el primer beso. Lo nuestro iba en serio. Lento, pero seguro.

Como a los seis meses, me anunciaron que me darían las prótesis. Primero le toman medidas a uno y uno tiene que hacer ejercicios para aprender a caminar derecho, a alzar el pie, a subir escalas, a mantener el equilibrio, a tener fuerza.

Eso es muy difícil. La primera vez que me pusieron las prótesis no fui capaz de dar ni un paso. De inmediato me fui al suelo.

Pero saber que uno va a volver a caminar da muchos ánimos. Cuando ya fui capaz de manejar las prótesis y pude andar, yo me sentía como un gigante, viendo todo desde arriba. Ya había olvidado lo que era estar parado.

Ese día mi mamá había venido de Vegachí porque doña Rubiela le había contado que ya tenía las prótesis. Así que cuando llegué a casa ella estaba ahí. Me vio subir las escalas por mi propia cuenta. Fue la primera y única vez que la vi llorando, pero era de felicidad.

Al otro día, fui a un parque cercano de la casa para hacer unos ejercicios. Me demoré setenta minutos en llegar. Ahora me demoro diez.

Después de que le ponen las prótesis, uno debe seguir en terapias, porque le resultan los gallitos: que talla aquí, que me duele acá, que me ponen a sudar. Pero uno ya es más animado. Parado, yo ya tenía buena imagen, y más ánimos. Tanto, que me dieron ganas de volver a estudiar. Me mandaron unos papeles de Vegachí y a principios del 2006 empecé la validación del bachillerato. Eso era en el centro, los domingos, y yo podía ir solo, subirme y bajarme del bus. Siempre me daba duro el estudio, porque yo había estudiado hasta los once años, y retomarlo a los veinte no era tan fácil.

Lo otro es que como a uno no le dan trabajo en ninguna parte por la condición en que está, me la pasaba pelado, con las ayudas que me dieran. Menos mal, María del Carmen ya había conseguido trabajo y cuando le pagaban me invitaba. Nos íbamos para alguna taberna en el barrio y nos tomábamos media de ron, escuchábamos música hasta las once, doce de la noche. Yo ya era capaz de bailar un vallenato suave, y nos dábamos besitos.

Pero cuando el suegro se dio cuenta hubo mucho rechazo. Él dijo que ni por el verraco pasaba la relación nuestra, y me tocó irme a vivir donde una cuñada que vive en Castilla. Otras cuñadas al enterarse tampoco estaban de acuerdo con lo de María del Carmen y yo, decían que cómo se iba a meter con un muchacho más joven y en el estado en que estaba, pero ella no le paraba muchas bolas a lo que dijera la gente y entre más hablaban como que más nos comprometíamos.

Doña Rubiela no dijo nada, ella siempre fue muy querida conmigo. En todo caso, me fui para Castilla, y los fines de semana María del Carmen se iba para allá con el niño y estábamos todos juntos. Eso ya nos hizo novios oficiales.

Al poco tiempo, el suegro se enfermó de cáncer y año y medio después murió. Fue muy triste, pero ahí ya pude volver a la casa de doña Rubiela.

Como al año después del accidente, yo recibí una indemnización por parte del Estado, y con la plata que me dieron yo me metí en un negocio de un camión con un cuñado. De ahí recibo unos ingresos poquitos, con los que medio me sostengo.

Pero hay muchos proyectos. Este año terminé el bachillerato, y con el SENA unos compañeros y yo vamos a montar una microempresa de cosméticos de aseo. Estoy estudiando sistemas y todo lo que resulte. Con María del Carmen ya llevo cuatro años y estamos bien. Pensamos en montar una charcutería al pie de la casa. Vamos *pa' lante*.

Fue muy duro haber perdido los pies, adaptarme a Medellín, la falta de plata para pagar mis gastos. La guerrilla son unos *hijueputas* que no piensan en el sufrimiento de los demás; aunque tengan una causa buena, no justifica hacerle el mal a la población civil. Pero ahora tengo salud, cuento con la familia de doña Rubiela, cuento con mi mamá, con el estudio, con una compañera maravillosa, y ahora puedo moverme solo por Medellín. Uno aprende que la vida hay que vivirla como llegue. Y eso está bien.

© Elkin Alonso Acevedo Soto

Vaya ironías las que trae la vida: en sus peores días, Elkin encontró el amor. Sí, postrado en una cama de hospital, con las dos piernas amputadas, alimentándose por medio de una sonda y con el ánimo en el piso, Elkin, un muchacho de Vegachí, conoció a la que ahora es su compañera de sueños.

No parecían tal para cual. Él, un joven del campo que a duras penas había terminado la primaria y que por esas desgracias que nos regalan los armados había pisado una mina; y ella, una mujer siete años mayor, con más experiencia y días de estudio. Y para colmo, dice Elkin, bonita.

Nada estaba dado. Pero el amor, que no entiende de contrariedades, hizo lo suyo. Con paciencia, pero sin detenerse. Y fue eso, el amor, el que le enseñó a Elkin que la vida no se acaba aunque un acto simple como caminar se convierta en un complique; fue eso, el amor—el que sentía por María del Carmen y el que le brindó su familia— lo que lo ayudó a seguir adelante, a volver a estudiar, a atreverse a soñar de nuevo.

Parece una canción de cantante pop, o un capítulo más de una novela rosa, pero la verdad es que en esta historia, a pesar de todo, el final pinta feliz.

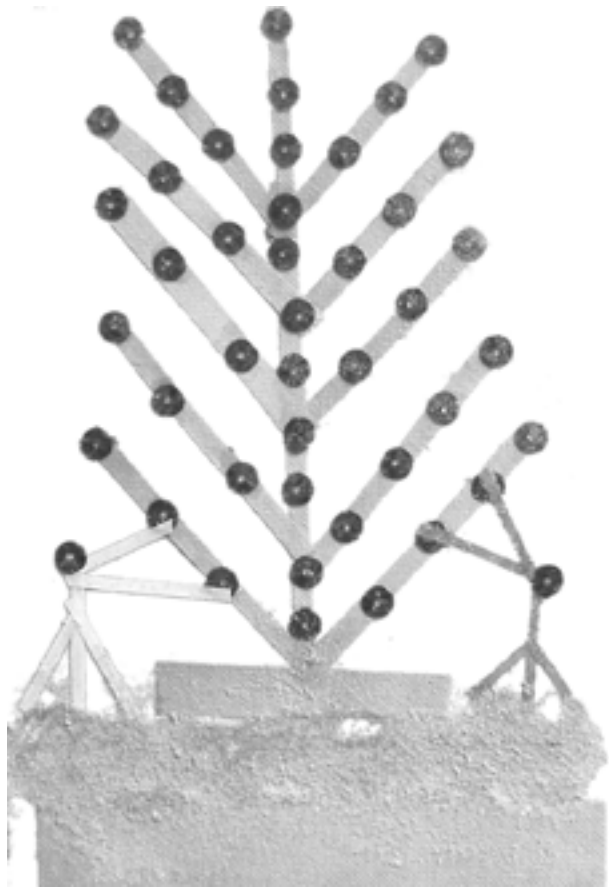


Ilustración por Armando Chaverra, en los talleres de escritura.

Rubén sigue vivo

Rubén Blandón Lemus

Alas nueve de la mañana, el 10 de octubre del 2003, sentí una fuerte corazonada y empecé a sudar muy frío. El sudor era espeso. Mi corazón palpitaba acelerado. Quería salirse por mi boca. Mis compañeros preguntaban qué tenía; yo no respondía. El reloj marcaba las ocho y cuarenta y cinco de la mañana. La historia de mi vida empezó a cambiar.

Por esos días, yo estaba trabajando ahí, en el campo, como garante del retorno de campesinos desplazados a la vereda de Caño Claro. Yo era profesor de filosofía, ética y religión en el colegio de Belén de Bajirá.

Caño Claro es una vereda de Belén de Bajirá, que tiene a su alrededor el cerro Las Menas, el cerro de Caño Claro y un caserío que se llama Andalucía. Más allá de Andalucía, hay un caño que se llama Remacho y hace parte de la cuenca hídrica del río Jiguamiandó.

Lo que había en ese lugar era un proyecto de palmicultores, que era liderado por empresas privadas, pero que tenía a muchos campesinos trabajando en él. Algunos de ellos estaban

vendiendo sus tierras para que fueran aprovechadas en el proyecto y otros iban a retornar para quedarse trabajando. Por eso era que se necesitaban garantes, para que midieran bien los terrenos y para cerciorarse de que todo marchara bien.

Entonces, yo debía estar en ese campamento, que tenía el nombre de Andalucía. Las personas que fuimos a ese trabajo fueron 17 campesinos, dos ingenieros topógrafos y dos docentes. O sea que éramos 21 personas.

Estaba nervioso y con una sensación que antes no había tenido. Habíamos salido a medir tierras, pero yo no me sentía bien. Les dije a mis compañeros que regresáramos. Me hicieron caso y nos devolvimos por la trocha haciendo una fila india.

El lugar en donde estábamos era una selva de montañas espesas. Era pantanosa entre las pantanosas, porque tiene dos ríos, los caños Remacho y Caño Claro, y llueve mucho. El día anterior hubo una lluvia muy potente que inundó toda el área por donde nosotros estábamos caminando. Por ahí era que íbamos.

Veníamos por el cerro Las Menas, al que habíamos llegado por una trocha distinta. Yo tenía en ese momento una corazonada muy horrible. Por eso, cuando nos estábamos regresando, se me metió a mí el pensamiento de que algo no andaba bien, que algo andaba funcionando antónimo. Y ellos venían riéndose con mucha bulla. Yo venía en el puesto diecisiete, era uno de los últimos. Y les dije a ellos:

“Muchachos, tratemos de tomar distancia y no hagamos tanta bulla, porque algo no está andando bien, yo presiento que las cosas no están bien, y vamos a prevenir de que algo suceda”. Entonces, después de esa advertencia, me pasé para adelante y quedé en el tercer puesto de la fila india.

La primera persona de la fila era de baja estatura, de 1.60 más o menos. Había un charco con un palo grueso encima, como un puente para uno afirmarse y pasar. Esa primera persona como no era alta hizo un zigzag y pasó por el lado derecho. La segunda persona pasó por el lado izquierdo. Pero qué pasó después... Como yo soy de 1.85 de estatura, me dije “yo alcanzo a brincar”. Por los otros dos lugares me mojaba las botas, me mojaba los pies. Entonces pisé el tronco de palo seco que había allí y con el impulso que pisé para brincar, con ese mismo impulso caí y casi pierdo el suelo.

Al momento sonó la horrible explosión. Su fuerza me lanzó lejos del camino. Caí gritando. Era una mina antipersona. Cuando intenté correr, mi cerebro ordenaba a mi pierna moverse... Ya no respondía. ¡Perdí mi pierna derecha!

Cuando me vi en esa forma, me confundí demasiado, aún seguía vivo. Luchaba por sobrevivir, pero el dolor y el desespero más se apoderaban de mí. Me quité la camisa, y rasgándola en dos puse un torniquete en mi pierna y en mi brazo izquierdo, que sangraban copiosamente a causa de las heridas.

Entonces cuando caí en lo que me estaba pasando, reaccioné a correr. Yo no perdí el conocimiento. Tenía sí un gran zumbido en los oídos. Uno siente es que la pierna, el hueso, se le encalambra. La sangre no empieza a verter inmediatamente. La onda explosiva bloquea el sistema de circulación de la sangre. El dolor se demora unos diez, quince minutos para empezar a funcionar. Yo caí bocarriba, y cuando reaccioné a correr ya mi pierna no le obedecía al cerebro y ahí fue que me di cuenta de que había perdido mi pierna.

Cuando sucedió la explosión, todas las personas que me acompañaban arrancaron a correr desparpavidamente en la montaña. Yo llamé unas cuatro veces con gritos, con nombres; llamaba a Cecilio, a Miguel, a Felipe, a Guillermo. Los nombres más cercanos a mí. Todos ellos se fueron porque en una montaña de esas se habían imaginado que el ruido era de un combate. Por eso no dieron vuelta atrás. Luego, ellos llegaron al campamento, que quedaba a una hora y media de donde yo estaba, y allí algunas personas les dijeron que ese sonido era de una mina. Entonces, ellos se devolvieron a buscarme.

A eso más o menos de la una y treinta de la tarde, fue que llegaron ellos por mí. No todos, sino unas seis o siete personas, ya con una hamaca en un palo, como se hace en la selva. Yo seguía vivo. Ya no tenía mucha calefacción, pero estaba vivo. Estaba consciente totalmente. Trataba de manejar mucho el clima, el sol, la respiración. Creo que

Dios me dio mucha inteligencia para eso, y mucha calma sobre todo, porque el principio es muy difícil, es un desespero total. Y el problema era que me estaba matando el torniquete, que llevaba ya hora y media de apretado y yo no lo desataba. Entonces no había circulación. Cuando entendí el sistema, cada media hora largaba el torniquete y cada que botaba un poco de sangre ya la respiración fluía.

Caía un torrencial. El frío se apoderaba de mi cuerpo. Miré al cielo y pedí a Dios otra oportunidad en la vida. Dios respondió al instante, la lluvia terminó. Empezó a calentar fuerte el sol, sentí fuerzas, moví mi cuerpo arrastrándome sobre mis brazos hasta lograr estar en lugar seco.

Me evacuaron en la hamaca. Mis compañeros corrían tan rápido como podían y yo me aguantaba el dolor. Fueron dos horas de camino hasta la vereda Cetino, donde me esperaba un tractor que estaba llevando unas palmas para que las sembraran. Por cosas de la vida, ese tractor estaba ahí para mí. Aun en el tractor, los compañeros seguían llevándome en la hamaca porque no resistía el contacto con el piso, porque el dolor era horrible. En ese intervalo, la calefacción comenzó a irse, afortunadamente había un plástico negro y yo les daba órdenes a los muchachos de que me lo pusieran encima, porque yo ya me estaba como despidiendo. Y ese plástico me ayudó a que recuperara el calor otra vez, hasta que llegamos a un río que se llama Riosucio. Ese río es perteneciente al Chocó.

Allí me pasaron en un ferri que la empresa palmicultora hizo. Cuando llegamos al otro lado había un camión, pero ese camión tampoco lo habían mandado para mí; era un camión de transporte del personal que trabajaba en las palmas. Se mostraron solidarios conmigo y me llevaron hasta Belén de Bajirá, de donde yo había salido a cumplir con la misión de retorno de los campesinos.

En todo ese rato, yo les pedía a mis compañeros que me hablaran para no dormirme. Entonces ellos me ponían conversa y yo les respondía; hablábamos de cosas de trabajo. Mientras el dolor hacía su trabajo conmigo, yo hacía el trabajo psicológico con ellos. Y en parte eso me ayudó mucho porque previene dormirme. Yo les pedía harta agua, pero les decía también en medio del dolor que no me la dieran. Cuando la pólvora intercepta a un humano, si toma agua, como la pólvora es caliente, y el cuerpo, la piel mía, hierve como hierve una aguapanela, como hierve la brea, se hace un shock. Si uno toma agua después de que lo toque un proyectil, inmediatamente muere, porque todas las neuronas están disparadas, la sangre está circulando de otra forma, las endorfinas se cargan y todo está recalentado. Además, si uno se duerme en ese estado puede entrar en shock y desafortunadamente no puede regresar más.

Entre Andalucía y Belén de Bajirá hay unas cuatro horas rasas. Caminando y en carro. O sea que a mí me evacuaron a la una y treinta de allá

y llegué a las cinco y treinta en punto. Los que venían en la hamaca no venían caminando sino corriendo, o sea que todo fue muy rápido.

El valor de la vida se entiende cuando se está ante la muerte, momento clave de reflexión sobre todo cuanto se ha hecho y lo que se quiere mientras vive. El 10 de octubre del año 2003, a los veintisiete años de edad, me debatía entre la vida y la muerte, desde las nueve y diez de la mañana. A esa hora la explosión mutiló mi pierna y afectó mi antebrazo izquierdo. Permanecí sin auxilios médicos hasta cuando me recibieron en el centro médico de Belén de Bajirá, donde no lograron hacer nada a mi favor más que vendar lo que había quedado de mi cuerpo.

Belén de Bajirá tiene un problema y es que está en litigio entre Antioquia y Chocó. Por tal motivo, no es autosostenible y lo que hay allá es un centro de salud de primer orden, de primeros auxilios. Qué cosas tiene la vida que ese día no tenían con qué atenderme, no había ni elementos quirúrgicos para un eventual ataque como el que yo sufrí con esa mina. Yo era conocido en el pueblo. Había más de quinientos alumnos agolpados en el centro médico, la comunidad toda estaba pendiente de mí. Yo creo que uno de los primeros casos de minas que se presentó en ese territorio fue el mío y por eso tal vez era que nadie estaba preparado para atenderme.

Tenían que llevarme de allí para otro hospital, porque si no, yo me moría. Esperé dos horas una ambulancia. A las seis de la tarde fui trasladado

al municipio de Mutatá, Antioquia, con demora de hora y treinta minutos en carretera.

Llegamos a las 7:45 al hospital de Mutatá. Yo ya estaba muy mal, con las fuerzas reducidas y con poca sangre. Ahí en el centro de salud lo que hicieron fue quitarme la ropa sucia que llevaba, porque la mina antipersona me quitó todo, lo único que me quedó medio bueno fue el bóxer. Aparte de eso, cuando llegamos a Mutatá también había problemas: el hospital estaba como en paro y tampoco estaba el médico quirúrgico ahí. Entré en shock. Durante media hora estuve inconsciente; sentía que flotaba en mi cuerpo, aunque no puedo decir que estaba visitando a San Pedro o que vi una puerta oscura... no, no vi nada de eso. Lo que sí sentí fue una experiencia muy maravillosa, porque sentía que flotaba en mi cuerpo, que estaba fuera de mí y me observaba, y que un ser sobrenatural me estaba dando otra oportunidad en la vida. Cuando yo llegué otra vez a mi cuerpo, mis familiares estaban muy preocupados y lloraban a los alaridos. No era mi hora.

En Mutatá me pusieron un medicamento, una destroza, eso como que regula el dolor, pero no me podían poner suero ni otras drogas fuertes para el dolor como la morfina, porque colapsarían mi organismo. No pudieron hacer nada más por mí y de allá me iban a remitir para Apartadó, en donde también estaban en paro. Entonces yo me negué a que me llevaran a Apartadó, porque me daba miedo que allá tampoco me pudieran atender y me

muriera. Yo hablé con los enfermeros y con el médico y les dije que aunque me muriera en el camino yo prefería que me remitieran a Medellín: no había avión, no había helicóptero ni nada a esas horas de la noche. Entonces firmé que me llevaran por tierra: siete horas y media. Iban dos enfermeras, el chofer y un ayudante. Arrancamos a las 9:45 y a las 5:45 de la mañana llegamos al Hospital General de Medellín. Ahí fui recibido por los médicos, que estaban sorprendidos de verme vivo. Clínicamente me di cuenta de que la hemoglobina mía estaba en 3.5, o sea que yo ya estaba mandado a recoger, ya yo estaba muerto. Recuerdo que el médico le preguntó a alguien que en quién creía yo y le dijeron a él, al doctor Zuluaga, que en Dios y que eso era lo que me mantenía vivo.

Luego de eso había un problema para mi operación porque no tenía sangre. Al hacerme la transfusión de sangre podía entrar en un desmayo y ahí sí irme para el barrio de los acostados. Entonces también firmé y les dije: "Hagan la transfusión de sangre". La hicieron, aguanté dos unidades, y me mandaron a rayos equis. Ahí vieron por dónde iban a mochar, el hueso estaba partido en zigzag. Mocharon más o menos unas cuatro pulgadas arriba de la parte afectada. Eso fue ya a eso de las nueve de la mañana. Tipo once salí del quirófano, pero ya era tarde.

Mi familia se enteró al otro día; mi mamá, mi papá y mis hermanos. Ellos estaban en Apartadó, y fueron dos hermanas a asistirme, a ayudarme en

las vueltas. Desde Urabá estaban pendientes de mí. No quise que mamá y papá fueran a enfrentar esa situación, porque yo quedé vuelto una escoria, una piltrafa. 27 años, 85 kilos, 1.85 de estatura, yo era, mejor dicho, un papasote; y agarró esa mina antipersona y me volvió nada. Cada día bajaba dos, tres kilos, estaba en un estado deplorable. No quise, entonces, que ellos se acercaran a verme. Creo que les sirvió, porque cuando me vieron, ya me vieron bien, con pierna y todo.

Evité también el contacto con mis hijos. Eso fue hace ya cinco años. Rubencito tiene ahora once años; cuando eso tenía cinco; y mi Lupita tenía tres, ahora cumplió ocho. Someterlos entonces a ese roce psicológico no era justo. Y ellos vivían con la mamá, y mi relación con ella no era la mejor.

Siempre he sido una persona muy radical y obstinada en lo que hago y en lo que me pasa. Si ahora me tocara a mí perder la otra pierna, me daría muy duro, pero después tendría que aceptar que eso pasó. Yo tomé eso como un principio rector de la vida, no del destino ni de la suerte. El destino del ser humano solamente lo conoce Dios, y de pronto a los enclenques se les desea suerte, a los buenos se les desea éxito. Porque toda suerte es inestable. De pronto esto que me sucedió fue para hacer un pare en el camino, para reparar cosas, y con esto no quiero decir que fue Dios quien lo causó. De pronto, fueron los afanes de la vida. Es una oportunidad de volver a vivir,

de compartir lo que me pasó con otras personas, sin odio, sin rencor. Mi alma está sana.

Yo ingresé al Hospital General el 11 de octubre del 2003. A partir del momento, me intervinieron quirúrgicamente la pierna. Me amputaron y los médicos declararon que así estaba bien. Pero al día siguiente tuve una fiebre muy alta, entonces yo empecé a preocuparme porque sabía que la fiebre era signo de una infección. Al tercer día, detecté una putrefacción, un mal olor; hablé con mi hermana y ella habló con los médicos. Cuando vieron eso, los médicos me pasaron al quirófano, yo firmé el documento, y cuando desperté tenía mocho otro pedazo de la pierna. No me querían decir qué era lo que yo tenía. Al sexto día, entré otra vez al quirófano y me mocharon otro pedazo. Después de eso me puse neurótico, bravo, y me dijeron qué era: gangrena. Eso es como un cáncer en el hueso y en la piel, y lo que hacían para reparar era mochar, pero se seguía pudriendo todo. El error, y ahí sí fue culpa de los médicos por no estar preparados para estas heridas de guerra, es que los rayos equis no detectan las esquirlas que se incrustan entre el hueso y la carne. Ellos hacían un barrido y me mochaban el pedazo afectado, pero dejaban esquirlas que estaban bien adentro de la piel, y esas esquirlas estaban infectadas con materia fecal humana y de cerdo, para que la persona que pise la mina quede muerta o se muera lentamente. En otras partes, las minas también tienen

cianuro. Bueno, eso tuvo una problemática que tuvieron que aislarme quince días y cambiarme de antibiótico por uno más pesado.

A los quince días, la infección no se quitaba y ya me habían mochado tres veces la pierna. Yo ya me rehusé a que me siguieran mochando. Hice un pare y les dije a los médicos que me dejaran tranquilo, que yo iba a aplicar una medicina alternativa, que me iba a meter con Dios. Y puedo decir que fue Dios quien me curó. A ese punto yo ya llevaba 25 kilos perdidos y me mantenía de muy mal humor. Algunos decían que yo estaba corrido de la teja, porque no quería más ayuda médica, pero yo no estaba loco, si no que veía que lo que me hacían no estaba sirviendo. Entonces mi terapia fue ponerme a cantar, a cantarle a Dios. Yo soy guitarrista, pianista, y allá me acordaba de mis canciones y leía la Biblia. A los amigos míos que iban a llorar a visitarme, los sacaba, porque yo estaba vivo y estaba bien, no quería marianitas ni nada de eso, quería era gente alegre.

Precisamente al día siguiente que llegaron los médicos a revisarme la herida, que fue el doctor Zuluaga a olerme la herida y a ver todos los exámenes, se aterró de ver que ya no había infección, que la putrefacción había desaparecido. Ni él ni los otros médicos se explicaban cómo había pasado eso. Se quedaron asombrados, miraban y miraban mi historia clínica. Me metieron al quirófano y ese

mismo día me suturaron la herida. A mí, Dios me había curado.

Salí del hospital el siete de noviembre.

Para mí, todo esto era un cambio de vida, mas no un cambio total. La vida me llegó hasta los 179 grados, mas no hasta los 180. Lo que enfrenté es el choque de una sociedad con otra sociedad. En Colombia, se le hace culto a la estética, a la belleza total, entonces cuando alguien sufre una discapacidad las partes de la sociedad se fraccionan. Desde ese punto, yo ya empecé a percibir las consecuencias, el cambio que iba a haber en mi vida; es decir, yo pasar de ser un papasote, un atleta, a quedar reducido a no poder trotar nada, sin una pierna, con un brazo reseco, con una mano rota, con los dedos divididos.

Fue ahí cuando empecé yo a mirar lo que era la ciudad con Rubén y lo que era la ciudad sin Rubén. Empecé a pensar que lo que era la ciudad de Medellín sin Rubén, sin mí, era lo mismo: la gente sigue bailando, sigue su vida, todo sigue igual, no cambia nada, si yo me muero, no cambia nada. Simplemente las personas que yo tengo al lado lloran quince días, pero luego se acostumbran a estar sin mí y todo sigue, todos se adaptan. Y en medio de eso, yo me veía obligado a aceptar que yo soy un actor dentro de una escena de teatro y vivo mi propia obra; si yo dejo que la obra acabe sin aplausos, el damnificado soy yo, el actor. Por eso

mi cambio fue pensar en que yo iba a ser el mismo, pero mucho mejor si Dios me da la oportunidad, porque si no lo hacía, mi vida se iba a acabar sin que yo estuviera muerto; mi obra iba a terminar sin aplausos.

En la parte fisiológica, el problema fue la limitación. Ya no era el Rubén de antes, el que se valía por sí mismo: me tenían que bañar, me tenían que cargar de un lado a otro, me tenían que dar de comer con cucharita, y yo tenía que depender de una silla de ruedas. Y de pronto tenía que enfrentar la rabia interna: por qué me tenía que pasar esto a mí, yo qué hice para que esto me pasara... Pero eso no fue algo duradero, porque el mismo entorno me daba respuesta a todo lo que yo me preguntaba, y Dios me fortalecía.

Como dificultad prioritaria lo que yo analizaba en la parte física era mi trajín como persona productiva, después ya vine a considerar la parte atlética, porque yo era muy bueno para el baloncesto, regular para el fútbol, y me gustaba correr. Pero empecé a compensar todo eso con otras cosas, con la tecnología, por ejemplo. Para eso estaba la prótesis, que me iba a permitir caminar y hasta brincar como antes.

Sobre el amor también tuve preguntas. Nunca pensé que ya las mujeres no me iban a mirar. Porque yo me dije: “yo no enamoro con la pierna sino con lo que soy”. Ni me acomplejé ni perdí mis esperanzas. Sin ser un mujeriego, he tenido

acercamientos con el sexo opuesto y he disfrutado de todo lo que es la vida. Una muchacha amiga mía alguna vez me dijo que a mí se me había ido la pierna era porque tenía demasiado. Cuando hay un baile, bailo en una sola pata o hasta con la prótesis, y brinco y salto y juego y hago todo lo que pueda para divertirme.

Ahora entiendo que el valor de la vida es incalculable y que, sobre la faz de la tierra, es único. Después del accidente y de todo lo que he vivido en este tiempo, he podido comprender que el valor de la existencia es precioso e irremplazable. Estoy convencido de que ante una eventualidad de estas el único camino es aferrarse a la vida, para vencer los obstáculos y triunfar en cada adversidad.

Pero no todas las personas tenemos los mismos pensamientos. No todas las víctimas de minas antipersona somos iguales. No es que unos sean unos flojos y yo no lo sea. Es que yo soy campesino y tuve unos padres campesinos y tuve también la oportunidad de creer en Dios y de estudiar en una universidad, de balancear todo lo que es la vida. Soy teólogo graduado de una universidad, y lo que fui antes de la mina no dejé de serlo, aunque sí me fortalecí para poder ayudar a otras víctimas que deben enfrentar situaciones duras, muy duras, con muchos aspectos de sus vidas.

En esto de las minas antipersona hay un problema para las víctimas. Es la víctima la que debe buscar al Estado y no el Estado el que busca

a la víctima. Por eso los trámites son engorrosos para todo el que pisa una mina. Si es difícil hacer vueltas con las dos piernas, imagínese cómo puede ser con una sola o sin ninguna, o sin ver, o sin brazos, o en fin, con cualquier secuela. Además, el campesino, que es quien pisa la mina, no sabe qué quiere decir ley, y mucho menos que existe la Ley 418 de 1997, que es de Orden Público y rige la atención a víctimas del conflicto armado interno. Esa ley contempla que la víctima debe declarar lo que le pasó durante el año siguiente al hecho, porque si no lo hace, el hecho proscribire aunque su calidad de víctima continúa vigente. Esa ley también contempla la educación, los subsidios de vivienda, la indemnización, las pensiones y otros beneficios como créditos blandos y adquisición de algunas prendas de garantías para el buen desarrollo de la vida de quien sufre un accidente como este. Pero como pocos lo saben, pocos pueden acceder a estos beneficios, que no son un premio, sino una especie de reparación.

Además, en Colombia no hay personas dedicadas a asesorar a las víctimas, sino que las personas cuando salen del hospital, en muletas o en sillas de ruedas, deben irse de oficina en oficina para obtener una ayuda del Estado. Llegan a un edificio y de ahí los mandan para Acción Social, de ahí que para la UAO, luego que a alguna dependencia de la Gobernación y también al Centro de Rehabilitación y de ahí a donde Perano

o a donde Mengano... y resulta que cuando finalmente llegan a la última ventanilla, algún papel quedó mal hecho y hay que volver a hacer todo otra vez. Hasta que por fin a los cuatro o cinco años, la víctima recibe una mal llamada indemnización, un valor económico que tal vez sirve para pagar deudas, pero que no compensa en nada el hecho de perder una parte del cuerpo con la que uno nació y que nunca debió haber perdido. Eso en realidad se llama "ayuda humanitaria" y aunque la víctima sí la necesita, termina convirtiéndose en un mendigo más del Estado, aparte de otras ayudas que lo vuelven un objeto de misericordia.

El tope máximo que pagan son 42.29 salarios mínimos mensuales vigentes a la fecha, que suman hoy unos dieciocho millones. A mí me dieron como ocho millones y pico... de resto nunca se han preguntado si Rubén come, si Rubén ríe, si Rubén salta, si Rubén lo que sea... ¿Eso era lo que valía mi pierna? No creo. Tampoco es que el Estado le pague la pierna a uno, pero que sí enfoque una parte responsable del replanteamiento de vida del individuo en la sociedad.

Incluso para mí, que tengo una actitud muy consciente frente a la vida, haber pisado una mina fue un platanazo horrible. Decidí dejar de dictar clases, porque iba a llegar a mis cuarenta o a mis cincuenta años, sin disfrutar bien eso que antes podía hacer de otra manera. Yo sabía que mi enfoque tenía que ir ahora por donde más

me necesitaran, por lo que yo había vivido, podía ayudar a otras víctimas.

En medio de mi recuperación, empecé a documentarme sobre el orden público que aqueja a Colombia, y eso me llevó a conocer lo que es el Derecho Internacional Humanitario (DIH) y lo que son los Derechos Humanos. Lo primero de lo que me enteré es que existe la Convención de Ottawa, que rige la prohibición de estos artefactos; su producción, su siembra, su transferencia y su comercialización. Esa convención es de 1997 y se instituye a raíz del sufrimiento que causan estos medios de guerra desechados por el DIH.

A partir de ahí entendí que había unas entidades que respaldaban a las víctimas y que había un Estado que apadrinaba de una u otra forma a las víctimas. Entonces, empiezo a hacer mis cuentas y a empaparme del cordón de miseria que acosaba a las más de seis mil víctimas en el momento en que yo me estaba recuperando. Eso me llevó también a relacionarme y a visitar a algunas víctimas, y a averiguar en qué condición estaba la ruta crítica que el Estado tenía para atender esta problemática.

Cuando yo me enfrento con la Gobernación de Antioquia, veo que está encarando la situación pero que el Gobierno Nacional no tiene una política pública que favorezca realmente las víctimas. Entonces, en Antioquia ya había conformada una asociación de afectados por minas antipersona.

En esos días, me invitaron al primer encuentro departamental de víctimas que se hizo en Antioquia, liderado por la doctora Rocío Pineda García. Yo trabajé con ella, primero, como consultor del PNUD, y luego ella me nombró como gerente proactivo de la Asociación de Víctimas. Y ahí yo comencé a hacer escuela; supe qué era una mina, por qué existían y por qué Colombia estaba cundido de esas armas.

Ahí empecé a darme cuenta de que Antioquia tiene 125 municipios, de los cuales 98 estaban minados, y que el número de víctimas ascendía a mil quinientas personas, y que aparte de eso Antioquia tenía un 76% de su territorio minado. Y que a nivel nacional, ocupaba la cifra del 33% en alarma de minas antipersona. En ese momento, el segundo departamento era Bolívar, con 549 víctimas; el tercero, Meta con 487 víctimas, y ahí le seguían Caquetá, Putumayo, los Santanderes, Valle, Guaviare, la baja Bota Cauca, Córdoba, Boyacá y todos los demás... y yo me dije “Dios mío, ¡en qué estamos!... Esto es una cosa horrible”.

Cuando veo esas cifras disparadas y veo que de 32 departamentos, 31 estaban sembrados de minas, ya la alarma mía se prende. 1.119 municipios y el 50% de ellos afectados, y el pronóstico era que más de cien mil minas estaban sembradas en alguna parte del país. Entonces, ya sabiendo un poco más de la situación, arranqué a trabajar en torno a construir una plataforma humanitaria que

constaba de vincular profesionales de distintas áreas: sociólogos, abogados, sicólogos, comunicadores, médicos... Todo eso para crear un banco de tiempo. ¿Por qué? Si yo hago un congreso o un foro de minas antipersona, necesito que el sicólogo aporte cuando la víctima haga una pregunta, y que el sociólogo responda cuando haya algo para su campo de acción. Desde esa óptica, planeé construir una organización no gubernamental que trabajara en ese propósito.

Estuve un año y varios meses trabajando en la Gobernación. Aprendí mucho allí. Luego renuncié y me vine para Bogotá a trabajar con la Fundación de Sobrevivientes por Minas de las Américas para Colombia. También tuve un remesón de silla, otra etapa de mi vida, y de ahí conformé mi propio movimiento. La ONG que presido se llama Fundación Internacional Humanitaria contra Minas Antipersona y Hambre.

Le puse ese nombre, incluyendo “hambre”, porque el problema de minas antipersona en Colombia ha impedido el desarrollo de los pueblos y se ha convertido en el talón de Aquiles para la despensa de las ciudades, que es el campo. Si el campo no produce, en la ciudad todo marcha mal. Aunque al campesino lo miren tan mal como muchos lo miran.

Yo crecí en el campo. Nací en Apartadó, Antioquia, y me crié en la zona de Urabá, y sobreviví en la zona de Urabá. Irónicamente muchos años

después llegó una mina a quitarme la pierna. Pero soy campesino y aprendí las labores del campo, y gracias a Dios tuve la oportunidad de formarme en una universidad, aunque eso no me quita mi origen ni mi orgullo de ser quien soy. Por eso comprendo a los campesinos y sé del temor que tienen, porque ya sus hectáreas no producen plátanos sino piernas mochas y cabezas mochas, por culpa de la guerra. ¿Qué pasa, entonces? Que los hombres mochos, como ya no pueden sembrar, se van a las ciudades a sobrevivir como pueden, y el plátano que antes costaba doscientos pesos, empieza a costar quinientos u ochocientos pesos. Y así funciona la guerra y así funciona el hambre. Todo se va agotando; el campo se queda solo y la ciudad se llena de familias que no tienen por qué estar ahí, pidiendo en vez de produciendo, sobreviviendo a duras penas.

El proceso de la Fundación ha sido muy lento. Desde hace dos años estoy trabajando en ella, pero no ha sido fácil, porque las ONG de bajo relieve tienen muy poco apoyo y eso sí mucho papeleo. Pero no desisto y poco a poco estamos construyendo la parte social.

En la ONG le apuntamos, primero que todo, a agrupar a las víctimas. Luego de eso, en el campo jurídico, le trabajamos a dejar de ser marionetas para convertirnos en sujetos de derecho, teniendo en cuenta qué es lo que podemos reclamar y qué es lo que no nos corresponde. Desde lo humano, les planteamos propuestas al Gobierno y a la

comunidad internacional sobre la verdadera necesidad que tienen, que tenemos, las víctimas de minas antipersona, desde nuestro sentir y desde nuestro diario vivir. No se trata sólo de prótesis, sino de tener educación, de tener acceso a la salud, de poder tener un trabajo digno. Lo que buscamos es gestionar proyectos que mejoren la calidad de vida para todas las víctimas del país, sin importar el departamento en el que suceda.

Estoy trabajando en eso y esa es la fuerza que me motiva para hablar de renacer y ser feliz. No puedo dejar de lado el sentimiento de otras víctimas que enfrentan múltiples dificultades causadas por la guerra. En mi mente concibo que mi trabajo y mi experiencia sea un aporte valioso para el mundo y para la sociedad en la que aún estoy presente.

Estoy convencido de esta maravillosa frase: “Serás lo que quieras ser”. A partir de esto pienso que, así como uno se mira, lo miran los demás; por eso, si no nos aceptamos como somos, estamos al borde del abismo. Observo personas que buscan la felicidad y mientras más la buscan menos la encuentran, puede ser que estén en el lugar equivocado.



© Rubén

Rubén Blandón Lemus nació en Apartadó, Antioquia, en 1976. Dejó su pueblo y su región para estudiar Teología, porque siempre le había gustado ir a la iglesia y orarle a Dios. A Rubén le gusta cantar y tocar guitarra, le gusta bailar y mover el espíritu. Es un negro alto, bien plantado y de sonrisa muy blanca. Vivió algunos años en Belén de Bajirá, donde dio clases de ética, religión y filosofía a estudiantes de los últimos años de bachillerato.

En el año 2003, cuando tenía 27 años, tuvo un accidente con una mina antipersona que le cambió la vida. A pesar del dolor que esto le causó, sacó fuerzas para reponerse y crear la Fundación Internacional Humanitaria contra Minas Antipersona y Hambre, que busca agrupar a las víctimas de estos artefactos para que sean conscientes de sus derechos y puedan mejorar su bienestar.

Rubén vive en toda Colombia. Sin una pierna, pero con su prótesis y a veces con muletas, va de aquí para allá buscando víctimas y buscando apoyo para su organización.



Ilustración por Luis Enrique Chavarría Mesa, en los talleres de escritura.

Éramos los niños del Jordán

Rosmira Chavarría Mesa,
Luis Enrique Chavarría Mesa y
Salomón Chavarría Mesa

Luis Enrique

Mi nombre es Luis Enrique Chavarría, y a continuación voy a contarles cómo viví mi niñez y mi adolescencia en el campo, en una hermosa finca llamada El Jordán, ubicada en la vereda Maniceros del municipio de Ituango, en el Norte de Antioquia. Ituango es un pueblo pequeño pero muy bonito, compuesto por calles bicentenarias y calles empedradas. La iglesia con su cúpula blanca y sus grandes columnas sobresale como la edificación más hermosa.

Los fines de semana es todo un placer estar allí, en Ituango, donde abunda el aguardiente y la parranda. En estas fechas, el pueblo se llena de gente porque todos los campesinos salen de sus parcelas con todos los frutos de sus cosechas para comerciarlos allí. Sacan el maíz, el frijol, el café, el cacao, la panela y las reses y los cerdos para la carnicería.

La finca donde nací, crecí y aprendí a labrar la tierra queda bastante lejos de esta población. Para ir allá debe tomar un bus escalera que lo conduce en dos horas y media a la vereda La Granja, y de ahí debe coger una mula y emprender por el camino de herradura que lo lleva hasta la finca; dicho trayecto dura unas seis horas.

Esta finca es famosa y conocida porque desde la cima de una montaña, mucho antes de llegar, se divisa a lejos una casa grandísima pintada de blanco y rodeada de verdes potreros. Esta casa la construyó mi padre que era un gran carpintero; la hizo toda en madera aserrada y bien tallada. Construyó el piso, las paredes, el techo y las diez habitaciones, que eran necesarias para una familia tan grande como la mía.

Nuestros padres se sentían muy orgullosos de ser campesinos. La gente los quería y admiraba porque en su época de prosperidad sabían servir a los demás y compartir con los vecinos algunos productos de la finca, como por ejemplo la leche; recuerdo que en las frías madrugadas, a la hora de ordeñar las vacas, llegaban presurosos con un recipiente para llevárselo lleno de leche, pues no todas las fincas aledañas administraban ganado.

Mis padres, mis hermanos y yo vivíamos felices y en paz. Yo tuve una infancia muy agradable. Cuando fuimos adolescentes, mi padre nos enseñó a trabajar en la finca. Mis hermanas mayores y mi madre se encargaban de cocinar, asear la

casa, cuidar los pavos, las gallinas y los cerdos. A mis otros hermanos hombres y a mí nos tocaba sembrar, desmalezar y recoger las cosechas de maíz, fríjol, cacao, café y yuca. Mi padre era un experto en el tema de la ganadería, cuidaba de sus ganados con toda la dedicación y el empeño, y por eso se decía en la región que las mejores reses eran las de nuestra finca.

Yo soy el número siete de trece hermanos, y todo lo contrario a lo que dicen algunos, que cuando en una familia hay muchos hijos abundan las dificultades económicas, en mi casa logramos construir una finca hermosa llena de cultivos, caballos y ganado. Los frutos de las cosechas combinados con la ganadería generaban una muy buena fuente de ingresos, haciendo de esta finca la más próspera de la región.

Algunos de los muchos momentos alegres que recuerdo de mi juventud son los llamados paseos de olla que hacíamos a la quebrada Maniceros, que pasaba en medio de los cañaduzales de nuestra finca. Nos reuníamos los trece hermanos con los jóvenes de las fincas aledañas y hacíamos sancochadas de gallina, represábamos el agua y hacíamos un charco cristalino, donde podíamos nadar y divertirnos; además, si caminábamos unos metros quebrada abajo, podíamos pescar sabaletas y guachilejos, peces propios del clima caliente. Allí, en la quebrada, nos pasábamos todo el día domingo.

A mí desde muy niño me ha gustado trabajar. La verdad no pensaba que la escuela y que estudiar fueran cosas tan importantes, pero mi padre no pensaba igual que yo; él soñaba con darnos una buena educación, pero la escuela más cercana quedaba en la vereda La Granja, a seis horas de camino y por lo tanto nos era imposible asistir, no solo a mí y a mis hermanos, sino también a muchos niños que vivían cerca de nosotros. Entonces mi padre dijo un día: “Si ustedes no pueden ir a la escuela, pues que la escuela sea aquí, en esta casa, para eso tenemos suficiente espacio”.

Mandó una carta a Bogotá, a un programa de educación a distancia llamado Sutatenza, expresando que en nuestra región no había escuelas. El programa educativo escuchó la petición de mi padre y cada seis meses nos mandaban de Bogotá libros, talleres, cuadernos, lápices y también unos *longplays* que eran unos discos como los cd actuales, pero grandísimos, y contenían la explicación de cada tema a estudiar. Los escuchábamos en la radiola y los talleres realizados los enviábamos a Bogotá para ser calificados. Con los resultados también recibíamos las unidades siguientes de todas las materias que debíamos aprender. Así fue que casi todos mis hermanos estudiaron lo que corresponde a la básica primaria.

Mi casa se convirtió en una escuela, porque invitábamos a los niños vecinos para que mis hermanas Socorro, Teresa, María Julia, Rosmira y

Estela les enseñaran a leer y a escribir, pues fueron ellas, mis hermanas, las que sí aprovecharon la oportunidad de aprender. Yo no quise estudiar, me divertía más montar a caballo y recoger el ganado, pensaba que estudiar no era necesario para la vida. La escuela perduró por varios años hasta que a mi hermana Rosmira le dio por casarse y luego a María Julia. Todas se casaron, quedando solo Socorro, mi hermana mayor, quien un día no quiso continuar con el proyecto porque había muy pocos niños.

Mucho tiempo después, aproximadamente en el año 1994, escuchamos el rumor de que a la región habían entrado algunos armados al margen de la ley. No pensamos que fuera cierto, aunque muchos comentaban, nunca los habíamos visto. Hasta el día en que una mañana muy temprano apareció en el patio de la casa un grupo grande de personas, hombres en su mayoría, uniformados y fuertemente armados. Sin saludar, procedieron a explicarnos con brevedad que su función y su misión eran combatir a la fuerza pública, según ellos para defender sus ideales. Fue esa la primera vez que me tocó ver a un grupo armado rebelde, de ahí en adelante se nos hizo cotidiano encontrarnos con estos grupos cuando transitábamos por los caminos de la vereda y de las aledañas.

Con la presencia de estos grupos armados en la región, la gente se llenó de miedo y empezó a abandonar sus fincas; unos fueron obligados y

otros lo hicieron por temor, ya que estos personajes reclutaban jóvenes para sus filas, por eso todos los padres temían por sus hijos e hijas. En mi familia esta situación no pasó inadvertida; cada uno de mis hermanos tomó un rumbo diferente. En la casa, con mis padres, quedamos seis hermanos: Socorro, William, Toño, Salomón, José y yo. William, que es el menor de todos, el más joven, más aventurero, más soñador, no lo pensó dos veces para marcharse, se fue hacia Risaralda porque en Pereira tenía algunos amigos que le ayudarían a conseguir trabajo. Días después Toño se fue para Medellín con la misma intención de trabajar, allí se casó e hizo su vida, a diferencia de mí que no me casé ni tuve hijos.

José, Salomón y yo decidimos no marcharnos porque trabajar la tierra era y es aún nuestra única profesión; además, pensamos en nuestra madre; no quisimos dejarla sola, porque desde la muerte de mi padre, en enero del año 2000, ella no logró reponerse, se le notaba en su rostro la tristeza que produce la ausencia de sus hijas y de sus hijos; vivía con la nostalgia de ver cómo la gran finca próspera que un día tuvo se iba quebrando cada día por las plantaciones de minas antipersona en los caminos y potreros, era muy difícil trabajar tranquilo.

A pesar de todo, allí hemos sobrevivido y el amor que le tenemos al campo y a nuestra tierra nos ha ayudado a afrontar los momentos difíciles,

como el minado de las entradas principales de la finca y también de la bonita quebrada de la que les contaba al comienzo de mi historia. Nos tocó ver con mucha tristeza cómo un amigo de toda la vida llamado Mario cayó en una mina mientras recogía su ganado en su finca que era vecina de la nuestra. Él fue trasladado por su familia a Medellín, y después de recibir atención médica y terapias logró reponerse y seguir con su vida, aunque ya nada vuelve a ser igual.

Pues bien, hablando de minas les cuento que aquella tarde del día 27 de febrero del año 2008, por ser fin de mes y como de costumbre, emprendí el camino que conduce al corregimiento de La Granja, con el propósito de hacer el mercado. Había recorrido un trayecto extenso y aproximadamente a las dos de la tarde di un paso y no supe qué pasó. Desperté un largo rato después y aún no sabía qué pasaba. Me encontraba en un gran hueco y a mi alrededor había ramas despedazadas, sangre y tierra removida.

Pensé que podía levantarme, hice el intento y fue entonces cuando descubrí con horror que mi pierna izquierda estaba destrozada, hecha tiras y el hueso sobresalía, estaba totalmente descarnado. No sabía qué hacer y como no me podía parar, cogí mi machete que estaba a un lado y procedí a cortar las tiras de carne que colgaban de mi rodilla y las puse a un lado. Luego me recosté y no supe nada más de mí.

Al día siguiente desperté y vi que la pesadilla continuaba. Estaba lleno de sangre y la sed me desesperaba hasta el punto de alucinar que me encontraba en un fresco y cristalino charco de agua y que podía beber, cogía a puñados el líquido que me empapaba y lo bebía. Trataba de dormirme o mejor de morirme para no soportar el dolor tan inmenso que sentía. Me invadieron las moscas y las hormigas, y yo trataba de espantarlas con las ramas que podía alcanzar; miraba hacia el cielo y solo veía muchos pájaros que pasaban. Había perdido las esperanzas de que alguien me rescata- ra, pues por la violencia las trochas y los caminos permanecen solitarios.

Cuando ya estaba casi en mi último aliento, que me costaba hasta respirar porque ya había pasado 48 horas al sol y al agua, escuché que alguien me llamaba con voz fuerte: “Enrique, Enrique”. Aunque pensé que seguía alucinando, traté de responder pero no pude, no tuve fuerzas, solo pude levantar una mano para decirles que estaba vivo. Di gracias a Dios cuando abrí mis ojos y vi a mi cuñado, el esposo de mi hermana Rosmira, y a mi hermano Salomón. Aterrados, se me acercaron y me dieron agua de panela con leche. Mientras tanto mi hermano vomitaba, lloraba y se apretaba el pecho por el terror que le producía verme tan herido y por el olor nauseabundo a carne podrida.

Me dejaron allí y salieron a buscar ayuda, y poco después llegaron con cuatro hombres más

para sacarme. Entonces mi cuñado cortó dos palos y con un costal que llevaba hizo como pudo una camilla improvisada y en ella me sacaron de aquel horrible hueco en el que me encontraba. Me llevaron al centro de salud de la vereda La Granja, que de allí queda a tres horas de camino. Solo me hicieron un lavado superficial para sacarme algunos gusanos y la tierra que tenía en lo que quedaba de mi pierna.

Después de ponerme suero, me trasladaron en ambulancia a la ciudad de Medellín. Antes de partir, pude ver a mi madre que se me acercó para darme la bendición. Ella pidió que la llevaran para despedirse de mí; estaba pasmada, no podía ni hablar y yo le dije que no llorara, que yo iba a estar bien y me respondió: “Yo no estoy llorando, porque de todo lo que he llorado ya no tengo lágrimas”.

Llegué a Medellín el primero de marzo del 2008 a las seis de la mañana. Allí, me intervinieron quirúrgicamente para detener la infección. De mi pierna solo quedó la mitad de mi muslo. Estuve catorce días hospitalizado en el Hospital Universitario San Vicente de Paúl. Mi hermana Rosmira me visitó todos los días y se hizo cargo de mí. También me visitaron Estela y Toño, porque ellos viven acá en Medellín.

Allá, en el Hospital San Vicente Paúl, recibí todas las terapias. La física consistía en aprender a caminar con muletas y luego con la prótesis que me donó la Cruz Roja Internacional; además,

hacíamos mucho ejercicio. La terapia psicológica me ayudó a aceptar la realidad de la nueva vida que me tocó comenzar; entendí que es verdad que me falta una pierna, pero aún estoy vivo, y mientras haya vida hay esperanza. Mi hermana Rosmira me enseñó a conocer esta ciudad que al principio me parecía enorme y difícil, pero poco a poco he ido aprendiendo a salir solo. Ya no uso muletas, porque manejo bien la prótesis, solo llevo conmigo un bastón.

¡Ah! Pero me faltaba contarles algo que aunque es cierto parece de ficción, es como para no creer. Cuando yo me accidenté en aquella montaña, otro de mis hermanos, Argemiro, quien había regresado a la casa después de muchos años, se encontraba en la finca cuando de pronto escuchó a lo lejos una gran explosión, y como sabía que yo estaba de camino temió por mi vida. Salió corriendo dizque a buscarme, pero para el lado contrario de donde yo estaba, pues el eco proyectó el sonido al lado contrario. Pensó que yo había caído en alguna mina cerca a la quebrada Maniceros. Él me llamaba asustado y en su afán por encontrarme, adivinen qué pasó: con su machete activó sin querer una mina que al explotar le ocasionó múltiples heridas en el cuerpo, las manos y la cara. Esto lo supe un día después. Era lunes cuando él llegó al mismo hospital después de ser remitido desde el hospital de Ituango en ambulancia, aunque no tan grave como yo. Él se recuperó y regresó después a la finca.

Como esta violencia parece no terminar, el 7 de enero del año 2009 a las ocho de la mañana, mi hermano Salomón se encontraba desmalezando cuando cayó en una mina que igual que a mí le destrozó la pierna izquierda. A él los compañeros de trabajo y su hijo lo llevaron al centro de salud de La Granja. Desde allí un helicóptero de la Cruz Roja Internacional los trasladó a Medellín. En estos momentos está en rehabilitación. Los dos vivimos en la casa de Rosmira. Ella lo cuida como lo hizo conmigo y lo lleva a todas las citas y terapias.

En fin, a mí esta dura y dolorosa experiencia me ha traído una enseñanza importante para la vida. Comprendí que existir es maravilloso, que hay que tener siempre el coraje para querer salir adelante, para sobreponerse de las adversidades y continuar con optimismo, con empuje como decimos los paisas, porque la vida es una sola y hay que vivirla con alegría. Dios me ha dado otra oportunidad y pienso aprovecharla, seguir caminando siempre hacía adelante aunque sea con un solo pie.

A Rosmira, mi hermana, quien fue la primera persona que vi en el hospital cuando desperté de la anestesia, la que me alojó en su casa, me cuidó, me ayudó en el proceso de recuperación, me tuvo paciencia y me animó cuando me encontraba deprimido; la que ahora se hace cargo de Salomón, la que lucha cada día para sacarlo de la depresión y lograr su recuperación, cuando uno le pregunta qué piensa de todo esto y cuál ha sido su experiencia ella dice...

María Rosmira

También a mí me ha cambiado la vida en estos últimos dos años. Yo he vivido aquí en Medellín desde hace unos quince años. Aquí saqué adelante a mis cuatro hijos, y con la ayuda de mi esposo les dimos el estudio hasta cuando ellos quisieron. Cuando ya crecieron cada uno decidió formar su vida aparte.

Hace cuatro años vivo sola con mi esposo, y nunca imaginé que me iba a tocar vivir una situación tan dolorosa y difícil desde el 1° de marzo del año 2008. Ese día recibí la llamada de mi esposo desde La Granja, Ituango, avisándome que él, Salomón y otros ayudantes habían sacado a mi hermano Enrique de una montaña, donde lo habían encontrado moribundo y que lo habían trasladado para Medellín en ambulancia, al Hospital San Vicente de Paúl.

Esta llamada fue un duro golpe para mí. Me quedé muda, ni siquiera pude preguntarle a mi esposo cómo se encontraba. Él me explicaba cómo le había tocado treparse por una montaña húmeda y oscura, corriendo el riesgo de caer también en alguna mina. Solo contó con la compañía de Salomón para ir en busca de Enrique, nadie más se atrevía a entrar en estos terrenos boscosos y presuntamente minados. Mi esposo se encontraba en la vereda La Granja porque había viajado a visitar a su familia, que también es campesina como la mía.

Yo, sin responder ni escuchar nada más, colgué

el teléfono, me arreglé y salí corriendo a tomar un taxi para ir al hospital. Al llegar, entré presurosamente y pregunté si ya lo habían ingresado, y me dijeron que aún no había llegado la ambulancia. Entonces caminé hacia afuera y me senté en una banca de madera. Allí espere unos veinte minutos, cuando vi entrar una ambulancia presentí y supe que esa era la que traía a mi hermano, porque estaba impregnada de polvo hasta las ventanas, como todos los carros y buses que viajan desde los pueblos.

Me acerqué temerosa con la intención de preguntar o confirmar mi sospecha, pero me fue imposible porque los enfermeros y camilleros invadieron el lugar y me pidieron que me retirara. Entonces fui otra vez a información y me dieron que sí, que acababa de llegar y que lo llevarían directo a cirugía. Fui a sentarme en la sala de espera a pedirle a Dios que todo saliera bien.

Tres horas después, salió el médico cirujano y pude hablar con él; me explicó que todo había salido bien y que más tarde podría ir a verlo. Volví otra vez a mi silla y de pronto me di cuenta de que en medio de mis afanes había olvidado darles la noticia a mis dos hermanos que vivían cerca a Medellín, Estela y Toño. Cuando les conté se asustaron mucho, pero yo les dije que a pesar de todo lo que había pasado, Enrique seguía con vida y eso era lo importante.

Una hora después, el médico me informó que Enrique ya había despertado y que ya podía ir a

verlo. Me puse contenta pero estaba muy nerviosa. Mientras atravesaba los largos pasillos, pensaba y me daba mucho miedo porque no sabía con qué me iba a encontrar en aquella habitación, pues él y yo llevábamos quince años sin vernos, y tampoco sabía qué otras heridas le había ocasionado la mina además de la pérdida de su pierna.

Cuando llegué, entré en silencio, me acerqué a él y vi que efectivamente estaba despierto. Lo saludé, pero él no me respondió, me miraba fijamente como si no lograra reconocermelo, entonces deduje que aún no se reponía del todo de la anestesia. Empecé a hablarle, a decirle que no se preocupara, que después de lo que había pasado estar con vida era un milagro, que si aún no podía hablar no se esforzara en hacerlo. Le pedí una gasa a la enfermera para limpiarle las orejas que las tenía llenas de tierra, los párpados, el cuello y la cara.

Unos minutos después, empezó a hablarme lentamente, tratando de contarme lo que le había sucedido. Tenía un aspecto terrible: se veía cansado, enfermo y tenía una palidez que daba miedo, estaba blanco como un papel. Me quedé con él hasta cuando el médico me lo permitió, más o menos una hora. Pudo contarme que mi madre estaba bien, pero que se aterrorizó cuando lo vio en el centro de salud de La Granja con la pierna hecha hilachas.

Luego me fui a mi casa a descansar y así terminó ese día domingo tan difícil. Al día siguiente, madrugué y me fui para el hospital a solicitarle al

médico que me permitiera quedarme con Enrique para cuidarlo, y cómo les parece que me enteré por boca del mismo médico que mi otro hermano, Argemiro, se encontraba en observación porque acababa de llegar remitido de Ituango, pues también había sufrido un accidente por mina antipersona. El médico me acompañó hasta donde él estaba, y vi que tenía esquiras por toda la espalda, las manos y la cara. Aunque lo vi muy mal, me alegró saber que no había perdido ninguna extremidad.

Gracias a Dios, Miro, como le decimos sus hermanos, se recuperó rápidamente. Le dieron de alta al día siguiente y lo llevé para mi casa, donde su compañera sentimental lo cuidaba, mientras yo visitaba a Enrique en el hospital, quien también recibió la visita de los primos, los amigos y los familiares que viven en Medellín.

Un mes después del accidente, le dieron de alta y lo llevé para mi casa. Empecé a sentir que me era muy difícil sostenerlos económicamente, entonces pedí ayuda en la Cruz Roja y cada tres meses me colaboraron con un mercado; además, me reponían los pasajes que utilizaba para llevarlos a las citas y a las terapias.

Miro regresó a trabajar en la finca y Enrique ya terminó todas las terapias, tiene su prótesis y camina solo con un bastón. Yo me siento muy feliz de ver cómo salió adelante y siguió con su vida.

Ahora estoy cuidando a mi otro hermano Salomón, quien este año, el siete de enero, fue víctima de otra mina antipersona.

Salomón

Ese día del año 2009, yo me encontraba en la fina Maniceros. Eran las siete de la mañana cuando salí de la casa dispuesto a iniciar mi trabajo como todos los días. Iba acompañado de mi hijo Gildardo, mi hermano José y mi sobrino Edwes, quien se encontraba allí sólo de visita, porque él vive Santa Rosa de Osos con sus padres y hermanos; él es hijo de mi hermana María Julia.

En fin, esa mañana íbamos caminando tranquilos. Después de media hora de camino, ya habíamos pasado por los cañaduzales, también habíamos cruzado la quebrada Maniceros y una mini quebradita que desemboca en la quebrada grande. Hasta ese momento, teníamos planeado desmalezar un potrero muy grande y por eso íbamos los cuatro. Delante de mí, iban Edwes y Gildardo; ellos caminaban más rápido que yo, pues son jóvenes de 16 y 17 años con toda la energía para correr y hacer todas las bromas posibles. José y yo íbamos unos diez metros atrás de ellos. José también se me adelantó un poco y cruzó la quebradita. Cuando yo intenté cruzar, di un paso y sentí que había pisado algo blandito, como de caucho porque se me hundió el pie en la arenilla de la quebrada; me pareció extraño pero no tuve tiempo de mirar lo que pisaba. Solo vi que los árboles a mi alrededor se iluminaron de un color azul, como cuando cae un rayo, además así sentí el sonido de esa explosión; los oídos me chirriaban

y todo lo veía oscuro, como encandelillado, luego sentí que caía al suelo.

Vi que mis acompañantes se devolvieron corriendo hacia mí para ayudarme, yo les gritaba que no se acercaran, porque temía que otra cosa de esas pudiera explotar y hacerles daño. Ellos, al escucharme, se quedaron pasmados, no se movían ni hablaban. Desde el suelo, vi que a mi sobrino lo había alcanzado una esquirla, produciéndole una cortada en la cabeza, y mi hijo tenía la espalda llena de tierra y la camisa llena de huecos por la parte de atrás. A José no le pasó nada, aunque iba más cerca de mí.

Pasaron diez minutos, y José se inventó una forma para sacarme: tendió un palo en el camino y después de pasar por ahí me agarró de la mano y me recostó en la otra orilla de la fuente.

Yo me deslicé hasta meterme en el agua, porque esa pierna, que me quedó mocha casi por la rodilla, más que dolerme, me ardía, me quemaba como candela. Me quedé dentro del agua esperando sentir alivio y no dejé que me movieran de allí. El agua fría me ayudó a entumecer la herida, si así se le puede llamar a esa monstruosidad. José con su machete me cortó el pantalón desguazado hasta el muslo y procedió a estancarme la sangre dizque con unos secretos que él se sabe.

En el agua me quedé como una hora. José hizo una trocha por el monte para trasladarme en su espalda hasta otro potrero cercano, pues era

obvio que por ese mismo camino no se podía transitar más. Me llevaron a un antiguo saladero de ganado con un techo pequeño de zinc que cubría una canoa de madera, donde anteriormente le dábamos al ganado sal o melaza. Con el tiempo, la canoa se pudrió y solo quedó el techo, el cual me dio sombra por tres horas.

Edwes se amarró la camisa en la cabeza para parar el sangrado de su herida y se fue para otra finca llamada El Popal a buscar ayuda. Mi hijo se quedó junto a mí, cuidándome. Como yo no aguantaba el dolor y el ardor, le pedí que con un tarro plástico que encontramos en el saladero me trajera agua fría de la quebrada y me la echara en la pierna mocha y en la otra que también me quedó con muchas heridas y quemaduras.

José había subido a la casa a buscar el caballo, y rato después regresó con el caballo ensillado, con unas improvisadas vendas y una sábana, también vino acompañado por Edwes y otro ayudante. Con la sábana hicieron una camilla, porque yo me sentía incapaz de sostenerme en el caballo. Me subieron en la camilla y emprendieron el largo camino hacia La Granja. Eran como las tres de la tarde. En el camino se turnaban para cargar mi camilla. Hasta que llegamos a una finca llamada Las Mellizas, donde pedimos agua, linternas y más ayuda.

Entramos a La Granja a las tres de la mañana, lo sé porque llegando al pueblito se escuchaban cantar los gallos. En el centro de salud de La

Granja me pusieron suero, me lavaron un poco las heridas, me pusieron gasas y me cambiaron las vendas que mi hermano me había puesto. Después me llevaron en ambulancia a Ituango, donde un helicóptero me recibió y me trasladó a Medellín. En el Hospital San Vicente de Paúl me hicieron las cirugías necesarias para mi recuperación. Aún estoy asistiendo a terapias físicas y psicológicas para que me puedan dar la prótesis. Vivo en la casa de Rosmira, mi hermana, y mi madre y otros familiares me llaman por teléfono de vez en cuando para saber cómo estoy.

Rosmira se ha encargado de todos los trámites que debo hacer por ser víctima de mina antipersona, y también me lleva a todas las citas y terapias. Sé que para ella todo esto ha sido muy difícil, porque desde mi llegada no ha podido trabajar por estar pendiente de cuidarme y de llevarme a todas las citas médicas, pues yo no conozco la ciudad y no sé desplazarme solo de un lugar a otro.

Rosmira

Yo vivo muy angustiada pensando cómo voy a conseguir los pasajes para ir a las citas, pues la Cruz Roja me subsidia la mitad y lo otro debo conseguirlo como pueda. Mi esposo y yo tenemos en el solar de la casa un cultivo de coles y de cebollas que recogemos y vendemos todos los días. Con el poco dinero que juntamos debemos hacer milagros para que alcance para la comida, los servicios y los pasajes. Pienso que es Dios quien nos

provee cada día lo necesario, pues con su ayuda hemos sobrevivido todo este tiempo.

Estos acontecimientos me han parecido muy terribles, dolorosos, tristes, deprimentes y todo lo demás. Pero yo no puedo darme el lujo de cansarme o de bajar la guardia; me toca pedirle a Dios todos los días que me conceda el valor para afrontar lo que se venga cada día.

La finca sigue contaminada con esas malditas minas antipersona. Mi hermano Argemiro y mi hermano José siguen viviendo en la casa, y para evitar más tragedias ya no caminan por los caminos de herradura, tienen que ir por las orillas, pues todas las entradas a la finca están minadas.

Yo tengo la ilusión de ver a mi hermano Salomón totalmente recuperado, quiero que salga adelante y se defienda en la vida por sí solo, como lo hace mi otro hermano Enrique. A Salomón la vida le ha cambiado mucho. Aunque su salud física es mejor, su estado de ánimo es muy variable: unos días amanece optimista y otros permanece sentado, no le habla a nadie y no hace los ejercicios que le manda el terapeuta. Pero mientras yo tenga vida y salud seguiré luchando para ayudarlo y animarlo, porque en ocasiones pienso que a Salomón se le ha perdido o mejor le han quitado la alegría de vivir; él se siente desplazado de su tierra, de su casa, de su campo, de su hijo y de su vida normal.



© Rosmira, Luis Enrique y Salomón

En la memoria de los hermanos Chavarría Mesa perduran los mejores años de su infancia y de su adolescencia en las montañas de Ituango. Los sancochos con sabor a leña que preparaban en los paseos de olla, las sabaletas que atrapaban en las aguas transparentes de la quebrada que rodea sus tierras y las clases de lectura y matemáticas que las hermanas mayores dictaban en la sala de la casa, son algunas de las historias que hoy comparten con sus hijos y con sus nietos.

Esta familia se refugia en sus recuerdos para mitigar las tristezas que una guerra absurda y ajena trajo a sus vidas. Ni ellos mismo pueden creer que la desgracia los golpeó tres veces. Las minas antipersona los cercaron en su propia tierra hasta convertirlos en víctimas.

Luis Enrique, Argemiro y Salomón dejaron la finca El Jordán, que tanto querían y que era el orgullo de sus padres, para sanar las heridas del alma y del cuerpo en la casa que su hermana Rosmira comparte con su esposo en la ciudad. Ella los cuida con la dedicación y el cariño de una madre, y guarda la esperanza de que muy pronto van a recuperar la paz y la tranquilidad a la que estaban acostumbrados.



Ilustración por Carlina Borja Domicó, en los talleres de escritura.

Con los Emberá se quedó el ruido del viento

Carlina Borja Domicó

Primero: Porroso

Porroso, una comunidad de completa tranquilidad, porque en el campo se vivía muy bueno con suficientes cultivos alimenticios; los ríos, con mucho pescado; animales para cazar y comer en las montañas.

Porroso queda a media hora de Mutatá en canoa. La comunidad, a tres horas de la carretera río arriba. El camino hacia la comunidad al comienzo es potrero, camino de herradura; se encuentran varias cañadas o quebradas. En partes hay bajadas y subidas. El clima es cálido, ni muy frío ni muy caliente.

Cuando se acerca a la comunidad se ven las casitas o sea los tambos. Estos tambos están a una altura de dos metros o más de la tierra, con techo de paja, piso en macana, que es sacada de la palma. Después de que uno coge el camino hacia la comunidad, a los veinte minutos se encuentra con

la primera quebrada que se llama El Duende. La llaman así porque decía la gente que por ahí salió un niño negrito y que era un duende que a veces lo escuchaban llorando en las noches.

Cuando mi niñez, vivir en esta comunidad era de completa paz y tranquilidad. Nos juntábamos más de quince vecinos para correr y trepar en los árboles imitando los distintos animales del campo, sus cantos, entre otros.

No conocíamos el sonido de un arma de fuego, sino los cantos de los pájaros, el ruido del viento.

No conocíamos una pistola, una granada, un fusil. No conocíamos al ejército ni a la guerrilla.

Mi vida de niña en el campo fue lo más bonito de toda mi existencia.

Mi niñez como indígena fue muy bonita, porque la educación que recibí de mi madre es algo que todavía conservo: cómo saber cuidar un niño y darle amor, respetar a los mayores, saber tejer, cargar, conservar mi cultura, saber que hay un Dios para todo.

Soy emberá katío. El vestuario de nosotros los emberá katíos es muy bonito, una paruma que va envuelta en la cintura como una falda y una blusa elaborada en telas de distintos colores fuertes y adornada con trencilla. Algo que me da tristeza es que nunca aprendí a bailar ni a cantar los cantos tradicionales, porque es una de las cosas más bonitas de la cultura.

Segundo: La guerra

Porroso, hoy un territorio de conflicto donde los grupos armados hacen masacres, amenazan, desplazan, secuestran, violan. Porroso, una comunidad donde hay hambre, conflictos internos, muchos niños desnutridos, suicidios.

A las instituciones y a mucha gente les da miedo visitar esta comunidad, que es una de las más afectadas por la violencia. Yo hace más de ocho años no voy a esta comunidad por miedo. Los niños escuchan un tiro o algo que suene parecido y se quieren morir de miedo. Saben que los malos están peleando; así les llaman a los combates.

En años atrás, cuando yo vivía en Porroso, nunca escuché hablar sobre minas, hoy este territorio se volvió temible caminarlo, porque hay minas por casi todo el territorio por donde transitan las comunidades.

Fue hace más de diez años cuando por primera vez me dijeron que una bomba o mina había matado a indígena; era un niño, no recuerdo cuántos años tenía; yo apenas comenzaba a liderar el proceso de la organización indígena en el municipio de Mutatá.

Para un indígena ser líder de una comunidad y dirigir a su pueblo, no tiene que hacer campaña. La comunidad es quien por consenso nombra a su representante. Cuando uno menos espera lo nombran y uno tiene que asumir; le dicen a uno:

“Es usted porque todos queremos que sea usted”, y uno acepta, pero no porque uno se busque ese trabajo. Para profesor y para cualquier cargo en las comunidades indígenas es así. Te nombran líder por tus capacidades de mediar ante instituciones y otros.

En compañía de otros indígenas, fui al lugar donde sucedió la tragedia. Me dio mucha tristeza y miedo, porque no encontré el cadáver del niño y los padres decían: “Él desapareció”. Buscamos alrededor de la explosión y solo encontramos unos mechones de pelo. Nunca pude entender cómo una bomba puede desaparecer un cuerpo. Era el comienzo de mi liderazgo.

Ver sufrir a esta madre indígena, humilde, sin nada que ver en la guerra de los alzados en armas, fue algo que me marcó, porque nunca se me olvida lo que vi ese día. Aunque pusimos la denuncia a las autoridades competentes nunca supimos más nada.

Al poco tiempo, los padres del niño desaparecido por esta bomba o mina terminaron separándose porque se culpaban el uno al otro de la muerte del niño, y hoy desconozco el rumbo de esta pareja que sufrió esta desgracia que los obligó a marcharse de Porroso.

Allá mismo, hace unos cinco o siete años, una mañana salió una familia indígena a trabajar para sembrar cultivos alimenticios: el papá, el hijo de trece a quince años y un cuñado del papá. Estaban *voliando* machete cada uno en su tajo; al niño le

explotó una mina, le destapó el estómago y lo mató. El papá quedó gravemente herido y le hicieron una cirugía. El cuñado sufrió heridas leves. Yo seguía como dirigente indígena de las comunidades del municipio. Lógicamente, me tocaba hacerme cargo de este caso tan aterrador. Según me contaron después, fue que el niño con la rula le pegó a algo en la tierra.

Los familiares del niño no lo querían sacar para el pueblo pero yo los convencí de que era obligatorio hacerlo porque se le haría un levantamiento. Hice lo que me competía como líder: denunciar, conseguir el transporte para moverlo. Mandé una comisión de indígenas hasta el lugar de los hechos para que lo pudieran sacar a la carretera. Allí, yo y otros compañeros indígenas esperábamos, como también estaban los de Fiscalía para hacer el levantamiento. Cuando trajeron al niño, yo vi mucha sangre y algo como que se le salía, porque al explotar la mina lo abrió, entonces yo no quise arrimar sino que me fui para el pueblo, para Mutatá. Había más gente ahí: los líderes indígenas, una comisión que había bajado el cadáver y otra comisión que trajo el cadáver que era el que se estaba demorando.

En el momento del levantamiento no fui capaz de ver al niño; fui a ver a los compañeros heridos en el hospital. Ellos eran de mi familia también. El nombre del niño no lo tengo, los otros eran José Flavio Domicó, papá del niño, que es el primo mío,

y el cuñado de él que lo llamaban El Loco.

En el hospital vi a José Flavio; estaba lleno de quemaduras, de huequitos, se estaba hinchando. El médico decía que había que echarlo inmediatamente para Apartadó, porque había que hacerle cirugía, porque de pronto se le estaba llenando el estómago de sangre. El otro señor también tenía un poquito de piedritas en la cabeza, pero ese no estaba tan mal.

José Flavio me vio y se puso a llorar... Que el niño se había muerto y que parecía que él se iba a morir. Al verlo así yo sentía muchas cosas encontradas. Uno no sabe si darle miedo o tristeza, de todo. Ese momento es horrible. La policía también encima preguntado qué había pasado y yo diciendo que el niño se había parado en una mina, y la Policía diciendo que si sabíamos quién la había puesto; yo decía que no, qué va a saber uno con tanta gente, eso que es un corredero de todo mundo. Por ahí pasan autodefensas, guerrillas, ejércitos y se agarran. ¡Han hecho unas masacres!

La familia de José Flavio se desplazó por un tiempo hacia la cabecera municipal. Perdieron los cultivos, los animales, la casa. La comunidad se dispersó después de que ocurrió este hecho. Las pocas familias que siguen hoy en esta comunidad están desplazadas, porque no viven en sus territorios sino en unas tierras vecinas de más campesinos que también fueron desplazados por la violencia.

No hay tranquilidad para vivir ni para trabajar, porque viven pendientes de que en cualquier momento tienen que salir corriendo. Siempre están caminando a su alrededor los grupos armados. Después de todo esto que ha pasado la gente sufre mucho de hambre, los indígenas están muy mal de alimentos, porque casi no cultivaban por lo que están pendientes de salir corriendo. Están de aquí para allá y así no se puede sembrar.

Tercero: Hoy

Yo he recogido a mis hermanos indígenas asesinados por distintos grupos armados, también a mi padre que fue asesinado por las autodefensas hace doce años. Desde la muerte de mi padre me hice responsable de mi hermano que sólo tenía ocho años y de mi hermana que tenía once años, hermanos por parte de mi padre con otra pareja que no era mi madre. La madre de mis hermanos había muerto en años anteriores. Hoy vivo con mi familia en la ciudad y soy desplazada.

No pude cumplir mi sueño de estudiar mayor cosa y hacerme profesional, por la plata que no me alcanzaba para darles educación a mis hermanos y prepararme yo.

Soy desplazada por amenazas de la guerrilla y hasta de los mismos líderes indígenas a los que les di más de catorce años de mi vida ayudándolos.

Carlina en Medellín, o sea yo, ¿cómo estoy viviendo?, ¿cómo estoy sobreviviendo? Cuando

llegué en mayo del 2008, comencé trabajando en la Organización Indígena de Antioquia, OIA. Trabajé hasta diciembre 19 del 2008.

Al principio llegué a vivir al barrio Boston, donde una amiga. Luego me pasé para donde otra amiga, en Niquía; luego me fui para Prado Centro, donde otra amiga. Los primeros cuatro meses me los pasé caminando de casa en casa con mi hija, porque no conseguía apartamento por falta de un fiador y porque lo que me pagaban en el trabajo no me alcanzaba para pagar casa, pasajes, comida, para mí y mi hija.

En septiembre, Nury, una amiga, me colaboró como fiadora para arrendar un apartamentico en Prado Centro, pero no teníamos nada ni en qué dormir; así nos mudamos a pasar todas las dificultades, pero mientras tanto mi mamá y mi otra hija seguían en Mutatá también pasando necesidades porque yo era la que entraba la comida y todo a la casa.

Después me dijeron que mi mamá estaba muy enferma. Decidí que mi madre y mi otra hija se vinieran de Mutatá a estar conmigo aquí en Medellín como Dios nos permitiera, porque hasta el trabajo me lo quitaron, porque según ellos yo tenía problemas y no podía seguir trabajando en la OIA. Quiero decir que también la OIA me quitó el apoyo de darme un mínimo trabajo.

El padre de mis hijas comenzó a mandarles una platica y yo arrendé la casita de Mutatá y con esos recursos conseguí una casita arrendada

donde hoy estoy con mi familia, que son dos hijas, mi mamá y una sobrina de cinco años que siempre ha vivido conmigo.

Llevo ocho meses viviendo en Medellín. Solo Dios sabe cómo vivo con mi familia. Soy madre cabeza de familia. No tengo trabajo. Vivimos en una condición muy regular.

Sueño con conseguirme un trabajo y estudiar una carrera para sacar adelante a mis hijas.

En Mutatá tenía una parcela, y la comunidad ya me la quitó sin importar todos los gastos que le metí. Tenía unas vacas y también ellos se quedaron con ellas, y hoy no puedo ni siquiera ir a reclamar mis cosas.

Varios abogados me dijeron que demandara a la Organización Indígena de Antioquia, y lo hice, y de ahí resulta todas las cosas que han dicho de mí y los motivos por los cuales me han acusado y me han despojado de mis cosas y desterrado de mi pueblo son mentiras. Pero se descubrió esto por una tutela. Entutelé a los cabildos indígenas de Mutatá por la justicia ordinaria, porque como insistí tanto en la justicia indígena y no me le dieron salida, me vi en la obligación de poner la tutela, ya que también soy ciudadana colombiana y tengo ese derecho. Ya hasta vino el gobernador de allá muy preocupado porque el juez lo llamó. Eso los movió a ellos, porque internamente en nuestras comunidades, como en todo, hay conflictos muy malucos, pero eso no se saca, son problemas

internos y se manejan en la justicia indígena, pero a mí se me ha dado el espacio y yo puedo entutelar bajo la Constitución.

Espero que Dios no me abandone y me dé fuerzas para seguir luchando con mi familia. Tengo a mi cargo dos hijas, una sobrina de cinco años y a mi madre de 71 años.

Lo que más necesita una familia es tener una vivienda digna y tener comida.

Atentamente,
Carlina Borja Domicó.



© Carlina

Unas bolitas le cuelgan del cuello. Son rojas, azules y amarillas y, unidas por un hilo, forman una figura de sol que le recuerda el paisaje que era suyo: un río para pescar, un tambo para vivir, un sol y un Dios para adorar. Allí, Carlina Borja Domicó vivió los años más felices hasta que llegó la guerra y, con ella, las minas antipersonal que acabaron con la vida de sus hermanos indígenas, entre ellos dos niños que la misma Carlina tuvo que socorrer como líder del resguardo embera katío en Mutatá.

En su relato, Carlina describe con pasión los efectos del conflicto sobre la comunidad de Porroso de la que ella misma fue desplazada. Hoy vive en la ciudad y está desempleada. El día se le va en el cuidado de su familia y en la lucha por recuperar la tierra y los animales que, tras el abandono, fueron vendidos por las autoridades del resguardo.

Para la mujer, volver a Porroso significa la muerte, por eso trata de recuperar lo perdido desde Medellín, de la mano de la justicia indígena, pero también de la ordinaria lo que, cree, le dificulta que consiga un trabajo y un salario para sostener a su madre 76 años, y a sus tres hijas quienes, lejos de la montaña donde nacieron, solo tienen a Carlina que, ahora y en su segunda lengua, se estrena como escritora.

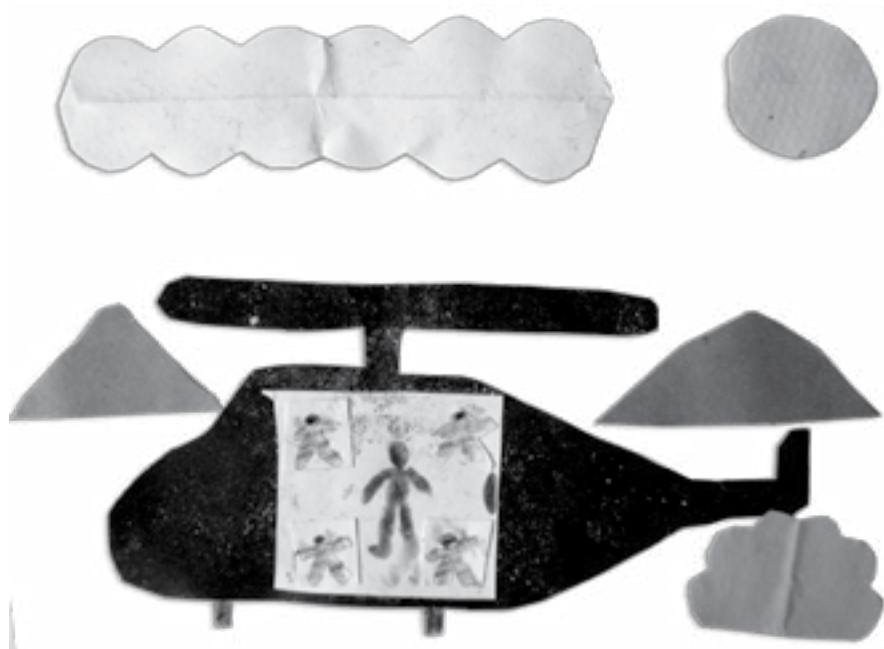


Ilustración por Jaime Enrique Uribe Restrepo, en los talleres de escritura.

Lo que queda de mi sangre

Jaime Enrique Uribe Restrepo

Este es el recorrido de mi vida, una vida llena de tropiezos, pero ninguno fue tan doloroso como la pérdida de mi hermano mayor.

Yo nací en el departamento del César, en el municipio llamado Valledupar, el 17 de noviembre de 1977. Mi madre es de La Guajira, mi padre es de Yarumal, Antioquia. Mi hermano nació en La Guajira, su padre era un guajiro. Cuando yo nací, mi hermano tenía cinco años. Mi padre había comprado una finca; él cultivaba las tierras, la verdad no sé qué sembraba, porque yo era apenas un bebé. De Valledupar tengo muy pocos recuerdos, solo lo que me dice mi mamá. Ella me cuenta que los hermanos Zuleta, los que cantan vallenato, me cargaban y jugaban con mi hermano y conmigo.

Transcurrieron cuatro, cinco o seis años, no me acuerdo muy bien, pero sé que en ese tiempo nos tocó salir corriendo de la finca porque iban a matar a toda la familia. Salimos con lo que teníamos puesto. Solo sé lo que me contaron mis padres: que cogimos un carro y luego un tren hasta

llegar a Medellín. Ahí llegamos donde mis abuelos paternos, nos quedamos unos días. Después llegó un primo de mi papá y le dijo que en el Nordeste antioqueño, en un municipio llamado Segovia, había mucho trabajo, que allá se explotaba la minería y que en ese tiempo había buena producción de oro. Mi papá, sin empleo, desubicado, salió con nosotros con lo poquito que nos acompañaba para Segovia.

Segovia es un pueblo muy bonito, rumbero, de mucho ambiente. Queda en un morro y la mayoría de las calles son lomas estrechas. El pueblo tiene una sola entrada, donde quedan la electrificadora y las bombas de gasolina. El clima es algo caliente y sus habitantes son humildes, trabajadores y borrachines. A pesar de la violencia y de los grupos armados que han asechado al pueblo, Segovia es un lugar agradable.

Allí pasamos unos días duros. Mi papá se rebuscaba como podía. Mi mamá le ayudaba vendiendo buñuelos y empanadas en un barrio llamado Marquetalia, porque el trabajo estaba muy duro; nadie nos conocía. Fue pasando el tiempo y mi papá fue conociendo personas; empezó a trabajar en las minas y fue mejorando nuestra situación económica.

Él es bajito, robusto, de pelo mono y ojos verdes. Tiene un genio de mil demonios, pero es buena gente, buen padre y muy trabajador. Mi mamá es un poquito más alta que mi papá;

trigueña, delgada, ojos claros y pelo negro. A veces es malgeniada, pero es una madre amorosa, cariñosa y comprensiva.

Yo empecé a estudiar y fue pasando el tiempo. Mi papá ahorró un dinerito y arrendó un negocio, un barcito propio y le iba muy bien. El bar quedaba en un barrio llamado La Cruzada, que es parte del municipio de Remedios, Antioquia, pero queda más cerquita de Segovia. El barriecito era grande, como un municipio. Mi papá estaba contento porque le estaba yendo bien, hasta que un día llegaron unos hombres al negocio y mi papá los atendió bien. Ellos eran ocho hermanos, les decían “los conejos”.

Los hombres bebieron toda la noche. Ya estaban ebrios y mi papá les cobró la cuenta y ellos le dijeron que no le iban a pagar. Entonces los hombres sacaron machetes y cuchillos. Lo agredieron con un machete y le tiraron un machetazo a la cabeza, pero mi papá lo esquivó y se fue rápido a la administración del negocio, cogió el machete que tenía y se prendió a pelear solo con los ocho hermanos. Más de una persona que vio el *bonche* decía: “¡Ave María, qué chaparrito tan bravo!”. Le tiraban a matar y él los esquivaba con su mismo machete. En la pelea, que fue como de la una a las dos de la mañana, mi papá hirió a cinco de ellos, los más graves fueron dos: a uno le mochó una mano y a otro le dio en la cabeza. A mi papá lo hirieron con un cuchillo en el estómago y a todos se los llevaron al hospital.

Mi papá se recuperó, entonces dejó el negocio porque vio que no le convenía. La gente de Segovia a veces era muy violenta, más cuando estaba borracha; en ese entonces había muchos peinilleros bravos. Con lo que sucedió, mis padres decidieron pasarse de barrio y nos fuimos para el centro, por el parque principal.

El tiempo transcurrió y mi papá se recuperó. Se metió en otro negocio, cogió una residencia llamada Residencias Nordeste, ubicada al frente del parque. Empezamos otra vez. Yo casi no comprendía lo que pasaba; estaba muy *pelao* y uno a esa edad no entendía las situaciones ni los problemas. Vivíamos bien. Ahí mi papá administraba y mi mamá hacía el aseo en las piezas y en los pasillos.

En el zaguán había una escalera, pues la residencia era de dos pisos. Un día, me subí a la escalera con una varilla de madera más larga que yo y me metí la punta en la boca. Mi mamá y mi papá me decían: “No te subás ahí porque te caés y te aporreás”. No les hice caso y maromeando me resbalé y me caí. Lo primero que tocó el suelo fue la tablilla porque era muy larga, y como yo tenía la punta en la boca me la enterré en el guar güero. Mi peso reventó la punta y caí botando un chorro de sangre por la boca. Mi mamá me vio así y metió un grito impresionante. Ahí mismo mi papá salió del baño envuelto en una toalla, me cogió y arrancó conmigo por la calle; yo bañado

en sangre y él en toalla. Me llevó al hospital y me sacaron la punta de la tablilla. El médico le dijo a mi papá que me había salvado de milagro porque un poquito más y me desnucó. Gracias a Dios me salvé. Después salí del hospital y empecé la recuperación. Casi no podía masticar ni tragar. Solo podía tomar líquidos, calditos. Eso queda de no hacerles caso a los padres.

Ya recuperado seguí con mi vida y mis padres con su labor normal en el negocio, hasta que un día llegó un señor, se hospedó en la residencia y se quedó varios días. Cuando se iba a ir, mi papá le cobró la cuenta y el señor le dijo: “No le voy a pagar”, entonces sacó un machete y agredió a mi papá. Él sacó una navaja multiusos pequeña, de cuatro dedos de larga, pero en ese momento era lo único que tenía a la mano y otra vez se prendió a pelear con el señor. Salieron a la calle. Mi papá bien bajito con una navaja y el señor muy alto con un machete. El señor le tiraba machetazos a mi papá y mi viejo los esquivaba. Como mi papá era bajito se le metió al señor por debajo de las piernas y lo hirió en el estómago varias veces. El señor cayó al suelo y la gente que estaba mirando lo cogió y se lo llevó al hospital. La Policía llegó para llevarse a mi viejo, pero los vecinos y los huéspedes hablaron a favor de él y no se lo llevaron a la cárcel.

Al tiempo, el dueño del local le dijo a mi papá que necesitaba el negocio y tuvimos que entregarlo y empezar de nuevo. Nos fuimos a vivir a un barrio

llamado Taparal. A los días de estar viviendo allá, yo estaba sentado en una acera y un joven en una bicicleta bajó a toda y por esquivar a un carro me atropelló y me arrastró unos metros debajo de las llantas de la bicicleta. Mi mamá salió desesperada conmigo en los brazos y un vecino que tenía carro nos llevó al hospital. Al otro día me dieron de alta y me tocó dejar de estudiar.

Mi papá empezó otra vez a rebuscársela y mi mamá empezó a vender empanadas. Vivíamos en el parque principal cuando llegó la noticia de que estaban invadiendo unos lotes. Mi papá fue, cogió un lote, lo encorraló con unos palos y con cabuya, y empezó a armar un cambuche. Después llegó la Policía y se llevaron a mi papá y a otras personas porque ese terreno era del cura. Cuando se fue la ley, mi mamá y mi hermano siguieron armando por las noches el ranchito de plástico. Mi hermano trabajaba noche y día haciendo banqueos y aplandando el terreno. Yo le llevaba el fresco y la comida.

A mi papá lo soltaron del calabozo a los ocho días. Cuando llegó a la casa, mi mamá le dijo que ella y mi hermano habían armado el ranchito y banqueado el lotecito. Mi papá se fue y consiguió unos palos y unas hojas de zinc para hacer la casa. Mientras organizaban todo en el lote, me mandaron para Medellín a donde mis abuelos. Después de que llegué, mis abuelos decidieron visitar a unos parientes. Íbamos en un taxi y yo estaba recostado en una puerta mirando por la ventana. En una loma

pendiente, la puerta se abrió y yo me salí del carro. Mis piernas quedaron enredadas en el sillín y la mitad del cuerpo fuera del carro. Ni el chofer ni mis abuelos se habían dado cuenta de que mi cabeza rebotaba en el pavimento como si fuera una pelota de caucho. Cuando se abrió la puerta, unas manzanas que llevábamos en una bolsa salieron rodando loma abajo. Se dieron cuenta de lo que estaba pasando por la gritería de la gente. El taxista paró el carro, me recogieron y se devolvieron conmigo para el hospital. Llegué inconsciente y allá desperté todo mareado, con dolor de cabeza y todo raspado. Me revisaron, me dieron de alta y me llevaron para la casa de los familiares que íbamos a visitar. Nos quedamos dos o tres días mientras me sentía mejor. Regresé a la casa de mis abuelos un tiempo más.

Cuando volví a Segovia, ya mis padres y mi hermano estaban viviendo en la casa que hicieron en el lote invadido. Al barrio lo llamaron La Paz. El barrio no tenía luz ni agua; usábamos velas, cocinábamos con fogón de petróleo y el agua la cargábamos de una toma vieja del pueblo que usaban antes como acueducto. Empecé nuevamente a estudiar. Mi papá consiguió trabajo en un almacén.

Al tiempo hubo un apogeo de oro. Mi papá se fue y montó un trabajo propio. Cogió la veta, empezó a sacar producción y le metió trabajadores. Le iba bien, nos mejoró la situación económica. Mi papá consiguió plata, se puso a beber

mucho, a amanecer en la calle y a pelear mucho con mi mamá.

Mi hermano terminó quinto de primaria y se puso a trabajar con mi papá en la mina. Como vio que cogía buena plata, decidió dejar el estudio y se quedó trabajando. En ese tiempo no exigían cédula ni bachillerato para trabajar, entonces él aprovechó. Bien joven y empezó a beber y a vagabundear. Mi papá consiguió buena plata y se fue de la casa dejándonos. Se compró un bus y lo puso a trabajar por todo el Nordeste antioqueño y para Medellín. En ese bus mi papá me llevó a Zaragoza a la Fiesta del Cristo y también me llevaba a Medellín. Después vendió el bus y se compró un campero Nissan Patrol, lo usaba como colectivo entre Segovia y Remedios.

Mi hermano cogió la obligación de la casa con mi mamá. Él era un moreno de pelo indio y ojos negros; acuerpado, alto, muy serio y malgeniado, pero muy buena gente. Mujeriego, bebedor, muy rumbero, pero muy buen trabajador. Tenía un espíritu de lucha envidiable y mucha fortaleza en las situaciones complicadas. Yo le agradezco todo lo que soy ahora: trabajador, honrado, humilde y sencillo. Siempre quise ser como él.

Después de un tiempo, mi papá se fue a Medellín para donde la mamá y se compró un camión y lo puso a trabajar trayendo legumbres y frutas a la Minorista. Mi mamita llamó a mi mamá y le dijo que por qué no me mandaba para Medellín

a estudiar, pues había buenas escuelas y enseñaban bien y que además mi papá me podía cuidar. Me enviaron y en Medellín estudié cuarto y quinto de primaria.

Un día estábamos durmiendo y como a las seis de la mañana me desperté porque mi papá se estaba quejando mucho de un dolor de cabeza. Mi mamita se levantó y lo llevó al hospital, en Niquía, donde nosotros vivíamos. Los médicos lo revisaron y lo tuvieron que operar de urgencia porque a mi papá le había dado un derrame cerebral. Salió bien de la operación, lo malo era que en ese momento no reconocía a nadie. Mi viejo quedó como un niño chiquito; me tocó enseñarle todo de nuevo y tenía que darle de comer. Le enseñé a leer y a escribir, también salía con él a pasear. Mi papá se recuperó, pero no totalmente.

Terminé quinto de primaria y mi mamá les dijo a mi mamita y a mi papá que yo le hacía mucha falta y que en Segovia yo podía estudiar el bachillerato. Entonces ellos me enviaron para Segovia. Tiempo atrás, en el pueblo ocurrió una masacre. Ese día mataron más de cincuenta personas. Mi hermano se había bañado y vestido, y cuando estaba listo para salir a la calle mi mamá le dijo que no saliera, porque ella presentía algo malo. Él se enojó mucho y no salió. Al cabo de un rato se escuchó una explosión y muchos disparos. Después quedó todo en silencio. Mi hermano salió al otro día por la mañana y vio un panorama aterrador; al sitio

para donde iba la noche anterior le habían tirado unas granadas. Él se asomó y vio pedazos de piel y de carne de las personas que quedaron heridas y también de las que mataron.

Mi mamá me iba a matricular en el colegio, pero yo no había traído los papeles y me quedé en la casa sin estudiar. Cuando mi hermano trabajaba en la mina, yo le ayudaba a lavar el oro en el entable y él me pagaba. A los trece años comencé a conocer el proceso de la minería. Mi hermano me dijo que trabajáramos juntos y en ese momento empezó mi labor como minero. Era la primera vez que entraba a un socavón o hueco.

En la primera molida me tocaron 150 mil pesos. Como me gustó, seguí trabajando y dejé el estudio. A mi mamá no le gustó mucho que dejara la escuela porque ella quería que yo fuera alguien en la vida y tuviera un buen futuro, pero vio que yo trabajaba honradamente y me apoyó.

Cuando empecé a trabajar, la cerveza costaba doscientos pesos y se mercaba con veinte o treinta mil pesos quincenales. En la mina me seguí ganando cien o doscientos mil pesos en cada quincena. La situación económica a veces era muy buena, otras veces regular, pero a mi mamá y a mí nunca nos faltaba nada.

Mi rutina de trabajo era levantarme antes de las cinco de la mañana para estar listo a las seis. A esa hora me cambiaba la ropa y empezaba a laborar como martillero, catanguero o palero.

Uno empezaba cuando descargaban la quema que hacían los martilleros; ellos perforan la roca con un taladro y con una almádana de cuatro libras y en unas ollas ponen dinamita con una mecha y la encienden para arrancar la piedra y la arena. Los catangueros llevan un costal cosido y con cargaderas, parece un bolso pero más grande, lleno de piedras y arena y después se lo alzan a la espalda y suben por unas escalas para salir del hueco. El trabajo se acaba cuanto terminan de sacar la carga.

En Segovia se habla mucho de la maldición del oro. Cuando una persona encontraba la veta de la mina y se volvía creída, toda la plata se le iba, quedaba pobre y tenía que pedirles colaboración a las personas que había humillado. A los que les iba bien y eran muy amplios también los arruinaba la envidia de la gente. Otros mineros se ponían a beber y decían que había más oro en sus minas, y cuando regresaban ya no podían sacar más, pues les salía mala.

A los catorce años me conseguí una novia, esa niña me gustaba mucho, fue mi primer amor, estaba más tragado que media de montañero. Duramos dos años y medio. Al tiempo me dijo que estaba en embarazo. Me puse muy contento, le llevaba dulces, regalos, estaba muy feliz. Pensaba muchas cosas: ¿Cómo sería yo de papá? Me imaginaba cargándolo en mis brazos, pero se me rompieron las ilusiones. Resultó que ella me estuvo engañando todo el tiempo con un amigo,

con un taxista y con otros. ¡Qué desilusión tan grande! Con eso dejé de creer en las mujeres, ya no me entregaba por completo.

Mi hermano una vez me convidó a salir. Por primera vez entré a un bar y me emborraché. Desde ese día, cada ocho días salía con él y amanecíamos bebiendo. Con lo que pasó, me conseguía una novia aquí y otra allá.

Pasó el tiempo, a los diecinueve años yo estaba en el billar. Era un lunes como a las seis de la tarde. Yo veía una serie en la parabólica a las ocho de la noche y me acordé cuando faltaban cinco minutos para que empezara. En el billar había mucha gente bebiendo y cuando salí casi me atropella una Toyota que pasaba llena de gente. Pensé que venía a beber. Dio una vuelta y cuando regresó frente al billar se bajaron varios hombres encapuchados y bien armados. Entraron al billar disparándoles a todos los que había en el lugar. Se escuchaba a uno de los hombres cuando decía: “Denle a éste”, y se escuchaban los tiros. La puerta de mi casa estaba abierta y cuando fui a cerrarla pasaba uno de esos hombres encapuchados con un arma que sostenía en posición vertical. Yo me quedé paralizado, ahí parado. El hombre pasó de largo, gracias a Dios no me vio.

Cuando los hombres se fueron, yo corrí hacia el billar. Me sorprendí mucho. ¡Qué imagen tan desgarradora! Todos esos cuerpos bañados en sangre. Después llegaron otros vecinos y empezamos

a recoger a los heridos. Miré debajo de la mesa de billar *pool* y vi a los hermanitos, a los que les decían Los Zarcos; ellos tenían ojos azules, uno era de catorce y el otro de dieciséis años. Estaban muy malheridos y cuando los llevamos al hospital ya habían muerto. Ese día a las siete de la noche, los amigos y vecinos del barrio íbamos a hacer un sancocho en la esquina del billar. Menos mal al final resolvimos no hacerlo, pues los muertos hubiéramos sido muchos más. Con todo esto, el barrio cambió mucho y al tiempo mi mamá vendió el rancho y nos mudamos para otro barrio.

Siguió pasando el tiempo y conocí a Mónica, un día que me la presentaron. Ella me pareció una mujer encantadora, sencilla, tierna y alegre. Cuando yo estaba cumpliendo 24 años nos tomamos unos tragos, estaba con un amigo en el centro y se me arrimó una prima de Mónica y me dijo que ella me había mandado a decir que fuera a su casa. Mi amigo me dijo que fuera, yo fui, hablamos y nos seguimos viendo. Después de seis o siete meses decidimos vivir juntos. Ella era lo mejor que le había pasado a mi vida. Yo era un hombre muy loco, como un barco a la deriva, pero Mónica me iluminó; me volví a ilusionar, me creía en el paraíso.

Después de esa etapa feliz de mi vida pasaron cinco años. En julio del año 2006, llegó mi hermano a la casa un miércoles por la tarde, en medio de un aguacero y me dijo: “Me voy con unos amigos

para una finca a ver un trabajo muy bueno y si da buen oro me lo llevo”. A mí me dio un mal presentimiento y le dije que no fuera, entonces él se enojó conmigo y yo también me enojé. Cuando se fue, se despidió, y yo con la rabia que tenía no le contesté.

Él le dijo a mi mamá que volvía el viernes y pasaron como ocho días. Nosotros pensábamos que se había quedado trabajando. Hasta que la mujer de mi hermano recibió una llamada y le dijeron que a él y a los amigos los habían matado, que fueran a recoger los cuerpos a la vereda El Cañón del Mata. Mi cuñada fue con mi mamá al batallón y dijeron lo que pasó. Ellos llamaron por radio, porque supuestamente tenían una cuadrilla en el sector y le dieron un teléfono a mi cuñada para que los estuvieran llamando por si pasaba algo. Ella llamó y le dijeron que habían encontrado unos cadáveres y que tenía que ir por ellos a una vereda por los lados de Machuca, que hasta ahí los sacaban porque no podían traerlos hasta el pueblo.

La cuñada fue a la funeraria El Edén. Ellos la acompañaron en el carro fúnebre, llegaron al lugar y esperaron. Tardecito de la noche no había buena señal en el celular, entonces se fueron a un morro, se montaron a un árbol y llamaron al ejército. Les dijeron que esperaran, que ya los llevaban. Amaneció y nada, llegaron las diez de la mañana y nada. Les tocó regresar al pueblo. Al final fue pura mentira, haciéndonos perder el tiempo.

A la casa de mi cuñada llegó un concejal y se ofreció a ayudarnos; nos llevó donde el personero de Segovia. Él nos envió para la Fiscalía, expusimos el caso y nos dijeron que no podían hacer nada. Nos mandaron para la Sijín y allá nos dijeron que no les tocaba ese trabajo. Después fuimos a la Policía y con ellos fue lo mismo: nos mandaron otra vez a la Fiscalía. El comandante del Ejército nos decía que no habían podido llegar a los cuerpos, porque en el camino encontraron muchos campos minados, pero todo era pura mentira, pues no habían mandado a nadie. Parecíamos pelotas de *ping pong*, brincando de allí para allá. Con esa bailadera y las mentiras del Ejército, todos los familiares de los desaparecidos decidimos demandarlos ante la Procuraduría. Cuando los demandamos, ahí sí nos llamaron para atendernos. La Fiscalía nos recibió la demanda, y la Sijín y la Policía se ofrecieron a ayudar.

En esos días salió al hospital de Remedios un aserrador con un compañero herido y dijo que cuando salía encontró unos cuerpos y los describió; los familiares dijeron que eran ellos y después de pagarle lo convencieron para que los llevara al lugar. El Ejército le prestó al concejal un GPS y la alcaldesa de Remedios nos prestó un Toyota campero. El concejal y seis personas más, entre esas yo, nos madrugamos al otro día y nos fuimos. A las ocho llegamos a un corregimiento llamado San Mateo y arrancamos a pie. Después de cinco

horas de camino encontramos los cuerpos; tenían la ropa puesta y estaban en los meros huesos, porque los animales se les habían comido la carne. Los familiares los identificaron, pero mi hermano no estaba. Ahí el concejal anotó las coordenadas con el GPS. Regresamos a San Mateo y llegamos por la noche. Yo no sabía qué pensar, porque no vi el cuerpo del hermano mío en ese lugar, y un señor nos dijo que unos barequeros habían visto a un muchacho amarrado cerca a la orilla del río y que no vieron a nadie más. A ellos les dio miedo y siguieron de largo y unos metros adelante escucharon unos disparos y se detuvieron; esperaron un rato y se devolvieron para ver si podían auxiliarlo, pero cuando llegaron vieron un sangrero y se regresaron rápido al pueblo. Las descripciones que ellos daban me hacían pensar que se trataba de mi hermano.

Cuando llegamos a Segovia le llevamos las coordenadas al coronel del Ejército, y nos dijo que él se encargaría. Mandó una cuadrilla y nos dijo que estaba perdida. Después me dijo a mí que si lo iba a llevar, que solo era recoger los cuerpos, que la vuelta no se demoraba. Yo pensé que íbamos en helicóptero. Pensé que debía hacerlo porque mi mamá, mi cuñada y los familiares de los otros difuntos estaban muy desesperados, pues ya llevaban dos semanas de muertos. Le dije al coronel que me daba miedo porque ese sector era guerrillero y habían dicho que si veían a un

civil lo tomaban como objetivo militar. El coronel me dijo: “No, lo camuflamos, se motila, se afeita y queda como un soldado. No lo reconocen”. Al ver la situación, acepté.

Al otro día me madrugué. Llegué al batallón a las cuatro de la mañana. La cuadrilla ya estaba lista. Me puse el camuflado y al momentico llegó el agente de la Sijín que se iba a encargar del levantamiento. Nos montamos al camión y arrancamos. Llegamos a San Mateo y salimos a pie. Caminamos por unos campos muy bonitos, con unos potreros despejados. También había una quebrada no muy honda y un poco ancha, con agua cristalina y muy fría. Pasamos por una finca y pidieron prestados dos caballos para traer los restos. Seguimos el camino y a cada rato se comunicaban por radio con el batallón y con la otra cuadrilla. En ese tramo, el terreno era monte espeso y rastrojo. Los árboles eran tan altos como edificios de ocho o nueve pisos y algunos eran tan gruesos que se necesitaban dos personas para abarcarlos con los brazos.

Cuando estábamos a quince o veinte metros nos detuvimos; un caballo llegó hasta los cuerpos porque lo mandaron adelante, y atrás lo sostenían con un lazo largo. Devolvieron el caballo y nos paramos a esperar al resto de la cuadrilla. Un soldado especializado en explosivos llevaba dos perros antiexplosivos y un cabo sacó una cámara de video para filmar todo. Un soldado dijo que donde estábamos parados había un hueso y

todos nos paramos alrededor para mirar. En el lugar se sentó uno de los perros y el sargento dijo: “Quítenlo de ahí que no deja ver”. Lo quitaron y el cabo empezó a filmar. Uno de los soldados lo movía con una palita. Había un poquito de hojitas y el cabo empezó a moverlas con el pie derecho. De repente se escuchó un gran estallido y yo vi una cosa negra que venía hacia mi rostro y sentí como si me empujaran, no sentí nada más. Todo lo veía oscuro y había mucho silencio. Pensé dentro de mí: “Estoy muerto”. Después empecé a ver una luz blanca y escuchaba una gritería y una voz que me decía: “Jaime, ¿estás bien?”. Me dolía la cabeza y toda la cara me ardía, como si estuviera en llamas. Cuando traté de abrir los ojos, no pude. Me empecé a tocar la cabeza y estaba bien, pero cuando me toqué la cara me imaginé lo peor.

Me toqué los ojos y los sentía salidos de la cuenca. La nariz la tenía hinchada y llena de tierra, traté de meterme un dedo pero no me entró. La boca estaba llena de tierra y los labios hinchados. Sentí que me corría algo por la cara y cuando me llegó hasta la boca supe que era sangre. Seguí tocando hasta que palpé una herida profunda que empezaba en el lagrimal del ojo derecho y terminaba en la ceja.

Yo escuchaba gritos de los soldados heridos; pedían que los ayudaran, que los sacaran de ahí. Cuando iban a sacar al cabo que había pisado la mina, un soldado dijo: “¡Por Dios, miren cómo le

quedó ese pie!”. Como yo no podía ver, me asusté mucho. Uno de los heridos tenía algo en la mano y dijo: “Tengo mi ojo en la mano, esto me sacó el ojo”. A mí se vino lo peor a la cabeza y pensé dentro de mí: “¡Ay Dios mío, cómo estaré yo!”. Pensaba en mi viejita, que iba a quedar sola porque ella solo nos tenía a mi hermano y a mí.

Nos sacaron de ahí y nos llevaron unos metros atrás. Éramos como cinco o seis heridos. Al sargento y al cabo los montaron en los caballos para sacarlos a una finca con un campo despejado para que el helicóptero pudiera aterrizar, pues donde estábamos había mucho monte, casi no entraba el sol. Unos soldados se alzaron los equipos y las armas de los heridos y a los demás nos amarraron atrás y adelante con las correas de los fusiles, en forma de cadeneta porque no había más gente para ayudarnos. Uno de los soldados nos guiaba por el camino y nosotros caminábamos unos detrás de otros. El terreno era complicado, tenía muchos huecos y escalones altos. Uno de los heridos insultaba, renegaba, exigía que lo sacaran, otros suplicaban y yo, callado, pensaba dentro de mí: “Si quedo ciego, me mato”. Mi señora estaba joven y podría conseguirse otro hombre, rehacer su vida. Luego, no sé, fue como una vocecita en mi interior que me decía que no fuera a dejar sola a mi madre, y pensé: “Tengo que echar para adelante, no me puedo quedar”. Mi hermano ya no estaba, no podía desamparar a mi mamá. Seguí caminando con

ganas, con mucha moral y con fuerza.

Al rato nos encontramos con la otra cuadrilla y nos soltaron las correas y cada uno de los heridos quedó bajo el cuidado de un soldado. El que me tocó me dijo: “¿Lo cargo?”. “No, yo tengo que salir, no me puedo quedar aquí”, le contesté.

De todas maneras el camino era muy complicado para que me llevara cargado. El soldado, llorando, me daba mucha moral; me decía que no estaba solo, que él estaba ahí para ayudarme, que le echara ganas y que pensara en mi familia. Yo le preguntaba que cómo me veía, que si estaba muy desfigurado y él me decía: “Nada, solo es tierra en los ojos y una pequeña cortadita. No le pare bolas a eso”.

A mi me dolían mucho la cabeza y los ojos, la cara me ardía mucho y no podía ver. De pronto llegó otro soldado y le dijo al que me guiaba: “¿Le ayudo?”. “No, tranquilo yo lo llevo. Siga que ahí vienen más heridos”, le dijo él.

Cuando ese soldado me vio, ahí mismo dijo: “¡Ay jueputa, cómo tiene la cara!”. Más me preocupe: “¡Ay Dios mío, cómo estaré!”, pensaba. Me quedé en silencio y seguí.

Caminamos como dos horas. Los soldados tuvieron que rozar y tumbar palos para que el helicóptero aterrizara y nos evacuara. Nos recostamos en el piso, todos teníamos mucha sed, pedimos agua y mandaron a unos soldados por ella a una cañada que siempre estaba retirada. Uno de los

soldados cuando nos vio heridos dijo: “Nosotros ya habíamos llamado al coronel para decirle que ya habíamos encontrado los cuerpos y que el camino estaba minado. Esa llamada fue por la mañana, ¿él por qué no les avisó?”. Al rato nos dieron el agua y mientras más tomaba, más sed me daba. Al rato llegaron los caballos que traían al sargento y al cabo. Los enfermeros no sabían qué hacer porque en el batallón no les había suministrado droga por si algo pasaba.

Como a las cinco y media o seis de la tarde llegó el helicóptero. El cabo se agravó y murió llegando a Medellín. Cuando entramos al Hospital Pablo Tobón Uribe, nos quitaron el camuflado y después llegó un duro del Ejército y preguntó: “¿Quién es el guía?”. Yo alcé la mano y me sacaron. La doctora le dijo: “No lo puede sacar, mire cómo está”. “Lo vamos a llevar a un mejor hospital”, le dijo a la doctora.

Me sacaron y me montaron a un carro. En el camino yo pensaba: “Me van a matar y me van a tirar a un río”. Cuando llegamos a un hospital, me dejaron ahí y se fueron. No me atendieron, porque no traía papeles ni la historia clínica del otro hospital. Yo con mucha sed les pedía agua para tomar, pero ni siquiera me daban una pastilla para el dolor de cabeza, porque no habían dado autorización para que me atendieran.

Llegó un cuñado de la señora mía y cuando me vio, le preguntó al doctor que por qué no me

habían atendido y él le dijo: “Por no tener papeles. Los que lo trajeron lo dejaron ahí tirado sin papeles”. El cuñado de mi señora se fue para el Pablo Tobón Uribe y le dijo al comandante del Ejército hasta de qué se iba a morir. El comandante le dijo: “Mire los papeles y el camuflado”. “Yo para qué el camuflado, necesito los papeles para que lo puedan atender”.

Se los entregaron y regresó al Hospital General, donde yo estaba. Me vinieron a atender como a las dos de la mañana. Me pusieron sangre y suero; me lavaron la cara, me estregaban como si estuvieran lavando un piso. Mientras me lavaban, una doctora le decía a otra: “Mirá, en esa herida le caben dos dedos”. Y con una bolsa de suero me tiraban un chorro por la herida y sentía ese chorro atrás, junto a la nuca, todo frío.

Me dejaron en una camilla mientras me buscaban un cuarto. Yo no veía nada. Me visitaron los tíos de mi señora, y cuando me veían se soltaban en llanto. Cuando llegó mi señora, ella no sabía qué hacer, toda preocupada me preguntaba: “¿Cómo está?”. Yo le decía que estaba bien. También me visitó el personero de Segovia, don Jairo, muy buena persona, muy servicial y amable; él me colaboró mucho con lo de la muerte de mi hermano. A los días me visitó la cuñada mía, la mujer de mi hermano, nos trajo ropa a Mónica y a mí. De todos recibí mucho apoyo y mucho ánimo.

Duré hospitalizado casi veinte días. Como en el Hospital General no había oftalmología, me

atendían en San Diego. El doctor de esa clínica me dijo que si no me operaba el ojo izquierdo podía perder la visión del todo. Cuando llegué al Hospital General, le conté al doctor que me atendía y me dijo que no podía hacer nada más y me dio de alta.

Recién salido del hospital, nos fuimos a vivir a la casa de unos tíos de mi señora. Cuando caminaba dentro de la casa me daba mucha rabia y a la vez tristeza, porque me tropezaba y me aporreaba la cabeza. Tenía que depender de otra persona. A veces pensaba que iba a quedar ciego para siempre. No quería salir de la casa, me reprimía en mi tristeza y en mis pensamientos, en todo lo que me había pasado y en lo que le esperaba a mi vida como víctima.

Tenía que ir pegado al hombro de Mónica para todas partes. En la casa, los primeros días, la situación fue muy dura. No había plata y no sabíamos qué hacer ni qué derechos teníamos por ser desplazados y yo por ser víctima de mina. Para la comida teníamos que prestar, y las vueltas las hacíamos a pie. Primero fuimos a la Cruz Roja y ellos nos ayudaron con alimentos y con pasajes. En Derechos Humanos hicimos la declaración por desplazamiento y con eso fuimos a la UAO (Unidad de Atención y Orientación a la Población Desplazada). Allá nos dijeron que teníamos que esperar a que nos llamaran, pero nada.

Seguíamos haciendo vueltas médicas y en ningún hospital me querían atender. Como tenía miedo de perder el ojo izquierdo, me tocó poner

una tutela. Cuando me llamaron para la operación en la clínica de Laureles, ya habían pasado casi dos meses, y el doctor me dijo: “Le cuento, joven, que no hay afán porque ya perdió la visión del ojo izquierdo, ese ya no tiene salvación pero de pronto el derecho sí”. No me daban mucha moral. Me operaron y también me despacharon; después de la operación no me quisieron atender más.

Yo me preocupé, pues ya había perdido el ojo izquierdo y no quería que me pasara lo mismo con el derecho. Con esto, mi señora y yo nos fuimos para la Alpujarra, a Derechos Humanos. Allí me escucharon y me remitieron para el San Vicente de Paúl, donde una sicóloga, un neurólogo y una optómetra, que me atendieron muy bien. El 30 de agosto del año 2007 me operaron y me pusieron un lente intraocular en el ojo derecho. Gracias a Dios ha mejorado mi visión. Me mandaron unas gafas de protección y la OEA me las regaló.

En esos días me llamaron de Bogotá para ir a un programa que sacaron los de la OEA para las víctimas de minas. Era la primera vez que montaba en un avión grande, pero todavía no podía ver bien lo qué pasaba a mi alrededor. Conocí a muchas víctimas con distintas secuelas y que se accidentaron en diferentes circunstancias. Yo andaba pegado del hombro de una víctima que también era de Segovia, porque la señora mía no pudo viajar conmigo; ella se quedó muy preocupada. Conocí a la señora del vicepresidente Santos y

al director de la OEA en Colombia. El proyecto era para capacitarnos en lo que nosotros quisiéramos y también nos ayudaban con el transporte y con la alimentación.

Cuando regresé a Medellín, empecé a capacitarme en sistemas, digitación de textos, formación humana, mecánica automotriz y también estoy validando el bachillerato. La OEA me regaló la libreta militar, pero con todo, las capacitaciones y los papeles completos, no he podido colocarme en ninguna parte. La situación económica en mi casa es muy complicada, y mi mamá tan lejos de mí. Mi viejita se mantiene muy enferma, no tiene casa propia y a veces no consigue plata para comer. Todavía no la traigo para Medellín porque no tengo empleo. Pero tengo fe en Dios y sé que voy sacar adelante a mi mamá.

Mi papá siguió viviendo con mi abuela y no volvió a trabajar por lo del derrame. Después de mi accidente, me visitó en el hospital, pero nunca le dijeron que yo había sido víctima de una mina antipersona. A él le dijeron que me había accidentado en mi trabajo. Tampoco sabe lo que le pasó a mi hermano. Cuando hablamos, me pregunta por él y yo le digo que está bien, que está trabajando.

A veces sueño que mi hermano está vivo y que seguimos trabajando juntos como si nada de esto hubiera pasado. Como no encontramos el cuerpo, guardamos la esperanza de que algún día él aparezca y nos diga que todo era un mal sueño.

© Jaime Enrique

Jaime trata de mantenerse ocupado para no pensar. En las noches sale con sus vecinos a trotar y a levantar pesas que ellos mismos hacen con latas, palos y cemento; en semana, asiste a cursos de manualidades, y los domingos los dedica a validar el bachillerato. Esas actividades ahuyentan por un par de horas los fantasmas que lo atormentan desde julio del año 2006, mes en que desapareció su hermano y comenzó para él un camino tortuoso que aún no termina.

Dice que su existencia se convirtió en una eterna pesadilla. De su cabeza no se borra el rostro de su hermano, la angustia de su madre ni el terror que sintió cuando una mina anti-persona le estalló en la cara.

Él quisiera comenzar de nuevo, pero todos sus esfuerzos son en vano. La ciudad se encarga de recordarle que un desplazado con limitaciones físicas tiene pocas oportunidades de rehacer su vida. Pero Jaime tiene un motivo para no desfallecer: quiere reencontrarse con su madre y devolverle la sonrisa.

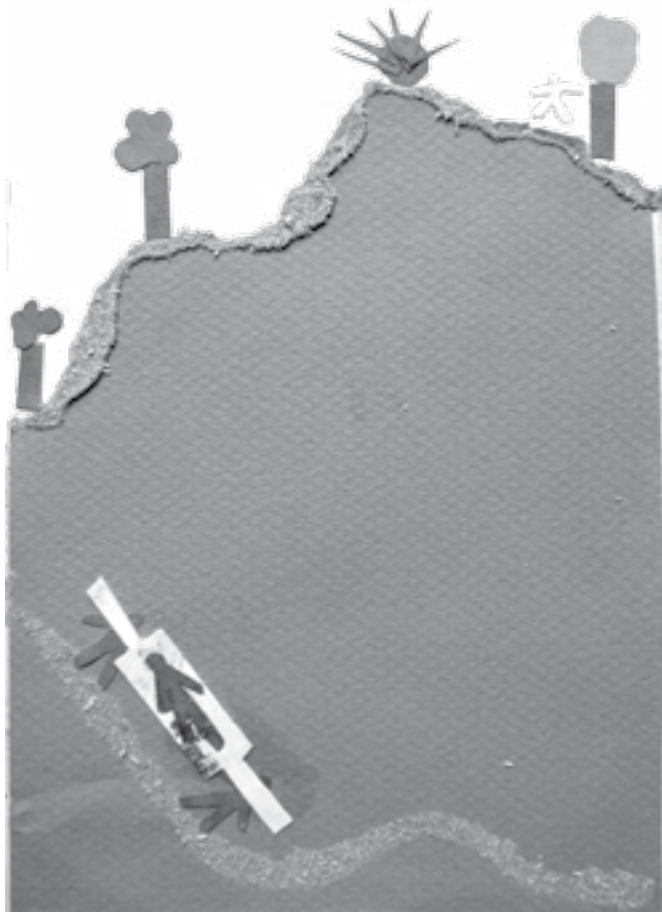


Ilustración por Fabián de Jesús Montoya Mesa, en los talleres de escritura.

En el campo dejé mi corazón

Fabián de Jesús Montoya Mesa

Mi nombre es Fabián de Jesús Montoya Mesa. Soy una persona que ha sufrido por el conflicto armado, por parte de la guerrilla y del Ejército colombiano.

Perdí mi finca.

Perdí mi pie derecho.

Arriba de la rodilla.

Y perdí el hogar.

Yo nací en la vereda San Pablo La Romera, perteneciente al municipio de Anorí. La finca en la que crecí se llamaba El Limón y era una herencia que le tocó a mi papá. La casa era de tapias y en obra negra, porque a mi papá sólo le alcanzaba para la alimentación de la familia. Allí transcurrieron los primeros años de mi vida, en los que nunca me separé de mis padres. Yo apenas estudié unos días hasta primero de primaria. Ya en segundo me pareció muy duro, y mi papá me dijo que me fuera a trabajar con él.

Desde muy joven, me dediqué a trabajar la agricultura con mi papá. Como yo soy el segundo entre

sus seis hijos, me tocó trabajar muy duro. Mi papá no me pagaba; era por ayudarlo. Le daba la comida a uno y la ropita. Cuando amanecía, me levantaba, tomaba lo tragos por ahí a las cinco y media de la mañana, y cogía loma abajo para traer brazadas de yerba y caña para picarles a las bestias. De ahí nos íbamos a desyerbar caña o a cortar o a recoger o a lo que fuera. Sembrábamos maíz, frijol, yuca, plátano, papas, arracachas, tomates, cebollas de toda clase, café, cacao, caña, zanahoria, repollo, cilantro... Hacíamos potreros, manteníamos un cerdito, gallinas, piscos, patos, palomos, conejos; manteníamos una vaquita, manteníamos una mula para llevar a la casa lo que producíamos; teníamos una perra que se llamaba “Bella” y un gato que se llamaba “Pacho”.

Cuando ya tenía unos quince años, me dieron el primer corte de caña en compañía. El negocio es que el dueño de la finca le da a uno una zona de caña, y uno a esa zona la desyerba, la corta, recoge la caña y la lleva hasta la ramada en mula. El dueño de la finca se encarga de la molienda y la venta de la panela, y divide las ganancias con uno.

Así, yo ya echaba una molienda y con las ganancias compraba una ternerita e iba tratando de salir adelante.

Entonces, cuando tenía diecinueve años, conocí a Olga Elena López. Ella vivía en una vereda, La

Chiquita, a hora y media, y luego compraron una finca por ahí cerquita. Me fui relacionando con ella y nos hicimos novios. Ella era muy menor, pero era muy bonita: zarca, blanca, mona...

Cuando nosotros nos fuimos a vivir, ella apenas tenía catorce años y yo veinte. Eran prácticamente locuras de uno. Inclusive una muchacha de esas después va distinguiendo otros hombres y se aburre con uno.

Al año de ser novios, nos fuimos a vivir juntos en una casa prestada. Ella me decía que qué bueno que Dios nos diera la forma de comprar una casita, y yo me puse a trabajar con mucha fe y a pedirle a Dios que nos ayudara.

Con las ganancias de la caña y del café fui comprando terneritas hasta que ajusté dieciséis reses de ganado y cuatro bestias. Todas ellas las vendí y me compré una finca que tenía una casita muy mala. La finca se llamaba La Playa, se la compré a un tío de mi papá y no quedaba a más de quince minutos a pie de la casa de mis padres. Se llamaba La Playa porque tenía un plancito en la orilla del río, pero la finca era más bien un poquito quebradita, pero también tenía plancitos, tenía monte, unas aguas muy bonitas; por todo el medio de la finca bajaba una quebrada muy bonita.

Cuando Olga y yo nos fuimos a vivir allá, la finca no tenía ni energía. Estaba toda en obra

negra, y yo le hice poner energía, le echamos el zócalo, le mandé a hacer un techo de madera cerrada y la pintamos de azul.

La Playa estaba al borde del río San Pablo, que es un río rico en pescado y oro, de aguas azules y limpias. Toda esa zona es montañosa, un inmenso cañón parecido al Valle de Aburrá, pero más estrecho, más o menos el mismo calor de Medellín.

Allí fui trabajando con fundamento hasta que puse un entable de caña. Cuando eso ya había nacido mi primer hijo, Norbey Alexander. Tres años después nació Tatiana Andrea.

Los años fueron pasando y mis hijos, creciendo. Con el entable de caña me iba muy bien. Uno a veces molía diez cargas en el día, otras veces ocho, otras veces seis. Eso no era fijo. Molía por ahí cada ocho días, cada quince, a veces molía veinte cargas en dos días, a veces hasta treinta en tres días. Molía lo mío y lo de la gente por ahí. Tenía cañas en compañía, pero yo ya era el encargado de moler, de poner los trabajadores y de vender la panela.

La panela la bajábamos hasta Guadalupe, que es un pueblo pequeñito pero con muy buen comercio de este producto. Incluso desde Medellín bajaban compradores y le pagaban la panela a uno de contado. Uno no tenía problema para vender eso, sacara poquita o mucha igual vendía.

Una mañana, estaba yo picando caña para unas bestias cuando llegaron diez hombres

uniformados. Uno no sabe si es Ejército, guerrilla o paramilitares, pero me dijeron que eran del frente 36 de las Farc, me pidieron la amanecida y yo les dije que no podía darles la amanecida. Ellos querían quedarse en la casa y en la ramada, que es al pie de la casa, y yo les dije que yo no podía porque yo vivía con mi mujer y mis dos hijos, y que de pronto llegaba otro grupo y nos mataba a todos. Ellos contestaron que si no estaba de acuerdo en que ellos se quedaran amaneciendo, que fuéramos desocupando la vereda. Yo me quedé callado y ellos se quedaron ocho días.

De todas formas ellos con nosotros no eran como malaclases. Ellos hacían un rancho al lado de la ramada y lo tapaban con un plástico o una carpa verde y se ponían a hacer la alimentación. Entraban unos y salían otros, y no se sabe qué hacían. También había mujeres.

Al mes llegaron otros sesenta y se estuvieron quince días. Después hicieron reuniones en una escuela que quedaba cerca a mi casa y nos mandaron a decir a todos los de la vereda que no nos fuéramos a quedar en las casas, porque si no íbamos a la reunión nos llevaban amarrados y no respondían por nosotros.

En las reuniones nos proponían que nos fuéramos con ellos, pero que no obligaban a nadie, porque el que se iba con ellos no podía devolverse para la casa. También decían que tenían gente trabajando en el Ejército, que si alguna persona

los aventaba, ellos no se demoraban ocho días para darse cuenta quién había sido, porque ellos tenían gente del Ejército que les vendía los uniformes, las granadas, las balas y todo tipo de armas que les compraban a los grandes coroneles de allí. No sé si hubo gente de la vereda que se fuera con ellos. De todas formas, la primera vez no se fue nadie.

Como todo ese cañón es tan montañoso, había mucha guerrilla. Ellos seguían pasando de vez en cuando. A veces grupos de cuatro o cinco, a veces de dos o tres o a veces bastantes. A veces pasaba también el Ejército. Ahora ya no se ve ninguna persona de esas, pero quedaron las minas sembradas. Cuando eso no se veía una persona accidentada por mina, eso es ahora últimamente.

Porque ellos estuvieron en mi casa perdí todo lo que tenía, pero no había otra salida. Uno tampoco podía decirles nada, pues estando muy de buenas lo hacen ir sin nada, o si no lo pueden hasta matar. Entonces ellos llegaban a las casas o a las ramadas, y la gente no les podía decir nada. De pronto iba algún guerrillero a comprar pastillitas al puesto de salud y a la enfermera le tocaba prestar servicios o si no estaba marcando calavera.

Hacía quince días que un grupo de guerrilleros se había ido de la ramada de mi casa, cuando el primero de diciembre del 2003, a las nueve de la mañana, llegaron unos aviones cafires a bombardear todo el cañón.

Yo me encontraba con mi familia desayunando y entonces vimos aquellos aviones pequeños, muy rápidos. Uno veía que asomaban en una cordillera y al momento se escondían en otra. Uno nunca había llegado a ver cosas de esas. Llegaron también como siete helicópteros con ejército. Pero el miedo de uno era a los cafires, porque tiraban bombas que caían en cualquier parte, incluso sobre casas. Esas bombas producían un sonido inmenso y levantaba mucho humo, y uno creía que iban a acabar con todo el cañón. También tiraban luces de bengala, que eran como tendidos que iban bajando, que iban bajando, como candeladas entre rojas y amarillas. El pánico que sentíamos era impresionante. Los niños me decían: “Apá, apá, vámonos que nos van a matar”. Y como en aquellos días el Ejército siempre había hecho cosas tan malas por allá, a uno le daba mucho miedo. Días atrás, habían matado a tres muchachos Agudelo que eran trabajadores como un verriondo. Que porque el ejército sabía que en la guerrilla había un mochito, y uno de los Agudelo era mochito, y entonces que ese tenía que ser.

Salimos pues corriendo hacia una vereda que se llama La Isla, que estaba como a una hora y veinte minutos de la casa. Solo alcanzamos a empacar una mudita de ropa, de resto todo se perdió. De nuestra vereda pudieron haber salido unas ciento cincuenta personas hacia allá. Mi papá en ese entonces, como era un domingo, estaba en

Guadalupe. En la casa estaba la mamá mía y un hermano. Mientras corríamos seguíamos escuchando el ruido inmenso de las bombas, cercanas. No se sabe si mataron gente civil, ni guerrilla o gente del Ejército. Ni se escucharon balaceras sino bombas.

Aquella noche amanecimos en La Islanda, en la casa de un señor amigo de mi papá. Al otro día dejé a mi familia allá y volví solo a la finca. En el camino, me encontré con un chofer que me dijo que me habían quemado la casa y la ramada, y cuando llegué efectivamente todo estaba destruido. Como la guerrilla había dejado muchos campamentos en las cañas y en la ramada, llegó el Ejército y nos quemó la casa con todo lo que allí había: quemaron los muebles, la nevera, el equipo de sonido, toda la ropa de mi familia y la mía, toda la herramienta de trabajo, dos monturas, dos lomillos para cargar caña... Quemaron el entable de caña, quemaron los cortes de caña, quemaron la escuela y el puesto de salud de la vereda; hasta se me comieron un toro...

La tristeza que uno siente al ver algo así es indecible. Es muy duro. Uno en la vida tiene que pasar por muchas cosas...

Al estar todo acabado, mi familia se tuvo que ir a vivir a Rionegro, a la casa de una hermana de Olga. Los niños empezaron a estudiar por allá. El uno no terminó el bachiller y se puso a trabajar para vivir, lava carros en un lavadero cercano, y ella sí está estudiando. Yo me quedé jornaleando

en fincas vecinas, en las que no quemaron, para poder mandarle el sustento a mi familia.

Seguí viviendo en la finca, aún destruida. Amanecía en una piecita que quedó a punto de caerse. Yo preparaba mi comida, lavaba la ropa. Otras veces le llevaba la ropa a mi mamá y de vez en cuando ella me hacía la comida.

Yo jornaleaba parejo, pero era muy duro volver a levantar la casa porque todo el dinero que recogía se lo mandaba a mi familia. Lo que sí había logrado era conseguir una guadaña y así tener contratos para desyerbar potreros o cortar rastrojos. Eso y aserrar y sembrar yuca, plátano, maíz y frijol. Yo hacía de todo.

La familia iba de vez en cuando, en vacaciones. Estaba matado por un chifonier y una cama para cuando los hijos fueran en diciembre a hacerme la visita. Había hablado con una persona en Guadalupe que trabajaba la madera y él me cambiaba el trabajo que me hiciera por más madera.

Eso fue a finales del 2007. Un hermano mío tenía madera en un monte llamado La Romera, como a dos horas y media a pie de mi casa. La madera que él tenía era chaquiro dulce, que es muy buena para hacer muebles.

Entonces, un día le dije a Homero, un amigo mío, el que siempre aserraba conmigo, que me acompañara a ver si los palos de mi hermano servían para el chifonier y la cama.

Era siete de noviembre. Salimos a las diez de la mañana bordeando el río San Pablo y luego comenzamos a subir hacia la cordillera en que estaba La Romera.

El camino era mera montaña, pero aun así por ahí mismo mi hermano había sacado mucha madera en mula.

Como a la una de la tarde llegamos a una parte plana, en la cima del monte, donde estaban los árboles de chaquiro dulce. Los revisamos y vimos que nos servían muy bien para los muebles. Entonces, le dije a Homero que estaba haciendo como hambre, y el almuerzo tan embolatado. Él sacó de su bolso un paquete de papitas y nos pusimos a comer ahí.

Nos devolvimos por el mismo camino por el que habíamos llegado. Yo adelante y Homero atrás. Yo llevaba el celular en la mano para llamar a mi familia y a un hermano, porque uno sube a la cordillera y le parece muy bonito ver que el celular tiene todas las rayas, y pa'l cañón si mucho tiene una rayita. Ya iba a marcar el número cuando de pronto sentimos un estruendo muy duro y pensamos que había un grupo armado en ese monte y que nos había tirado. Traté de salir corriendo y caí en el hueco que hace la mina. La había pisado. No fui capaz de pararme.

La mina, con la explosión, hace un hueco grande, redondo. Y ese dolor que siente uno, y ese

sangrero... Mi amigo me decía: "Ay Fabián, vos por qué te paraste ahí, vos por qué no te paraste en otra parte", él, muy asustado. Entonces me preguntó qué íbamos a hacer, y yo le dije que de todas maneras había que darle gracias a Dios y que lo mejor era que me acabara de mochar ese pie, pero él me dijo que no era capaz. Entonces yo le dije que me sacara a la espalda y él me dijo que tampoco. Entonces yo, que en medio de la explosión había botado lejos el celular, le dije que me buscara ese aparato para llamar a mi hermano a decirle que me había jodido, y él me decía que le daba miedo que de pronto fuera a pisar él también una mina. Entonces le dije que se fuera a avisar a mis padres, pero que tuviera mucho cuidado en dónde pisaba. Él se fue por el camino y ahí me quedé solo.

Cuando pisé la mina, estaba cayendo una brisita. Apenas Homero se fue, se aflojó un aguacero muy frío. Toda la cordillera se llenó de niebla y empezó a hacer mucho frío, como en un nevado. Y yo ahí, casi *maluqueado*, botando tanta sangre. Pensaba que si lograba encontrar el celular podía llamar a mi hermano a Amalfi para que no se demorara tanto la ambulancia. Entonces me arrastré bajo la lluvia y le di la vuelta a todo el plan buscando el celular.

El pie había quedado hecho nada, como destripado, como un cuero ahí, como cabuya. Y ese sangrero que manaba. Y más me dolía mientras

me arrastraba. Dejaba la marca de sangre sobre el pasto verde.

Aun así no pude encontrar el bendito aparato. Me recosté en una cuneta y esperé.

A uno se le hacen eternas las horas en un caso de esos. Comencé a preocuparme porque de pronto Homero hubiera pisado una mina por ahí en un rastrojo.

Comencé a llamarlo.

Homero, le gritaba.

Y nadie respondía.

Y ese aguacero cayendo.

Y ese frío tan tremendo.

Yo tiritando, me tocaba arañarme la piel para darme calorcito. Seguía llamando a Homero hasta que como a las cuatro de la tarde escuché a un sobrino mío que me respondía.

Habían pasado dos horas y media desde que Homero se había ido. Por mí llegaron mi papá, uno de mis hermanos, algunos vecinos, Homero y otras personas. Me pusieron como cuatro camisas mojadas por la lluvia para que me diera calorcito. De inmediato, comenzaron a hacer la camilla para bajarme. Seguía lloviendo, y la bajada hasta la casa fue muy lenta porque ese camino era de unos pantaneros muy horribles.

A la casa de papá llegué por ahí a las seis y media de la tarde. Por ahí a las siete de la noche me bajaron a la carretera. Allí me esperaba la ambulancia; una enfermera me prestó los primeros auxilios. Allí también me dieron un calmante.

Yo ya estaba más animado, con más calorcito. Inclusive, cuando estaba ahí, yo hasta le echaba flores a la enfermera, le decía que muchas gracias, que ella estaba muy hermosa.

A las nueve de la noche llegué a Guadalupe, que era el pueblo más cercano, como a hora y media de la finca de mis papás. En el hospital de Guadalupe me brindaron atención médica y me remitieron para la clínica León XIII, en Medellín.

En el pueblo estaba Olga, que había llegado desde Rionegro luego de que le avisaran de mi accidente. Ella y mis papás se vinieron conmigo en la ambulancia. El pie me lo envolvieron un poquito en Guadalupe, pero se me volteaba de un lado a otro. Yo venía con una enfermera, entonces la enfermera se mareó y le tocó pasarse para adelante. Yo seguía botando mucha sangre, pero siempre estuve consciente de todo. Yo me daba cuenta de que cuando la ambulancia paraba, la enfermera se bajaba e iba y me revisaba y solo me decía que yo estaba vaciado en sangre. Yo me di cuenta hasta que me entraron a la clínica León XIII. Ahí me hicieron la operación, a las tres de la mañana. Cuando desperté estaba con el pie mocho. Uno prácticamente no siente nada. Siente al otro día que le pasa la anestesia.

Al otro día es el dolor más duro de la vida. ¡Qué cosa tan dura para uno ir al baño! Yo tenía unas esquiras muy grandes en el otro pie. Cuando yo trataba de sentarme en el baño me dolían más las

esquiras que el pie amputado, porque las esquiras las tenía debajo de la rodilla.

En la clínica estuve nueve días. Allá me acompañaba mi papá, que estaba pendiente de mí, igual que mi mamá. Papá amanecía a diario en el hospital, pero él no decía nada.

En las terapias me enseñaron a caminar. Primero le hacen masajes a uno en el muñón para que uno vaya teniendo fuerza y lo van ejercitando para que uno pueda manejar la prótesis. Luego le van enseñando a uno a caminar. Esas citas son muy frecuentes.

Uno se estresa mucho pensando lo que será la vida en adelante. A mi me da mucha depresión verme así, uno que ha sido del campo. Aquí porque uno recibe muchas ayudas y cosas muy maravillosas que no las había vivido. Pero para mí la felicidad es estar en el campo. A uno le brindan sicología y eso le sirve mucho a uno. La sicóloga lo trataba de animar a uno: que uno tiene que seguir adelante, que ahí no se le termina la vida a uno, que mi Diosito le puede tener cosas maravillosas a uno.

Sí, soy una persona que ha sufrido por el conflicto armado, por parte de la guerrilla y del Ejército colombiano.

Perdí mi finca.

Perdí mi pie derecho.

Arriba de la rodilla.

Y perdí el hogar.

Ahora vivo en Medellín, en la casa de un hermano, mientras mi familia sigue en Rionegro. Ya no tengo cómo colaborarles. Ya no tengo trabajo. Ahora pago arriendo, yo que en el campo jamás supe lo que era pagar arriendo. Si en el campo quería comerme un tomate, lo cultivaba y me lo comía. Acá no. Acá en la ciudad por todo hay que pagar. Para movilizarse, para comprar el diario, y eso es muy duro para uno que no tiene un negocio o un empleo y que en las condiciones en que está, y más sin estudio, nadie lo va a contratar. Eso les pasa a todos los discapacitados que conozco.

Pero a pesar de todo hay que dar gracias a Dios por todo y tratar de seguir adelante, porque mientras Dios nos tenga vivos nos puede brindar muchas cosas maravillosas más adelante. Aun con todo lo que me ha sucedido he aprendido a vivir cosas estupendas para mí. He tenido mucho apoyo por parte de muchas instituciones y personas. Prácticamente en todas las partes que me han atendido ha sido maravilloso, he aprendido a relacionarme más con la gente, y todo eso le va sirviendo a uno también. He aprendido a hacer telares, canastos, cuadros muy bonitos. He combatido el analfabetismo.

Quién creyera: de algo malo puede aparecer algo bueno también.



© Fabián de Jesús

La vida, como los guiones de cine, está llena de puntos de giro; y pisar una mina marca sin duda uno de esos cambios tenaces que nos trae el camino. Sin embargo, para Fabián, más que este hecho, el punto de giro fatal en su historia lo trajo el momento en que, por obra del Ejército, se quedó sin casa y sin sembrados. “Desde entonces me empezó a ir mal”, dice con tristeza, y al escuchar el resto de su historia no queda más que darle la razón.

Levantarse, para Fabián, no ha sido fácil. “Perdí mi finca, perdí mi pie derecho y perdí mi hogar”. Lo que no ha perdido, aun así, es la fe. Sueña con volver a su tierra, con tener su familia como la tenía antes: junta. No le preocupa tanto, ni siquiera, la falta de una pierna. Lo que quiere, a lo que se aferra, es a volver a tener la tranquilidad de antes, a la familia de antes, a la vida simple en el campo.

Pero es difícil. Las condiciones no están dadas. Hace falta, como en los guiones de cine, un punto de giro. Uno que no sea fatal.

Amigos de buenos y malos tiempos

Duberney Dávila Hernández

Les haré un resumen de mi vida, lo más breve posible para no alargarme tanto.

Soy el niño de dieciocho hermanos que tuvo mi madre, la cual amo sobre todas las cosas. Crecí en un hogar honesto, creyente y trabajador, dedicado especialmente a la siembra del café. Mi madre lo ha perdido todo en varias ocasiones, y cuando me refiero a todo no solo estoy hablando de lo material, pues estas cosas las hemos recuperado en varias oportunidades. Pero lo más difícil de superar para mi madre ha sido la pérdida de doce de sus hijos, once murieron cuando estaban chiquitos o recién nacidos, de su esposo y de dos yernos, y el accidente sufrido por su niño, que soy yo.

Yo he estado al borde de la muerte desde muy niño. A los ocho días de nacido me aplicaron 48 ampollas para una enfermedad contraria a la que tenía. Y como si fuera poco, un día me salvé de la muerte en Cali. Me metí en el río Cauca, y como no era buen nadador me arrastró la corriente. Tragué mucha agua, y un amigo de la familia me salvó la vida.

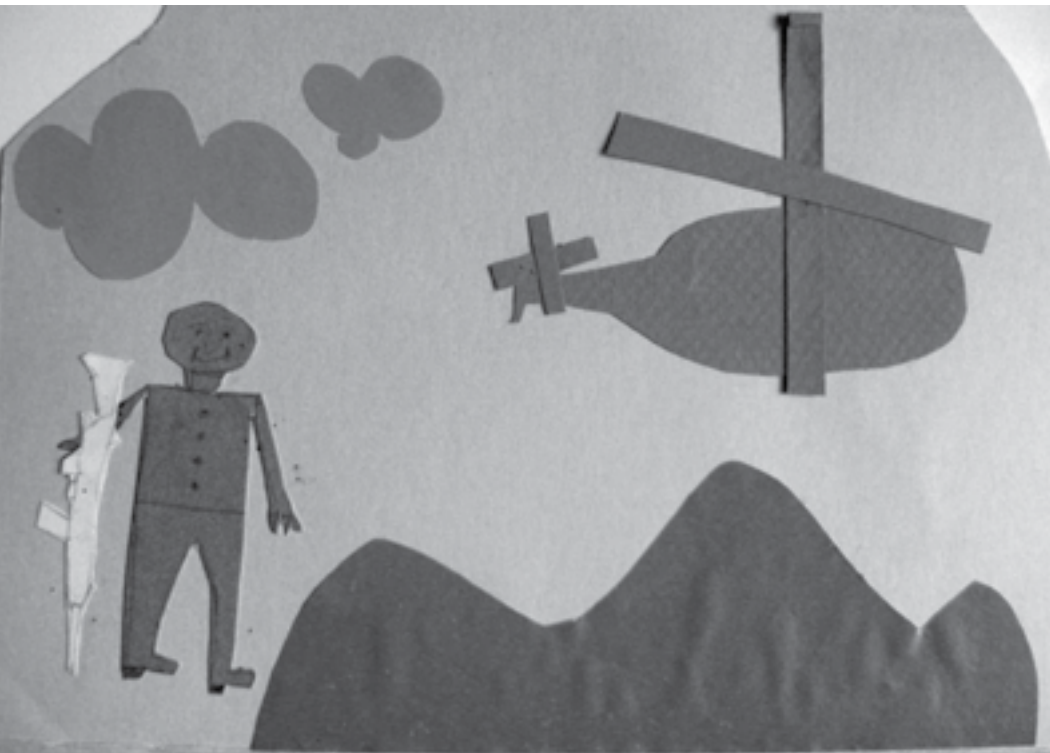


Ilustración por Duberney Dávila Hernández, en los talleres de escritura.

A mis quince días de vida, les quemaron la casa a mis padres, y mi madre tuvo que amanecer conmigo en brazos en el sector donde pelaban el café, pues era el único lugar que había quedado con techo. Mi padre se vio obligado a cambiar esa tierra, pero la nueva no tenía casa y tuvo que hacer un préstamo en el Banco Agrario. Con el paso del tiempo, lo alcanzaron las cuotas y cuando yo tenía nueve años nos fuimos a vivir a Fresno, Tolima. Mi padre pensaba pagarle al banco, pero a los pocos días mataron al esposo de una de mis hermanas. Ella quedó con cinco hijos pequeños y mi padre no la abandonó, se echó esa obligación encima. Pasó de darles educación a dos, mi hermanita y yo, para darles educación a siete.

Viendo que la situación de mi padre era tan difícil, le dije que no quería estudiar más y me retiré sin terminar la primaria. Desde ese momento, empecé a trabajar en todo lo relacionado con el café. Cuando cumplí catorce años nos fuimos a vivir a Corinto, Cauca, donde vivían tres hermanos y una hermana. Desde allí mi padre pudo recuperar la finca que tenía hipotecada en Florencia, Caldas, y mis hermanos compraron dos fincas y una casa en el pueblo. Vivimos un año y medio en Corinto, y luego regresamos a Florencia a las fincas de mis hermanos y a la de mi padre, en las cuales yo trabajaba.

Después de un tiempo, llegó uno de mis hermanos y me invitó a Medellín para que visitáramos a una hermana que hacía años no veíamos.

Llegamos a Rionegro en la madrugada y nos robaron las maletas, quedamos con lo que traíamos puesto, pero al final encontramos a mi hermana y nos quedamos en su casa un tiempo. Mi hermano consiguió trabajo como jardinero y yo como ayudante de construcción.

Trabajé un buen tiempo en el Oriente antioqueño y después me fui con dos pastusos a trabajar a un pueblo llamado Tangua, cerca de Ipiales. Allá me quedé casi siete meses y regresé a Rionegro. En el año 1997, me fui para el municipio de El Santuario a participar en la construcción de la cabaña del doctor Leonardo Zapata, quien terminó convirtiéndose en un segundo padre para mí.

Resulta que un día, en el parque de Rionegro, me cogió el ejército, me llevó al comando, me hizo unos exámenes y me dio una cita para que me presentara en Medellín. Salí de la cabaña del doctor Leonardo el día que me tocaba presentarme. Pasé todos los exámenes y a partir del 14 de noviembre de 1997 era un miembro activo del Ejército Nacional. Ese fue el primer diciembre de los ocho que pasé en las montañas de Colombia.

Los primeros cuatro meses fueron muy duros, a pesar de que en ese entonces mi físico estaba muy bien porque tuve la oportunidad de correr en una prueba de atletismo en el batallón, donde obtuve la medalla de plata por relevos.

El comandante de la compañía seleccionó dieciséis dragoneantes, entre los que me encontraba yo. Al resto de mis compañeros los enviaron al

monte y yo seguí en el batallón por cuatro meses, ayudando a conformar un nuevo contingente. Con ellos me fui cuatro meses al Oriente antioqueño. En total fueron dieciocho meses. En ese tiempo mi mamá solo me visitó dos veces, pues mi familia estaba muy lejos. Pero el doctor Leonardo y su familia me visitaban muy seguido y me llevaban utensilios de aseo y todo lo que necesitara. Cuando tenía cualquier descanso iba a parar a la cabaña del doctor, pues era mi casa más cercana. Así fue creciendo una gran amistad que solo acabará cuando me muera.

Al terminar los dieciocho meses de servicio, nos dieron quince días de permiso a los que íbamos a continuar como soldados voluntarios. Cuando salí, mi hermano, que antes había sido jardinero y que después se convirtió en vigilante, se había quedado sin trabajo. Como yo tenía una platica lo convidé para la casa de mis padres. Le dije que se fuera por unos días mientras lo volvían a llamar para algún trabajo. Él no quería ir, pero fue tanta la insistencia que lo convencí. Le regalé los pasajes y todavía vivo arrepentido.

Estuve trece días con él en donde mis padres. Después tuve que regresar al entrenamiento para convertirme en soldado voluntario. Mi hermano se quedó unos días más. Cuando iba camino a Medellín me cogió la guerrilla entre Florencia y Nariño. Uno de ellos se enamoró de mí y me decía: “Usted si no es soldado, es policía”. Sentía un frío

en mi cuerpo, pensé que ese día llegaría mi muerte. El guerrillero me pidió la cédula y me dijo que no me parecía al de la foto. Yo le dije que trabajaba como vigilante en Medellín y de inmediato me pidió el nombre de la empresa. Por suerte me había tocado cuidar las hidroeléctricas de Isagén, en el Oriente antioqueño. Cuando hablé de mi supuesto trabajo, él se calmó un poco, sin embargo les preguntaba a los otros pasajeros que si me conocían, pero ninguno me había visto. Entonces yo le dije: “Mire: este carro sale de Florencia a las cuatro de la mañana, los pocos pasajeros que se subieron conmigo ya se bajaron en el camino, y los que vienen aquí se motaron después y no me conocen”. El guerrillero terminó entregándome la cédula y dejó seguir el carro.

Desde entonces nunca más pude regresar a Florencia. Dios me dio otra oportunidad de vivir, sin saber que vendrían cosas muy difíciles de asimilar, especialmente para mí. Mientras estaba en el reentrenamiento, en los Llanos de Cuivá, la guerrilla se tomó Florencia y destruyó el comando. Después entraron los paramilitares y para colmo de males a mi hermano, como estaba recién llegado y era un forastero, lo acusaron de guerrillero, lo torturaron y lo asesinaron. Ya se imaginarán el dolor de mi madre. Fueron días muy difíciles. Lo más duro es que me avisaron ocho días después de la muerte de mi hermano y todavía no sé dónde quedó su tumba.

Seguí en el reentrenamiento especializándome en comunicaciones. Desde que empezamos a patrullar, me encargué de las comunicaciones de mi contraguerrilla durante cuatro años seguidos.

Les cuento que cuando llevaba dos años como soldado voluntario, mis padres llegaron a Rionegro solo con la ropa que tenían puesta. Los habían desplazado, y mis hermanos fueron a parar a Pereira, ya que si se quedaban, la guerrilla les iba a quitar los hijos tan pronto cumplieran doce años. Ellos prefirieron perder sus fincas y empezar una nueva vida en Pereira.

Mientras tanto, yo me hacía cargo de mis padres. Les conseguí una casa en arriendo en Rionegro, cerca de donde vivía mi hermana. Ellos nos regalaron una cama y un colchón. Luego fuimos a comprar un fogón de gas, unas ollas, una vajilla, lo más necesario, ya que el sueldo no me alcanzaba para mucho. Entonces empecé a comprarles cosa por cosa, pues tenía que repartir la plata en arriendo, servicios, comida y las cuotas de un televisor que saqué a crédito. Luego saqué una nevera, un equipo de sonido. Poco a poco les iba consiguiendo las cositas.

Como la vida en Rionegro era tan cara, decidí llevármelos para El Santuario. Allí estaba la otra hermana mía, madre de los cinco hijos que mis padres ayudaron a criar. En ese pueblo todo era más barato, empezando por las legumbres. Pero lo único cierto es que a mí todavía no me alcanzaba

el sueldo. Para comprar mis implementos de aseo les lavaba los uniformes a mis compañeros, a tres mil pesos cada uno. Lo que me sobraba lo dejaba para llamar a mi casa. Esto se prestaba para que mis compañeros hablaran de mí. Ellos creían que yo tenía la plata guardada desde el primer sueldo, pues nunca me veían tomándome un fresco, ni siquiera cuando llegábamos a un estadero después de siete u ocho horas de jornada, pues siempre tomaba agua de las canillas.

Les cuento que un día fui enviado a Medellín para hacer un curso de primeros auxilios con la Cruz Roja. Regresé a mi contraguerrilla y al tiempo me mandaron a Bogotá, a un curso de francotirador. Estuve quince días en la escuela de comunicaciones de Facatativá recibiendo instrucciones. Después me hicieron unos exámenes y me sacaron, porque supuestamente veía más por un ojo que por el otro. Volví a Medellín muy tiste y fui a donde mi amigo, el doctor Leonardo. Uno de sus colegas me hizo nuevos exámenes y el resultado fue 20/20, lo único cierto era que mi visión estaba excelente. No entendía por qué me habían sacado del curso.

Tiempo después fui enviado de nuevo a Bogotá, no para hacer un curso de francotirador, sino para estudiar enfermería. Llegué directo a la escuela logística, que queda en San Cristóbal, arriba del barrio Restrepo. No solo estudié enfermería, también aproveché para terminar mi bachillerato. Fue un reto bastante duro, pues tenía que sacar

buenas calificaciones en enfermería, validar el bachillerato y además cumplir con todas mis actividades en el Ejército. Debía hacer patrullas dirigidas dentro y fuera de la escuela, prestar guardia en el alojamiento. Era un ritmo bastante pesado.

Después de tres meses de teoría pasamos a hacer prácticas en hospitales. Durante todo el tiempo que permanecí en Bogotá las únicas personas que me pudieron visitar fueron Clara y Clarita, la suegra y la cuñada del doctor Leonardo, pues ellas vivían en la capital.

Cuando terminé el curso, ocupé el puesto 21 entre 41 estudiantes. Regresé a Medellín y de inmediato fui enviado a mi contraguerrilla. Desde ese momento me acompañó un botiquín hasta el día de mi accidente. Con él adquirí mucha experiencia, me tocaron muchos enfrentamientos con las FARC, el ELN y las Autodefensas. Tuve que atender compañeros heridos por disparos y por minas antipersonales, las cuales en un solo día cobraban hasta dos víctimas.

Me tocaba auxiliarlos, pero nunca se me pasó por la mente que yo sería una víctima. Ese día fue muy difícil, no solo por lo que me sucedió sino por cómo lo tomaron mis padres. Habían pasado cinco días de nuestra despedida, después de haber disfrutado de un mes completo de permiso.

Cuando nos presentamos, nos informaron de una masacre que había hecho las FARC en el sector conocido como el puente de La Paulina, más

abajo de Puerto Valdivia. Fuimos llevados por unos Kodiak del batallón hasta Yarumal, y desde allí nos transportaron en helicóptero más allá del corregimiento de El Cedro. El helicóptero nos descargó en un sitio, donde ocho días antes había caído en una mina antipersonal el soldado Jerez, Demetrio, del Batallón Girardot.

Íbamos tres contraguerrillas conformadas por más de cien hombres, también iban compañías de la Brigada 14 para hacer presión en conjunto y contrarrestar el grupo que había hecho la masacre. Un día después de estar en el área, a las 5:40 de la mañana, atacaron a una contraguerrilla de la Brigada 14 que iba al frente de nosotros, pero al otro lado del río. Entonces nos dieron la orden de avanzar para estar más cerca de las otras unidades.

Al día siguiente, empezamos a caminar a las cinco y media de la mañana y paramos a las cinco y media de la tarde, para hacer el QSO con las tres contraguerrillas, donde todas las unidades se reportan con el comandante del batallón. Nosotros nos encontrábamos en medio de las otras dos con una distancia de treinta minutos una de la otra. En ese momento, estábamos descansando, pues el comandante estaba haciendo el programa. Yo me salí unos pasos del camino para tratar de divisar la contraguerrilla que iba adelante. Me agaché un poco y cuando giré hacia donde estaba mi lanza, sentí una explosión y vi un humero. Cuando caí, quedé consciente, sabía que era yo quien había

activado una mina antipersonal. Empecé a pedir ayuda, les decía que no me dejaran morir, pero los que se encontraban más cerca de mí se quedaron sembrados por la explosión. Los que estaban más retirados me sacaron hasta un morrito, pues casi no había plan.

Me pusieron una colchoneta en la nuca para que estuviera más cómodo. Entonces les pedí que me trajeran el botiquín que estaba en mi equipo. Como soy enfermero, les dije que sacaran una venda elástica, que me la pusieran más arriba de la rótula y que me la soltaran cada cinco minutos para que circulara la sangre y no se fuera a morir del todo la pierna.

Tenía todo el conocimiento para atender una situación como esa, pero en mi estado no era posible atenderme yo mismo. Llamé a otro compañero que sabía de enfermería, pero nunca había atendido a un herido. Él estaba muy nervioso, no hacía sino temblar; así que empecé a decirle: “Tranquilo, cálmese que esto no es nada. Saque una bolsa de suero, un equipo de venoclisis y también un yelco número dieciocho”, pero él seguía tembloroso y yo le seguía explicando cómo seguir con el procedimiento: “Póngame el torniquete en el brazo derecho, pues el izquierdo está lleno de esquiras”. Le mostré dónde tenía que limpiar con algodón y alcohol, también cómo debía meter el yelco, y tan pronto vi que cogió la vena le dije: “Listo,

retire la agujita, pegue el equipo de venoclisis y asegúrelo con microporo”. Desde ese momento el suero empezó a reemplazar la sangre que estaba perdiendo. También tenía controlada la hemorragia con la venda elástica. Pero no podía controlar el dolor, era tan fuerte que por instantes pensaba que si el Black Hawk no podía sacarme durante la noche, cogería mi fusil para pegarme un tiro.

Los enfermeros de las otras dos contraguerrillas vinieron a ayudarme, pero entre más pasaba el tiempo, el dolor se hacía más fuerte, parecía como si me estuvieran arrancando la pierna a pedazos. Hice que me aplicaran por el suero tramadol, lo más fuerte que tenía para el dolor, pero no me obraba, y por momentos el pánico se apoderaba de mí. Pensaba que me podía morir y les pedía a mis compañeros que les dijeran a mis padres cuánto los amaba, pues uno en esos momentos ve pasar la vida en un instante y se arrepiente de no haberlo dicho a tiempo.

Pedí que me prestaran un celular y de inmediato llamé al doctor Leonardo Zapata. Me contestó y le dije: “Siempre lo llamo cuando tengo un herido para que me aconseje, pero esta vez el herido soy yo. Pisé una mina antipersonal y perdí la pierna derecha”. Él pegó el grito, no podía creerlo. Luego me preguntó que si tenía unos medicamentos para que me los aplicara y me dijo que salía para Medellín a esperarme, que estuviera tranquilo que nada me iba a pasar.

Desde Medellín preguntaban por radio cómo se encontraba el herido. Yo les decía a mis compañeros que dijeran que me moría. El comandante de la patrulla los regañó y les dijo que no debían hablar así delante de mí, pero yo lo hacía para agilizar la llegada del Black Hawk.

Las personas que estaban enteradas de mi accidente empezaron a sufrir. El doctor Leonardo le informó a su esposa Olga Wilches que no llegaría temprano a la casa porque iba para Medellín a esperar a que me trajeran. Doña Olga solo podía imaginarse cómo estaba yo, no sabía si había perdido una pierna o las dos. Eso y muchas cosas más se le pasaban por la mente, solo lloraba y rezaba por mí. Ellos no podían hacer nada más, a pesar de que el doctor Leonardo era un gran médico y ella, una gran jefe de enfermeras.

El Black Hawk llegó aproximadamente a las ocho de la noche y casi no puede bajar, pues la guerrilla también le hacía señas desde otros lugares cercanos. Cuando sentí que se aproximaba a nosotros, pensé que se estrellaría contra el cerro, porque no había suficiente espacio para que aterrizara. Entonces lo dejaron estático en el aire y me subieron. Adentro me controlaron los signos vitales y trataban de mantenerme despierto, pero lo único que quería en ese momento era orinar, pues me habían puesto como cuatro bolsas de suero y necesitaba eliminar todo ese líquido; por fin me prestaron una bolsa y lo pude hacer.

Cuando menos pensé, me dijeron: “Ya vemos las luces del aeropuerto de Medellín, ya llegamos”. Allí se encontraban la sargento Erika y otras enfermeras del Batallón Girardot con la ambulancia en la que sería transportado hasta el Hospital Pablo Tobón Uribe. Solo sentía cómo la ambulancia se subía a los andenes y que la sirena no se apagaba. Desde entonces sé lo importante que es darle vía a una ambulancia cuando lleva la sirena encendida, pues no sabemos quién puede ir debatiéndose entre la vida y la muerte.

Cuando llegamos al hospital, la primera persona que vi fue al doctor Leonardo. A él se le vinieron las lágrimas, no las podía contener al ver cómo había quedado. Me sacaron varias radiografías antes de pasarme al quirófano. Ingresé a cirugía a la medianoche y desperté aproximadamente a las cuatro de la mañana en una habitación. Me habían amputado la pierna derecha debajo de la rótula. En el brazo derecho me pusieron suero; en el izquierdo, sangre, y una sonda fija por el pene.

En esos momentos tenía el ánimo por el suelo. Al verme así se me venían a la mente todas las cosas que hacía cuando tenía las dos piernas. Pensaba que jamás podría ser el mismo. Por ejemplo, me preguntaba: ¿Volveré a caminar?, ¿seré capaz de conquistar a una mujer?, ¿seré rechazado? En fin, pasaron muchas cosas por mi mente en esos primeros momentos.

En el transcurso del día me visitó mucha gente: el párroco del Batallón Girardot, el sargento primero, el tercero, la sicóloga del Girardot y la de la IV Brigada. Todos me preguntaban por mi estado de ánimo, y las sicólogas salían satisfechas con mis respuestas. Todo esto ocurrió el 9 de septiembre del 2005, en uno de los mejores hospitales de Medellín.

Lo que más me atormentaba era la vista, pues no consentía abrir los ojos. El oftalmólogo del Pablo Tobón Uribe me revisó y me remitió a la clínica Clofán, pero tenía que esperar hasta el lunes. El sábado diez de septiembre era el cumpleaños de una amiga. Ella se preguntaba por qué no la había llamado para felicitarla, pues no sabía lo que me había ocurrido.

Mientras tanto el doctor Leonardo y su esposa llevaban a mis padres al hospital. Ellos les dijeron que yo había sufrido un accidente, pero que ya estaba en recuperación, que no era muy grave. Mi mamá pensaba que me había caído y me había aporreado, pero cuando llegó a la habitación y levantó la sábana, pegó el grito y se puso a llorar. La esposa del doctor también lloraba y mi papá no pronunciaba palabra. Yo trataba de consolarlos diciéndoles que no era nada, que estaba bien.

Mis padres regresaron a El Santuario con el doctor Leonardo y con su esposa. Pero seguían muy tristes. Mi padre no comía ni tampoco quería hablar. Entonces el doctor Leonardo les llevó un sicólogo que después de hablar con ellos los hizo

sentir mejor. Luego les avisaron a mis hermanos de Pereira y de Cali para que me visitaran como lo habían hecho los de Rionegro y los de El Santuario.

Mi amiga, la que había cumplido años, se enteró de lo que me había ocurrido y se fue para el hospital. Se quedó día y noche acompañándome, dándome los alimentos y aplicándome cada hora cinco clases de gotas que me mandaron de la clínica Clofán para desinflamar la vista y poder hacer la cirugía. Ella y Nidia Zapata, la hermana del doctor Leonardo, me acompañaban a las cirugías y a todas las citas que tenía.

En la primera cirugía que me hicieron de la vista me sacaron tres esquirlas, pero después me hicieron otra porque se me iba a desprender la retina, entonces me implantaron un aceite con silicona. Con el tiempo me hicieron otra operación para retirarme el aceite. Pero la vista seguía molestándome, pues no veía, mantenía el ojo lloroso, adolorido y enrojecido. Entonces me puse de acuerdo con el especialista que me había hecho todas las cirugías y decidimos sacar la vista del todo y poner una prótesis para descansar y pensar en la posibilidad de estudiar.

Mi accidente fue en septiembre y duré quince días en el hospital, y de allí me llevaron para el dispensario del Batallón Girardot, donde me quedé en recuperación hasta diciembre. Después me dejaron ir para la casa, pero tenía que estar bajando a la terapia y a las revisiones.

Mi padre vivía muy triste, decía que no consentía ver a su niño así. Él se enfermó en junio del año 2006 y su enfermedad solo duró un mes, pues se murió en los brazos de mi mamá y en los míos. Fue uno de los momentos más difíciles y duros para mi mamá y para mí.

Yo seguí contando con el apoyo de la amiga que me cuidó en el hospital. Ella dejó de ser mi amiga para convertirse en mi novia. Después nos fuimos a vivir juntos a Medellín. Siempre ha estado conmigo en momentos buenos y difíciles.

Mi mamá quedó muy mal con la pérdida de mi papá, entonces empezamos a viajar con ella. Visitábamos a mis hermanos de Pereira y de Cali para sacarla un poco de esa tristeza. Ella sigue viviendo solita en El Santuario, pues no se quiere alejar de allí. Yo sigo respondiendo por ella como siempre lo he hecho, y lo haré hasta que Dios todopoderoso me proteja la vida.

Le doy gracias a Dios por cada día que pasa, por permitirme seguir con vida y estar rodeado de tanta gente maravillosa, como el doctor Leonardo, su esposa y su hermana Nidia. Mejor dicho, solo tengo palabras de agradecimiento para la familia Zapata Ramírez y para los familiares de doña Olga Wilches en Bogotá. Ellos son mi segunda familia, los quiero muchísimo, que Dios los proteja y los ampare siempre. También tengo mucho que agradecerles a los dos amores de mi vida. Mi madre María Holanda Hernández y mi pareja

Lilian Yaneth Parra siempre han estado a mi lado, apoyándome. Además quiero darles las gracias a las personas que me acompañaron y me animaron a contarles mi historia.

Y a las personas que lean mi historia les quiero decir que no maldigan tanto y no renieguen de la vida, pues a mí me faltan una pierna y una vista y jamás maldigo o digo una mala palabra. Señores, mírense y denle gracias a Dios por lo que tienen.



© Duberney

Duberney asegura que su padre murió de pena moral. El viejo tuvo que soportar la muerte de uno de sus hijos y la tragedia del desplazamiento, pero el último golpe lo sumió en una tristeza profunda que en pocos meses lo llevó a la tumba. Duber, el niño de la casa, el consentido, el que le entregó su juventud al Ejército para sacar adelante a sus padres, el enfermero arriesgado que atendió a muchos compañeros heridos en combate, pisó una mina antipersona que lo dejó sin la pierna izquierda y sin un ojo.

Duber asumió con valentía su nueva condición; aprendió a caminar con la prótesis y a ver el mundo con un solo ojo. Dice que a pesar de los problemas, nunca reniega ni maldice y jamás se atrevería a pensar que Dios se ensañó con él y con su familia.

Lo que sí lo llena de tristeza es la ausencia de su padre y la melancolía que esa pérdida dejó en su madre. Él sabe que nunca podrá llenar ese vacío, pero se siente tranquilo, pues sabe que su padre se fue orgulloso de tener un hijo amoroso, responsable y emprendedor.

Donde pisé aún crece la hierba es el resultado de los talleres de escritura De su puño y letra y la Vicerrectoría de Extensión, realizados por la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia en noviembre y diciembre de 2008.

Idea original y dirección:

Patricia Nieto Nieto. Profesora de la Universidad de Antioquia.

Asistentes:

Lina María Martínez Mejía. Periodista.

Alexandra Catalina Vásquez Guzmán. Periodista.

Periodistas voluntarios:

Margarita Isaza Velásquez.

Pedro Correa Ochoa.

Juan Camilo Jaramillo Acevedo.

Víctor Casas Mendoza.

Juan Miguel Villegas.

Ana María Bedoya.

Juan Camilo Cardona.

Talleristas:

Dora Beatriz Nieto. Arquitecta.

David Estrada Larrañeta. Fotógrafo.

Juan Camilo Jaramillo Acevedo. Periodista.

Pedro Correa Ochoa. Periodista.

Juan Miguel Villegas. Periodista.

Froilan Moreno. Músico.

Juan Carlos Ochoa. Músico.

Diseño de la imagen de los talleres de escritura:

Luisa Fernanda Santa. Diseñadora Gráfica.

Invitado especial:

Jhon Ferney Giraldo. Escritor del libro *Jamás olvida ré tu nombre*.

Agradecimientos

Pilar Velilla.

Sargento Tomás Castillo.

Sargento Luis Pérez.

Luz Adriana Zapata.

Néstor Sánchez.

Olga Lucía Jiménez Mejía.

Jardín Botánico de Medellín Joaquín Antonio Uribe.

Fundación Mahavir K-mina.

Handicap Internacional.

Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas (OCHA).

Programa Presidencial para la Acción Integral contra Minas Antipersonal, en Medellín, Gobernación de Antioquia.

Fundación Mi Sangre.

Asociación de Víctimas de Minas en Medellín.

Organización Indígena de Antioquia (OIA).

Centro de Simulación, Facultad de Medicina, Universidad de Antioquia.

Fundación Héroe Camina, Cuarta Brigada.

Batallón Pedro Nel Ospina.

Paz y Democracia.

